



Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Secretaría de Posgrado

**Memorias ejemplares en historias originales: Las representaciones de Baldomero Sanín Cano en torno a la Gran Guerra y a la crisis de la civilización occidental**

**Daniel Preciado Camargo**

Tesis para optar por el grado de Magister en Historia y Memoria

Director: Dr. Emmanuel Nicolás Kahan. Universidad Nacional de La Plata

La Plata, junio de 2023

## ÍNDICE

Resumen.....	P.4
Introducción.....	P.5
<i>Consideraciones teóricas y conceptuales.....</i>	<i>P. 7</i>
<i>Consideraciones metodológicas.....</i>	<i>P. 12</i>
<i>Breve estado de la cuestión.....</i>	<i>P. 17</i>
Capítulo 1: Una historia de la memoria: Recorrido histórico por la Colombia del siglo XIX y el impacto de la violencia en la vida de Baldomero Sanín Cano.....	P.32
1.1 <i>Antecedentes históricos al origen de los partidos políticos en Colombia y sus características identitarias.....</i>	<i>P.33</i>
1.2 <i>Nacimiento y primera infancia de Baldomero Sanín Cano durante la revolución de 1859-1861 y la Constitución de 1863.....</i>	<i>P.44</i>
1.3 <i>Entre la educación y la guerra. La formación intelectual de Baldomero Sanín Cano en su juventud.....</i>	<i>P.48</i>
1.4 <i>La guerra de 1885 y el final de su corta trayectoria docente.....</i>	<i>P.56</i>
Capítulo 2: Un testimonio sobre el fin de la democracia y la civilización occidental.....	P.65
2.1 <i>La Colombia de los letrados hispanistas y su influencia en el periodismo.....</i>	<i>P.60</i>
2.2 <i>Baldomero Sanín Cano y sus inicios en el periodismo colombiano .....</i>	<i>P. 64</i>
2.3 <i>Baldomero Sanín Cano y sus inicios en el periodismo internacional. La experiencia en el diario La Nación.....</i>	<i>P. 72</i>
2.4 <i>“Las memorias de los otros”: un relato sobre el final de los tiempos de la civilización occidental .....</i>	<i>P.78</i>

2.5 <i>Una reflexión posterior a la guerra: la barbarie perpetua europea</i> .....	P. 89
Capítulo 3: ¿Por qué recordar 1918 en 1938?.....	P.97
3.1 <i>Los contextos de enunciación: Madrid, Buenos Aires Bogotá</i> .....	P.97
3.2 <i>El boom memorialista de los años treinta</i> .....	P.110
3.3 <i>Las “Memorias de los otros”: otro lugar de enunciación de la memoria colectiva</i> .....	P.113
Conclusiones.....	P.127
Bibliografía.....	P.132

## RESUMEN

En el año 1938 se publicaron las “Memorias de los otros”, un testimonio de la visita del periodista colombiano Baldomero Sanín Cano al frente occidental en el último año de la Primera Guerra Mundial. Convertido en corresponsal de guerra para el diario *La Nación* de Argentina, su objetivo era el de informar sobre el estado de la ofensiva final de los aliados sobre los alemanes llevada a cabo en el verano de 1918. La lectura de esta fuente resulta bastante reveladora a los ojos del presente gracias a dos cuestiones puntuales: por un lado, se trata de un relato sobre la guerra en Europa escrito por un intelectual no europeo, lo cual obliga a preguntarse por qué tipo de representaciones elaboró a partir de lo que vio en el frente y, en general, sobre sus concepciones en torno a la guerra, la barbarie y la crisis de la civilización occidental. Por otro lado, se indaga por qué publicó este testimonio veinte años después y en otro medio de difusión ajeno a *La Nación*, ya que estas “Memorias de los otros” fueron publicadas por la *Revista de las Indias* de Colombia.

Esta tesis, por tanto, tiene como objetivo responder a estas dos cuestiones a partir de la idea de que los recuerdos y reflexiones elaborados por Baldomero Sanín Cano a partir de su visita al frente fueron traídas a finales de la década del treinta bajo la consigna de moralizar, de advertir y de educar a la sociedad sobre los peligros de un nuevo conflicto global que recién asomaba en el horizonte de la civilización occidental. Sobre este carácter ejemplarizante de las “Memorias de los otros”, se busca discutir sobre los límites de la representación memorialística y su trascendencia en la historia, tratando de advertir la existencia de un diálogo de reciprocidad entre estas dos formas de conocimiento del pasado en contraposición a ciertas corrientes historiográficas contemporáneas que plantean una oposición total entre la memoria y la historia.

## INTRODUCCIÓN

El análisis microhistórico de la Gran Guerra se ha centrado principalmente en los testimonios de sus víctimas directas, principalmente de soldados europeos sobrevivientes (Vincent, 1991), y de aquellas personas que vivieron el conflicto de manera indirecta, ya sean como médicos y enfermeras en los hospitales, mujeres trabajadoras en las fábricas o civiles que sufrieron el azote de los bombardeos en las ciudades. Las víctimas, por tanto, conforman un grupo diverso y heterogéneo que revelan un amplio universo de representaciones en torno a los horrores de la guerra. En ese sentido, la guerra se convirtió en parte de la vida privada de estas personas (Vincent, 1991) y, en consecuencia, en objeto de remembranza para el futuro.

No obstante, los testimonios de aquellos quienes presenciaron la Gran Guerra no sólo se limitan a la población europea, sino que también incluyen a aquellos testigos que, por una u otra razón, se hallaban en el continente durante esos años. Se hace mención, en esta parte, a los latinoamericanos que vivían, trabajaban o simplemente se encontraban casualmente en Europa “sin imaginarse jamás el incendio que les corría pierna arriba” (Constaín, 2014). En este punto, sobresale el caso peculiar de aquellos colombianos que vivieron de cerca la Primera Guerra Mundial, ya que el país había mantenido una postura diplomáticamente neutral a cualquier bando beligerante siendo también, por otra parte, una nación política y económicamente rezagada respecto a otros países de América (Caballero, 2014) (Palacios & Safford, 2011). De todas formas, existe evidencia de colombianos que vivieron en Francia, Bélgica e Inglaterra en aquellos años, tal como sucedió con Antonio José Caro quien se desempeñaba como diplomático (Constaín, 2014). Por otro lado, hubo ciudadanos colombianos que se enlistaron voluntariamente al ejército francés, tal como ocurrió con el poeta Hernando de Bengoechea, muerto en el frente en 1915, o con el teniente Rafael Navarro Ospina (Constaín, 2014).

En este marco, emerge la figura de otro colombiano, quien residía en Londres al inicio de la guerra, y que, debido a su profesión, vivió de cerca las consecuencias materiales y morales del conflicto. Se trata del periodista y crítico literario Baldomero Sanín Cano (1861-1957), quien hacia el año 1918 se convirtió en corresponsal de guerra para *La Nación* de Argentina, dirigiéndose al frente occidental en compañía del escritor español Ramiro de Maeztu (1874-1936). Sus vivencias quedaron plasmadas, veinte años más adelante, en un relato titulado “Las memorias de los otros”, el cual no fue publicado por el diario argentino, sino por la *Revista de las Indias* de Colombia en

diciembre de 1938. El testimonio de Sanín Cano posee un valor intrínseco que lo hace diferente a otros testimonios en “primera persona” sobre los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial. En primer lugar, porque es la narración de un corresponsal de guerra y no la de un soldado, oficial o actor vinculado directamente a las facciones antagonistas del conflicto; en segundo lugar, es la voz de un latinoamericano, la de un hombre que no nació en Europa y que fue ajeno, hasta cierto punto, a la vida cotidiana que se vivía en la Europa de comienzos de siglo; por último, es el relato de un intelectual cuyo pensamiento se vinculó con la crítica y las concepciones del mundo a través de las ideas y el ámbito periodístico. Además de ser un texto sumamente descriptivo, en el cual se detalla cada elemento y acontecimiento visto, Sanín Cano se esfuerza por criticar tenazmente a la sociedad europea la cual considera en estado de crisis, ligada a la barbarie, a la violencia y responsable directa de la destrucción de la civilización occidental.

Baldomero Sanín Cano, el personaje principal de este trabajo, nació en Rionegro en el Estado Soberano de Antioquia el 27 de junio de 1861. Pertenecía a una familia de clase media, dedicada principalmente a la labor artesanal y al ámbito de la educación inicial. De hecho, Sanín Cano aprendió las primeras letras en el seno de su hogar y en las escuelas públicas de la región. Se formó como maestro sin llegar nunca a estudiar en alguna universidad. Gran parte de todo lo aprendido en su vida lo hizo a través del autodidactismo y en pequeños espacios de actividad intelectual, muy alejados de las academias principales del país. Hacia finales del siglo XIX decidió abandonar por voluntad propia su labor como docente y enfocarse de lleno al periodismo y las letras, trasladándose primero a Medellín y, posteriormente, a Bogotá, la capital de Colombia. Allí estableció una copiosa red intelectual que le empezó a valer reconocimiento como crítico literario, impulsándolo a llevar proyectos editoriales y a ocupar cargos públicos. Todo lo anterior en una época caracterizada por la disputa por el poder entre los dos partidos políticos tradicionales del país: el conservador y el liberal. Las tensiones entre ambas facciones llevaron al país a un largo periodo de guerras civiles, caracterizadas por ser de corta duración pero muy recurrentes (Palacios & Safford, 2011) (Caballero, 2014), la cual movilizaba a la población a participar en ellas hasta el punto de convertirse en un verdadero fenómeno de la vida cotidiana (Colmenares, 1997) (Deas, 2006).

En 1909, Sanín Cano abandonó el país para cumplir labores diplomáticas en Londres, lo que le permitió extender aún más su red intelectual, alimentada por el contacto con algunos

colombianos y latinoamericanos residentes en Europa por aquel entonces. Estuvo vinculado como escritor a varias revistas fundadas por latinos, hasta que, en 1914, se unió al diario *La Nación* como corresponsal en el extranjero. En 1918 se le solicitó ir presencialmente al frente occidental para cubrir la ofensiva aliada en Flandes; experiencia que se convirtió en el sustrato principal de sus “Memorias de los otros” publicadas veinte años más tarde.

Como personaje histórico, Baldomero Sanín Cano vivió entre dos siglos, presenció las dos guerras mundiales, la crisis económica del 29, las guerras civiles colombianas, el Bogotazo, entre otros muchos acontecimientos históricos; a lo anterior se le suma que vivió en muchos lugares del mundo y desempeñó múltiples cargos y labores a lo largo de su existencia. En ese sentido, se puede definir a Sanín Cano como un “intelectual nómada”, es decir, “por la capacidad que tuvo de estar entre muchos mundos y situarse íntegramente en ellos sin desagregarse” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 12). Como testigo de todos estos avatares de la historia hay, sin embargo, una labor a la que nunca renunció Sanín Cano: la de concebir y dignificar a Latinoamérica “como un territorio libre, autónomo y en igualdad de condiciones con los demás poderes políticos del mundo” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 14).

Del encuentro con este personaje histórico, su testimonio y las “épocas” que vivió emergen las siguientes preguntas: ¿Qué tipo de representaciones elaboró Baldomero Sanín Cano de la Gran Guerra a través de “Las memorias de los otros”? ¿Por qué se publicaron estas memorias sobre la Primera Guerra Mundial veinte años después en 1938? Para responder a estas cuestiones es menester, en primer lugar, analizar conceptualmente la noción de “representación” y su relación tanto con la historia como con la memoria, pues estas dos últimas concepciones se imbrican entre sí, no sólo para dar cuenta de la experiencia de Baldomero Sanín Cano como corresponsal de guerra en el frente, sino también para comprender su propia vida y su trayectoria como intelectual.

### *Consideraciones teóricas y conceptuales*

La noción de *representación*, que se formula desde la historia cultural de las ideas, permite abarcar y comprender toda una manera de hacer y escribir historia, es decir, moldea y da forma a una corriente historiográfica. Por representación se entiende la relación que hay entre “una imagen presente y un objeto ausente” (Chartier, 1992, pág. 58), es decir, que apela a la capacidad que tiene un sujeto de traer una idea, un recuerdo, un pensamiento lejano o simplemente olvidado al presente;

es, en suma, la relación entre *lo que pasó, dejó de ser o fue, y lo que sucede y lo que es* en el ahora. Se entiende a la representación, entonces, como una imagen permanente en la psiquis de un individuo sobre algo visto, sobre algo vivido o aprendido en el pasado, y que es traída al presente a través de la capacidad de recordar (Andaur Vignolo, 2013).

En este sentido, ya se vislumbra una inmersión de las representaciones humanas en el tiempo y en el espacio, lo que significa que son susceptibles al cambio, a la interpretación que se les dé en contextos de enunciación y de recordación específicos. Es decir, las representaciones no son inmutables, sino que se transforman a medida que la distancia espacio-temporal entre lo vivido y lo recordado por un individuo se va extendiendo. Una vez planteado lo anterior, ¿cómo puede el historiador fiarse de las representaciones dejadas en el pasado, si estas cambian a medida que el tiempo avanza? Este mismo problema fue planteado por Wilhelm Bauer (1952) a partir de la definición de la noción de “memorias” como aquellos “apuntes en los que el autor, en una narración seguida de su propia vida o de una época de su vida, describe sucesos en los que ha participado, o quiere descubrir las causas de sus propios actos, situándose en el centro de la narración” (pág. 20). La existencia inmanente de un “yo narrador” permite identificar a las memorias como relatos autobiográficos, cuyo objetivo principal es el de reconstruir conscientemente el pasado del individuo, a través de un vínculo estrecho con la época en la que le correspondió existir. No obstante, el problema con esto último es el de las “modificaciones que experimentan en nuestra memoria las imágenes del recuerdo” (Bauer, 1952), es decir, al tiempo transcurrido entre lo que se ha vivido y su representación por la memoria. Esa distancia temporal entre el hecho ocurrido y su reproducción en la mente del sujeto provoca una “fantasía reproductora de imágenes”, las cuales no son más que la agudización de “algunos conglomerados de recuerdos (...) que corresponden a acontecimientos de épocas distintas, [que se] acumulan después sobre un momento determinado” (Bauer, 1952). En otras palabras, corresponde a una magnificación o minimización consciente del hecho en sí cada vez que es traído espontáneamente al presente.

¿Cómo funciona esta “fantasía reproductora de imágenes” que afirma Bauer? En primer lugar, depende del criterio del cronista quien, en un principio, no distingue entre los grandes y los pequeños acontecimientos, pues considera que “nada de lo que haya acontecido ha de darse por perdido para la historia” (Benjamin, 1989, pág. 178). Esto implica que los juicios sobre qué tipo de acontecimientos han de ser magnificados, minimizados o, incluso, silenciados depende en buena



medida del propio discurso histórico, legitimado por historiadores que, históricamente, han empatizado con los dominadores y con los vencedores (Benjamin, 1989). Esta polarización del discurso histórico del lado del poder, garante de las tradiciones y las herencias del pasado, encaja con la concepción más antigua de “memoria” entendida como *Monumenta rerum gestarum*, es decir, en aquellas formas físicas materializadas en monumentos, epitafios, tumbas o testamentos, que buscaban “impedir que las grandes acciones, las *virtudes*, caigan en el olvido” (Ariés, 1996). Justamente, y en referencia a los vencedores en la historia, para Ariés (1996) la guerra constituye una “circunstancia generadora de acciones memorables” (pág. 72), que se fueron convirtiendo al pasar de los años en “mensajes educativos, que se dan a través de la experiencia y de un modelo de vida, y dejan de ser *exempla* extraordinarios” (Ariés, 1996, pág. 73). Además de traer consigo ese componente pedagógico, las memorias se fueron convirtiendo en el lugar de encuentro entre la “historia que se hace” y la “historia que se escribe”, es decir, entre la “macrohistoria de un mundo extenso y la microhistoria de los ambientes “domésticos” (...), la de los acontecimientos y la “existencial” (Ariés, 1996).

En suma, las memorias se constituyen tanto como representaciones de objetos, sujetos y acontecimientos ausentes en el presente, como en espacios de encuentro y de tensión entre las experiencias cotidianas y las grandes circunstancias de la historia, cuya función o uso público pasa por el de educar a través de su lectura. Sin embargo, el problema con esta definición es que, implícitamente, desliga a la historia y a la memoria en dos partes casi irreconciliables; por un lado, se tiene a una historia de carácter político y pedagógico, que explica los grandes hechos del pasado y, por el otro, una memoria particularmente cotidiana y privada la cual, según Benjamin (1989), relata “cada uno de los instantes vividos [convirtiéndose] en una citación del orden del día” (pág. 179). ¿Acaso la memoria no puede dar cuenta de los grandes eventos del pasado? ¿Hasta qué punto es incapaz de abordar la escena pública y asumir un rol político y pedagógico? En efecto, esta escisión entre historia y memoria ha llevado a problematizar los usos que se le ha dado a esta última, sobre todo a partir de lo sucedido a finales de la Primera Guerra Mundial y al quiebre sufrido por la sociedad europea producto de la destrucción moral y material de sus naciones.

Justamente, en el periodo que abarcó el final de la Gran Guerra hasta la crisis económica de 1929, emergió una nueva forma de comprender el pasado a partir de una reinterpretación del concepto de memoria. En 1925, Maurice Halbwachs en su obra *Los marcos sociales de la memoria*

planteó que “es en la sociedad donde normalmente el hombre adquiere sus recuerdos, es allí donde los evoca, los reconoce y los localiza” (2004, pág. 8). Esta tesis dio lugar a un reemplazo de la noción de memoria individual -la noción subjetivista y cotidiana del recuerdo- por la de memoria colectiva, es decir, por una forma que otorga una mayor exactitud y legitimidad a los recuerdos personales a través de su confrontación con los recuerdos de los demás. De lo anterior, se desprende el concepto de “marcos sociales de la memoria” que hace referencia a cómo las “diversas memorias se entreayudan y se prestan recíproco apoyo [ayudando] en el mejor de los casos, a clasificar, a ordenar los recuerdos de los unos en relación con los otros” (Halbwachs, 2004, pág. 10).

La introducción de la noción de “memoria colectiva” se da en un momento histórico, como se mencionó anteriormente, de crisis política y moral en Europa, pero sobre todo de desarraigo cultural e identitario al interior de las naciones del viejo continente. En efecto, los discursos y los símbolos nacionalistas, profundamente cuestionados, ya no fueron suficientes para cohesionar a los individuos en torno a un conjunto de ideales. Razón por la cual, emergió la necesidad por apelar a una memoria colectiva que permitiera reforzar los lazos sociales y las identidades de los sujetos. He aquí un primer uso político de la memoria como agente transformador del pasado, el cual coincide con una reflexión hecha por el mismo Walter Benjamin a través de las nociones de *Erfahrung* o “experiencia transmitida” y de *Erlebnis* o “experiencia vivida”. Según el mismo Benjamin, “la primera [de ellas] se perpetúa de manera casi natural de una generación a la siguiente, forjando las identidades de grupos y de las sociedades a largo plazo; la segunda es la vivencia individual, frágil, volátil, efímera” (1933. Citado por Traverso, 2007, pág. 14). Benjamin consideró que la experiencia transmitida se emparentaba más con las sociedades tradicionales, mientras que la experiencia vivida estaba relacionada con los avatares de la modernidad, el liberalismo y el individualismo. Con el estallido de la Gran Guerra en 1914, Benjamin afirmó que no sólo la *Erlebnis* se había visto afectada por los sucesos traumáticos del conflicto, sino que la *Erfahrung*, es decir, la experiencia heredada por generaciones, también había sido profundamente socavada.

Ante este panorama de crisis de identidades y de las propias experiencias heredadas y vividas por los testigos de la guerra, “el pasado se [transformó] en memoria colectiva después de haber sido seleccionado y reinterpretado según las sensibilidades culturales, los dilemas éticos y las conveniencias políticas del presente” (Traverso, 2007, pág. 14). La apelación a una memoria colectiva ancestral, previa a las hostilidades de la guerra, fue una de las estrategias políticas más

recurrentes tanto por los estados democráticos vencedores de la Gran Guerra como Francia, Inglaterra o EEUU, como por los regímenes totalitarios de los años treinta en Europa, principalmente la Alemania Nazi y la URSS. No en vano, en dicha época empezaron a pulular los testimonios de los excombatientes y supervivientes, los cuales contribuyeron a “honrar y enterrar a los muertos [a través del] simbolismo que debían proyectar los monumentos bélicos” (Mosse, 2016, pág. 38). De esta forma, se empezó a retomar el uso público de la memoria a través de la edificación de memoriales, plazas, estatuas y monumentos los cuales, en palabras de Pierre Nora (2009), se constituyeron como “lugares de la memoria”, entendido como “el momento bisagra en el cual la conciencia de la ruptura con el pasado se confunde con el sentimiento de una memoria desgarrada” (pág. 19). A partir de este momento, la ruptura entre la memoria y la historia se hace evidente y empiezan a tomar caminos diferentes respectivamente; por un lado, la primera, representa la continuidad y la forjadora de identidades; por otro lado, la segunda se empieza a considerar como la disciplina que estudia las discontinuidades, enfocada en la erudición, en lo universal y en el análisis diacrónico de los sucesos en el pasado.

Llegados a este punto, resulta sugerente e, incluso, obvio el título del testimonio de Baldomero Sanín Cano: “Las memorias de los otros”. Una mirada rápida indica de qué se trata de un relato construido en torno a la noción de “memoria colectiva”. De hecho, en un momento de su narración confiesa literalmente: “Estas páginas están destinadas a ser las memorias de los otros” (Sanín Cano, 1938, pág. 41). En otra de las fuentes principales de esta investigación, su autobiografía titulada *De mi vida y otras vidas* (1949), también apela a esa relación entre la memoria y la sociedad:

Debe escribir sus memorias el que sin haber figurado notablemente en su tiempo cree tener algo que decir a los circunstantes o a la posteridad, no de sí mismo sino de los sucesos que ha visto y de los hombres que ha conocido (...). Pero sin haber figurado, el presente escritor ha visto y admirado la figuración de muchos. Por eso este libro ha debido llamarse: “Memorias de los otros”, pero ese título es anterior a estas reflexiones. (Sanín Cano, 1949, págs. 7-8)

La referencia histórica a sus propias “Memorias” hecha en 1949 no sólo es un indicio de que la cuestión de la memoria colectiva aún está presente en los años finales de su vida -Baldomero Sanín Cano murió en 1957-, sino que, a diferencia de esa escisión entre historia y memoria

propuesta por Halbwachs, Sanín Cano sí vincula estrechamente ambas formas de conocimiento del pasado. A continuación, se procederá a explicar a profundidad la relación que Sanín Cano entabla entre historia y memoria a partir de sus reflexiones dejadas en sus memorias.

### *Consideraciones metodológicas*

Son tres las fuentes primarias principales de este trabajo: las “Memorias de los otros” (1938), *De mi vida y otras vidas* (1949), y un manuscrito inédito sin fecha específica, pero que se supone fue escrito recién terminada la Gran Guerra, titulado “Entre dos años y dos épocas”. En los tres documentos prevalece implícitamente la noción de “testigo”, es decir, de ese sujeto que vincula a la historia que se hace y la que se escribe. Consideremos que el testimonio de todo observador de su tiempo es el “sistema de las relaciones entre el dentro y el fuera de la *langue*, entre lo decible y lo no decible en toda lengua; o sea, entre una potencia de decir y su existencia, entre una posibilidad y una imposibilidad de decir” (Agamben, s.f, págs. 151-152). La necesidad de hablar nace justamente de la imposibilidad de hacerlo, introduciendo de esta manera al “testigo” como aquel que “puede hablar por aquellos que no pueden hacerlo” (Agamben, s.f, pág. 153). Por otra parte, se plantea un escenario en el que el testigo es un *auctor*, palabra que designa al creador de un testimonio que “presupone siempre algo –hecho, cosa o palabra– que le preexiste y cuya fuerza o realidad deben ser confirmadas y certificadas” (Agamben, s.f, pág. 156). Por otro lado, la acción del *auctor* significa que testimoniar un acontecimiento vivido o un recuerdo del pasado es la expresión de una tensión entre lo dicho y lo no dicho que depende, sin más preámbulo, en la decisión del testigo. En conformidad con lo anterior, el caso de Sanín Cano resulta revelador, pues buena parte de sus recuerdos se inscriben en esos espacios de presuposición y confirmación a través de su vínculo con los *otros*:

No puedo dar más seguridad de la que yo mismo me doy respecto a la verdad de los sucesos narrados, esto es, que los vi como los relato, conforme a la intensidad y exactitud de mis recuerdos. Por lo que hace a mi manera de juzgar a los hombres, sus opiniones y sus hechos, no debo decir otra cosa sino que tal me parecieron o me parecen. (Sanín Cano, 1949, pág. 10)

Este alegato se halla en la parte final de la introducción de su autobiografía, y responde a una necesidad por recordar a aquellos que, por una u otra manera, no pudieron hablar o dejar un

testimonio de sus ideas o de sus concepciones sobre la época en la cual les correspondió vivir. Por ese motivo, Sanín Cano habla justamente de *su vida* y de *otras vidas*, no sólo como una forma de atestiguar lo que vivió en relación con lo que vivieron sus contemporáneos, sino también para legitimar sus experiencias en relación con un conjunto de experiencias colectivas, pues él mismo afirmó que “aquí pasarán a la vista del lector gentes y sucesos que el autor ha observado por casualidad en la mayor parte de los casos” (Sanín Cano, 1949, pág. 8). Buena parte de esos personajes serán su propio padre, sus hermanas, sus familiares y amigos más allegados, así como un numeroso grupo de intelectuales europeos y latinoamericanos con quienes compartió tertulias, reuniones y travesías a lo largo de sus estancias en Colombia, Inglaterra, España y Argentina.

Es su autobiografía, en suma, la materialización de un marco social de la memoria, siendo él su “primer testigo”, es decir, un ser consciente de la época en la que vive, capaz de confrontar diversos testimonios en búsqueda de una reconstrucción diacrónica de un conjunto de recuerdos (Halbwachs, 2004). Esta última consideración puede llegar a ser contradictoria: ¿cómo es posible que un conjunto de recuerdos o de memorias puedan llegar a tener un carácter diacrónico, el cual es propio de la historia? ¿Acaso la memoria no es lo opuesto: una expresión de la sincronía y la espontaneidad en el presente? Si bien la concepción de memoria de Sanín Cano es afín a Halbwachs (2004) cuando éste último afirma que “[se recurre] a los testimonios, para fortalecer o invalidar, pero también para completar lo que sabemos acerca de un acontecimiento del que estamos informados de algún modo” (pág. 25), hay un indicio que parece revelar un vínculo estrecho entre la historia y la memoria, no como tesis y antítesis en torno al conocimiento del pasado, sino como dos formas mutuas y unidas que trabajan para un mismo fin: el de reconstruir cronológicamente los hechos del pasado para aleccionar a la sociedad del presente. En “Entre dos años y dos épocas”, un texto sumamente crítico hacia el sentimiento de júbilo y regocijo que se experimentaba en la Europa de la posguerra, escribió:

En 1921 la Europa civilizada ya no era un mundo de risueñas esperanzas sino el campamento de odios ancestrales de codicias pequeñas, de confusión y amenazas. La guerra de 1914 puso entre dos siglos un hiato que parece insalvable (...). El lapso de barbarie creó un estado de alma contradictorio en los hombres que no supieron lo que era la vida antes de 1914. (Sanín Cano, s.f., pág. 65)

Esta crítica luego la articuló y legitimó a través de su “yo narrador”, de carácter puramente testimonial y conmemorativo:

Revive en mi memoria la representación de aquella farsa cuyos principios me fueron desconocidos. Hemos perdido o visto hipócrita o francamente mutiladas un sin número de libertades. La locomoción, el derecho de reunión, la industria, los caminos, el comercio, la prensa tan penosamente restringidos, o brutalmente abolidos en gran número de estados. Los que vimos el principio halagador del drama y asistimos a su conclusión desoladora estamos atónitos frente a una juventud que en todas partes avanza ufana, sonriente como si ignorara el peligro que la cerca por todas partes. (Sanín Cano, s.f., págs. 70-71)

He aquí, pues, una historización de la memoria la cual, contraria a la concepción de Halbwachs, vincula estrechamente a la historia y a la memoria. Los ejes articuladores de estas dos formas de conocimiento del pasado fueron el rol que ocupó Baldomero Sanín Cano como testigo directo de la barbarie provocada por la Gran Guerra, y la labor aleccionadora, pedagógica o moralizante que ese pasado turbio y violento llegó a brindar a las personas en el presente. Es por este motivo que el valor pedagógico y público de las fuentes mencionadas anteriormente se entrelazan en una noción que Todorov (2008) denominó la “memoria ejemplar”. La virtud de esta memoria ejemplarizante radica en la lectura que se hace del recuerdo, el cual, al ser despojado de su literalidad e intransitividad, se transforma en un suceso que brinda una lección para la sociedad en el presente, sacando provecho de una experiencia individual en particular (Todorov, 2008). De esta forma, la memoria ejemplar se emplea no para “pedir una reparación por el daño sufrido, sino para estar alerta frente a situaciones nuevas y sin embargo análogas” (Todorov, 2008, pág. 103).

En este sentido, el acto de recordar retoma un significado y una utilidad netamente histórica, pues al involucrar la necesidad de alertar, educar o moralizar a la sociedad del presente a través de las experiencias personales vividas en el pasado, se da lugar a la idea de que todo recuerdo, por más espontáneo que sea, da cuenta de un hecho o momento histórico particular. En el caso de Baldomero Sanín Cano, el acto de recordar está subordinado a la historia, ya que cada recuerdo o representación de sus experiencias pasadas se legitiman en un marco histórico específico. Por ejemplo, en su autobiografía cada momento de su infancia y juventud va acompañado de una fecha, de un lugar, de un evento o circunstancia cronológica específica, ya sea de la historia de Colombia

o de alguna época histórica en general. De esta manera, al mencionar los lugares en los que vivió a lo largo de su vida escribió:

Conoce por un espacio de la Tierra que se extiende en longitud desde el grado 16 al este hasta el 85 al oeste, y en latitud desde el grado 62 al norte hasta el 37 al sur, un espacio del planeta donde florecían hasta el año 1914 envidiables y tranquilas civilizaciones, centros bulliciosos de progreso y regiones que vivían orgullosas de haberse incorporado a formas de cultura en cuya adaptación estaban ocupándose empeñosamente. (Sanín Cano, 1949, pág. 8)

A propósito del año que menciona, 1914, éste será empleado discursivamente por él en buena parte de sus escritos, memorias y ensayos, creando para sí un punto de referencia, que se extiende hasta finales de la Gran Guerra, y que separa dos épocas; una de civilización y progreso en la ciencia y el pensamiento humanos, y la otra de barbarie y crisis de las naciones democráticas en occidente (Sanín Cano, 1926, 1938, 1940). Este elemento sincrónico en las representaciones de Sanín Cano debe entenderse como un indicio del carácter pedagógico que él tiene en torno al uso público de la memoria. En las “Memorias de los otros”, específicamente, menciona cómo “los tiempos han desquiciado la conciencia humana. El asesinato, el robo, el desconocimiento de las obligaciones contractuales, se miden hoy por principios desconocidos del hombre moral antes de 1919” (Sanín Cano, 1938, pág. 40). Misma función la cumplen las guerras civiles que se dieron durante su infancia y juventud en Antioquia, la región geográfica de la que fue oriundo, en donde dichos sucesos de carácter histórico también sirvieron como activadores de la memoria del periodista colombiano. En su autobiografía escribió cómo tres de estas confrontaciones, la guerra civil de 1859, la Guerra de las Escuelas de 1876, la Revolución de las Montoneras de 1879 y la revolución de 1880, afectaron de tal manera su vida académica escolar, hasta el punto de suspender sus clases y enrolarse en las fuerzas irregulares liberales para atrapar guerrilleros conservadores (Sanín Cano, 1949).

En resumen, al leer las representaciones que escribió Baldomero Sanín Cano en torno a la Gran Guerra, tanto en las que aparecen en las “Memorias de los otros” como en las que se hallan en “Entre dos años y dos épocas”, hay una apelación directa al maniqueísmo civilización (pasado) y barbarie (presente), el cual entra en juego a partir del año 1914, y que trata de fragmentar la diacronía de la historia de la humanidad; pero antes de que la guerra termine por dividir a la historia,

la memoria entra en escena como estabilizador o como agente que une esas dos dimensiones de la realidad, cumpliendo una doble función al interior de la sociedad, ya sea como *Erfahrung* o “experiencia transmitida” (Benjamin, 1989) o como “memoria ejemplar” (Todorov, 2008). Esta misma forma de vincular la historia y la memoria la llevó a cabo en la escritura de su autobiografía, en donde queda en evidencia cómo reconstruyó su niñez, su juventud y sus primeros pasos en la vida intelectual a partir de la ubicación histórica de sus recuerdos. En suma, las representaciones de Sanín Cano se pueden leer de la manera en como Samuel (2008) concibe a la memoria: “como una fuerza activa y demoleadora, que es dinámica (...) y que se relaciona de manera dialéctica con el pensamiento histórico, en lugar de ser algo así como su otro negativo” (pág. 12).

De esta manera, se plantea como hipótesis de trabajo que las representaciones de Baldomero Sanín Cano, en relación con la Gran Guerra de comienzos de siglo, fueron traídas a finales de la década del treinta con el propósito, no sólo de criticar a la violencia y a la barbarie por sí mismas, sino de permitirle a la sociedad colombiana tomar conciencia de su responsabilidad histórica como nación en proceso de modernización, y como heredera de una cultura occidental en decadencia. En suma, se plantea que hubo un uso político de los recuerdos y las representaciones las cuales, interpelando a un pasado histórico violento, intentaba ser una herramienta reflexiva, pedagógica y moralizante de la sociedad colombiana de los treinta que intentara superar las viejas disputas políticas del pasado. Esto último enmarcado en un contexto previo a la Segunda Guerra Mundial, la cual estallaría meses después de publicadas las “Memorias” de Sanín Cano.

De esta propuesta emergen varios puntos o ejes de análisis, los cuales le brindarán al debate entre historia y memoria mayor profundidad. Estos son: la cuestión de la violencia representada en las guerras mundiales (Mosse, 2016) (Nolte, 1996) (Duroselle, 1991), y las guerras civiles en Colombia (Bushnell, 2002) (Caballero, 2014); por otro lado, la educación pensada en términos de formación académica hacia el progreso moral y material de los individuos (Báez, 2004); finalmente el tema de la intelectualidad pensada en sus redes de colaboración, en sus publicaciones y su impacto en la sociedad (Dosse, 2007) (Altamirano, 2010). A continuación, reseñaremos algunas obras que han abordado hasta cierto punto estas cuestiones, y que le darán mayor pertinencia a la redacción de este trabajo.



## *Breve estado de la cuestión*

La relación entre la guerra, la historia y la memoria en la obra de Baldomero Sanín Cano resulta ser bastante reveladora y nos avala para preguntarnos dos cosas: ¿Cómo se ha abordado esta cuestión desde la historiografía contemporánea, y ¿cómo este trabajo puede dar una perspectiva diferente o novedosa frente a lo que ya se ha escrito? Para empezar, es necesario contextualizar al periodista colombiano justamente en la nación en donde nació y se formó como intelectual. Se afirma que, históricamente, la guerra ha sido un fenómeno muy conocido por la sociedad civil colombiana desde sus orígenes republicanos, hasta el punto de atravesar las relaciones sociales, la mentalidad y la política (Sanchez & Peñaranda, 2009). En ese sentido, el tratamiento que le ha dado la historiografía colombiana al tema de la guerra y la violencia ha girado en torno a los episodios más virulentos de la historia nacional: primero a las guerras civiles del siglo XIX, luego al periodo de la Violencia con mayúscula, haciendo referencia al momento histórico que emerge después del 9 de abril de 1948 con el asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán, para pasar posteriormente por el surgimiento de las guerrillas de izquierda en el sesenta y, finalmente, con la llegada del narcotráfico y del paramilitarismo desde la década del setenta hasta inicios del presente siglo (Caballero, 2014) (Palacios & Safford, 2011) (Sanchez & Peñaranda, 2009).

En el marco de esta cronología, este trabajo se centrará en la época en la que vivió Baldomero Sanín Cano, la cual abarca un periodo bastante largo -entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX- y que se caracterizó por la proliferación de muchas guerras civiles partidistas hasta la llegada del periodo de la Violencia. Un primer trabajo que vincula la cuestión de las guerras civiles con la historia y la memoria es el escrito por el historiador Malcolm Deas (2009) quien introduce la noción de “arqueología de conflictos”, la cual hace referencia a la “exploración de conflictos no tan formales como las guerras civiles, tales como los conflictos de los años veinte y treinta, antecedentes, tal vez, de la violencia de los años cuarenta” (Deas, 2009). Dicha arqueología le permite al historiador preguntarse por ciertos vacíos en los procesos y en las trayectorias del fenómeno general de la violencia en el país, tales como lo sucedido en el intervalo entre el final de la Guerra de los Mil Días (1902) y el surgimiento de la etapa de la Violencia (1948), y el relativo cambio pacífico que hubo entre regímenes políticos en la década del treinta, momento en el cual el partido conservador, quien se había mantenido en el poder desde la década del ochenta del siglo XIX, deja el poder del país a manos del partido liberal. La tesis que sostiene

Deas para explicar lo anterior es que para 1930 aún se mantenían frescos los recuerdos de la Guerra de los Mil Días y de todos los desastres que ella misma provocó, razón por la cual muchos de los actores que sobrevivieron a tal conflicto no querían volver a repetirlos (Deas, 2009).

Ya la obra de Deas señala la presencia de la noción de “recuerdo” como una concepción inmanente en los análisis de la arqueología del conflicto en Colombia. En relación con esta perspectiva se enmarca el trabajo de Brenda Escobar Guzmán (2005) quien afirma que una de las formas más recurrentes para narrar los acontecimientos de esta guerra se encuentra en la memoria de sus testigos, entendiendo “memoria” como “aquellas relaciones posteriores a los sucesos, escritas por quienes participaron directamente en ellos, con la intención de que fueran publicadas” (P. 20). Lo relevante de su observación radica en detallar la prevalencia de dos momentos históricos, en donde dichas memorias proliferaron por los medios editoriales del país: los primeros años del siglo XX y la década del treinta. Lo que la lleva a plantear preguntas muy pertinentes para la explicación de dicho fenómeno: “¿Quiénes escribieron esas memorias? ¿Por qué? ¿Qué narran y qué olvidan? ¿Qué problemas tienen como fuente?” (Escobar Guzmán, 2005). Como hipótesis de trabajo considera que, al mirar la guerra en retrospectiva, el autor de las memorias escribe su testimonio con una intencionalidad teleológica, es decir, encauza “las acciones narradas con un fin que ya conoce, como si ellas hubieran conducido necesariamente a él” (Escobar Guzmán, 2005). Esta afirmación le permite pensar en cierta intencionalidad política latente en la década del treinta del siglo XX, en donde la publicación de varios testimonios de excombatientes de la guerra coincidió con la llegada de los liberales al poder, quienes mostraron un profundo interés por reescribir la historia nacional del lado de ellos.

La relación intrínseca entre la guerra, el testimonio y el recuerdo, por otra parte, ha ayudado a desentrañar algunas características de la vida cotidiana de los actores de estas contiendas, las cuales habían permanecido ocultas de las letras académicas durante un buen tiempo. En otra obra de Deas (2006) se afirma que “toda guerra refleja la sociedad donde se desarrolla y mucho de lo que aparentemente es irracional en los conflictos colombianos del siglo XIX se puede explicar en relación con el contexto geográfico, social y económico” (Deas, 2006). Sin embargo, lo que sucede dentro de la guerra misma y todos los testimonios que ella deja suministran al historiador indicios sobre cómo era el carácter de la sociedad colombiana en el pasado. Es necesario ver más allá de la política e indagar por la forma en cómo estos actores lucharon y se comportaron ante sus

semejantes. Para ello, toma el caso del caudillo militar Ricardo Gaitán Obeso, quien dirigió una de las campañas más peculiares y osadas de la guerra civil colombiana de 1885, y que se caracterizó por ser un líder militar de provincia en lugar de pertenecer a esa elite de generales literatos del siglo XIX. En palabras de Deas, Gaitán Obeso “fue un elemento típico de la guerra civil, aunque no de la clase de los que dejan memorias. Casi todas éstas fueron escritas por generales más distinguidos o por escritores que habían combatido en el ejército temporalmente” (Deas, 2006). Los testimonios que se escribieron en torno a la figura de Gaitán Obeso y a la guerra del 85 revelaron una realidad atravesada por la violencia, principalmente en aquellas generaciones nacidas entre las décadas del cincuenta y del setenta del siglo XIX, ya que mostraban las preocupaciones de los artesanos, campesinos y vagos quienes, atemorizados ante el grito de “revolución”, huían de las plazas y mercados centrales de los pueblos y las ciudades principales del país ante el hecho de ser reclutados por la fuerza por patrones y gamonales.

La cuestión del testimonio, la vida cotidiana y la violencia también se retrató en muchos escritos sobre la Guerra Civil de los Mil Días (1899-1902), considerada por la historiografía contemporánea como la pugna civil más cruda y hostil del siglo XIX. En el ya mencionado texto de Escobar, se citan todas las crónicas y testimonios que sobre este conflicto se escribieron durante la década del treinta. Uno de ellos corresponde al de Guillermo Quevedo Zornoza (1882-1964) titulado “Recuerdos de la Guerra de los Tres Años, escritos por un zipaquereño” y publicado en la *Revista de las Indias* en enero de 1939. En dicho relato, Quevedo Zornoza recopila una gran cantidad de anécdotas relacionadas con la organización y el movimiento de las tropas del partido liberal colombiano en la región de Zipaquirá y sus zonas aledañas, así como sus acciones subversivas en contra de las fuerzas estatales conservadoras, las cuales reprimieron con dureza a los miembros de las filas liberales. Así como Quevedo Zornoza va describiendo capítulo tras capítulo sus vivencias en las huestes liberales, también reflexiona en torno a la violencia partidista y política que atravesaba el país a comienzos del siglo XX, en las ejecuciones a los rebeldes y en el sinnúmero de injusticias que perpetraron las fuerzas del gobierno.

Además de analizar el fenómeno de las guerras civiles a través de la memoria, hay trabajos que se han enfocado en estudiar la relación entre ésta última y los conflictos internacionales. Si bien Colombia no participó directamente ni en la Primera ni en la Segunda Guerra Mundial, razón por la cual no abundan muchos estudios que vinculen al país con lo sucedido en el transcurso de

estas confrontaciones globales, cabe mencionar la existencia de los acervos documentales del Instituto Caro y Cuervo de la ciudad de Bogotá, en donde se hallan varias cartas y archivos personales de aquellos quienes vivieron en Europa durante el periodo 1914-1918 (Constain, 2014), pero que, desafortunadamente, no se pudieron consultar a tiempo<sup>1</sup>. Una vez dicho lo anterior, se reafirma la importancia que tiene este trabajo en relación con las representaciones de un latinoamericano sobre el devenir de la Gran Guerra y sus reflexiones hechas para la posteridad.

Volviendo a la relación entre Colombia y los conflictos internacionales, es necesario centrarse en dos obras que dan cuenta, tanto del conflicto fronterizo con el Perú ocurrido entre los años 1932 y 1933, como con la Guerra de Corea de la cual Colombia participó directamente. Respecto a la primera, está el trabajo de Luis Gomezjurado Guerrero (2019), mayor retirado del Ejército de Colombia y excombatiente de dicha contienda, quien relata el conflicto desde su mirada como testigo, siendo su obra más afín con la crónica o el relato en primera persona que con un texto académico de historiografía. No obstante, los testimonios de Gomezjurado resultan muy reveladores en cuanto a la descripción del conflicto, a su génesis y los actores y hechos que desencadenaron en su desenlace final cuando las tropas peruanas, después de tomar la ciudad de Leticia en el Amazonas colombiano, finalmente abandonaron el territorio, el cual nuevamente fue reclamado soberanamente por el gobierno nacional de Colombia. Además de comentar detalladamente la organización y la logística militar del ejército, Gomezjurado cuenta que “durante el conflicto y después de él varios distinguidos escritores, periodistas y corresponsales de guerra, con lujo de detalles y poética inspiración, publicaron escritos referentes a hechos y episodios ocurridos en la frontera del sur” (Gomezjurado Guerrero, 2019). Juzga que muchos de ellos, a pesar de perseguir la “verdad objetiva” de lo sucedido en sus escritos, otros “contienen datos obtenidos sin método ni concierto a más que aplican un criterio civil a operaciones militares que no conocían y no podían conocer en su conjunto” (Gomezjurado Guerrero, 2019).

En cuanto a la Guerra de Corea, el libro de Quiroga Cubides (2015) brinda algunos elementos teóricos y metodológicos afines a la historia social, los estudios subalternos y la memoria. La preocupación central del autor pasa por preguntarse cuál fue la experiencia de los

---

<sup>1</sup> La elaboración del corpus documental de la tesis coincidió con las restricciones sanitarias producidas por la pandemia de Covid-19 del año 2020, y que se extendieron hasta el año 2022. Razón por la cual, dichos documentos no pudieron ser consultados. *Nota del autor.*

soldados y de algunos oficiales durante dicho conflicto, tratando de responder “a cómo en los últimos sesenta años las narrativas sobre la guerra de Corea han asignado un papel diferente al soldado raso y cuáles son las implicaciones de ello en la manera como entendemos dicha guerra” (Quiroga Cubides, 2015). Para ello, emplea un espectro documental variado el cual va desde relatos de prensa, memorias y entrevistas, hasta literatura, obras de teatro y composiciones musicales. Al tratar de ver las variaciones en los relatos y en las reconstrucciones que se hace en torno a la figura del soldado raso a través del tiempo, Quiroga Cubides enmarca su investigación dentro de una duda fundamental de todo trabajo sobre la memoria: “¿por qué recordamos de forma diferente un hecho?” (Quiroga Cubides, 2015). Esta interpelación, sin lugar a dudas, le permite afirmar que todo narrador de un testimonio se transforma en un actor activo del pasado, el cual no puede desvincularse del relato creado, puesto que atiende a diversos intereses políticos, institucionales y sociales, y que su “deber por recordar” pasa por el arte de la composición, es decir, por construir memorias “usando el lenguaje público y los significados de nuestra cultura” (Quiroga Cubides, 2015).

Estas investigaciones que vinculan al fenómeno de la violencia con la historia y con la memoria han contribuido significativamente al enriquecimiento de los estudios sobre los usos públicos de la memoria. Sin embargo, no vincula a un actor importante en el análisis crítico de la guerra: al intelectual. Y es por esta razón que este trabajo recobra cierta relevancia, ya que busca poner en escena a Baldomero Sanín Cano, no sólo como testigo y *auctor* de unas memorias sobre la guerra, sino también como creador y divulgador de un pensamiento crítico frente a ella.

Al igual que sucede con las guerras civiles, los estudios sobre historia intelectual han sido susceptibles a ser comprendidos a través de las tensiones que intrínsecamente llevaron a cabo liberales y conservadores por hacerse con el poder de la nación. Para el caso de las últimas dos décadas del siglo XIX, Deas (2006) considera que en Colombia se había fundado una verdadera “república de letrados” en el sentido de que los escritores y expertos en gramática, lexicografía y filología ejercían los principales cargos públicos y burocráticos, así como las cátedras de los colegios mayores y las primeras universidades republicanas. Por otra parte, estuvieron estrechamente vinculados al mundo editorial, es decir, a la publicación de periódicos y a la traducción de obras extranjeras. En suma, “la gramática, el dominio de las leyes y de los misterios de la lengua, era componente muy importante de la hegemonía conservadora que duró de 1885

hasta 1930” (Deas, 2006, pág. 30). Esta preocupación por el dominio y el correcto uso del castellano fue consecuencia de la permanencia del pasado colonial y de la nostalgia que suscitaba su recuerdo como estandarte de la moralidad y las tradiciones de la república. Otra investigación que dialoga directamente con esta posición es la hecha por Martínez (2001), quien sostiene la tesis de que existió una fuerte influencia de las ideas europeas en estos políticos-letrados del siglo XIX, y de una serie de debates intelectuales entre ellos que trascendieron al ámbito político y religioso, en una sociedad profundamente polarizada entre el liberalismo, el catolicismo y la censura.

Ya para el siglo XX se encuentra el trabajo de Arias Trujillo (2007) en donde se aborda la cuestión de la generación intelectual como eje principal en la renovación de la vida literaria y política del país. El surgimiento de una nueva generación de universitarios a principios del siglo XX se dio en un contexto de cambios dentro de la sociedad colombiana vistos a través de fenómenos como el auge económico, el surgimiento del proletariado en las ciudades, el crecimiento de las mismas zonas urbanas y el brote de sentimientos nacionalistas. Estos cambios en la vida cotidiana en Colombia generaron ciertos debates de los cuales esta nueva generación de jóvenes tomó parte activamente, criticando a los gobiernos conservadores precedentes acusándolos de no haber respondido a los desafíos emergentes de una sociedad en transformación. Los dos puntos álgidos que desencadenaron tal antagonismo entre ellos fueron la llamada “cuestión social” y la religión. A partir de lo que se dijo sobre estas dos coyunturas, el autor considera que el campo intelectual se polarizó hasta el punto de fundar dos bandos absolutamente opuestos; por un lado, los miembros de la “nueva izquierda” de corte liberal y por el otro, aquellos que pertenecían a la “nueva derecha” más conservadora, posteriormente llamados “Los Leopardos”.

En una clave similar a la propuesta de Trujillo, se encuentra el artículo del historiador Rubén Sierra Mejía (2009). En este trabajo, el autor considera que los cuatro periodos presidenciales que correspondieron a la llamada república liberal (1930-1946) estuvieron atravesados por una época de grandes tensiones globales, caracterizadas principalmente por las secuelas de la crisis económica del 29, el ascenso de los gobiernos totalitarios europeos, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial; todas coyunturas que afectaban directa o indirectamente la vida económica y cultural de Colombia. Es en este punto en el que el autor introduce la existencia particular de un debate al interior del círculo de intelectuales de la época, en relación con la rivalidad entre las potencias aliadas y las del eje durante la guerra mundial. Por un lado, los intelectuales liberales

mostraban un compromiso político hacia estos primeros, defensores de la democracia moderna y liberal, de las libertades individuales y del derecho internacional. En la otra vereda, se hallaban los intelectuales del conservatismo, acérrimos defensores de la causa alemana y de sus aliados, y que promovían la tesis de que “la democracia liberal era un régimen de gobierno que había demostrado su incapacidad para imponer el orden y el progreso de nuestra sociedad” (Sierra Mejía, 2009, pág. 363).

Esta polarización entre intelectuales no sólo se dio dentro de los límites del país, sino que tuvo también una trascendencia continental llegando a varias naciones latinoamericanas. En el caso argentino, Halperin Donghi (2003) sostiene que la crisis que aquejó a la civilización occidental moderna, liberal y capitalista fue en realidad una crisis de la democracia, de sus instituciones y, sobre todas las cosas, de sus ideas. La “pérdida de la fe” en el sistema democrático, el cual ya estaba tambaleando desde antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, repercutió fuertemente en la sociedad argentina principalmente en torno a sus intelectuales quienes rápidamente tomaron posición respecto a los bandos políticos e ideológicos que se empezaban a forjar a lo largo de la década del treinta. Por un lado, se ubicaban los defensores de las naciones democráticas tradicionales representadas por las potencias aliadas; del otro lado, estaban los simpatizantes del fascismo y de las potencias del eje; y había otro grupo influenciado por la experiencia del comunismo en la recién formada Unión Soviética. El ojo de la tormenta, según el autor, giraba en torno a la discusión de si la democracia tenía futuro como el modelo político representativo en esta parte del mundo, o si se estaba a puertas de un nuevo orden mundial. Lo anterior también desencadenó en la cuestión sobre la importación de ideas e ideologías “avanzadas y revolucionarias” en una sociedad argentina todavía muy arraigada a la tradición democrática del siglo XIX.

De vuelta a Colombia, este clima de época produjo un malestar en la intelectualidad nacional el cual se expresó no sólo en el debate público respecto a los antagonismos ideológicos del momento, sino en la tarea de impulsar reflexiones en torno al papel de la cultura en Colombia. En palabras del autor, era el “efecto de la percepción que produjo en ellos el desmoronamiento del orden democrático en el viejo continente, con las consecuencias negativas para nuestra tradición cultural, arraigada en la mediterránea” (Sierra Mejía, 2009, pág. 356). La cuestión de la cultura, por tanto, se convirtió en un asunto político que vinculó a los intelectuales a reflexionar en torno a

su significado, sus orígenes históricos, los peligros que la amenazaban y su propia supervivencia. De igual manera, y como un asunto de Estado, el gobierno y los intelectuales, quienes desempeñaban cargos públicos relacionados con la educación y la cultura, se dieron a la tarea de crear y fomentar proyectos sociales que ayudasen a divulgar el ideario cultural del liberalismo, el cual se fundaba en “una cultura [arraigada] en el conocimiento de las condiciones del hombre en su medio geográfico y social (...), íntimamente ligada a todo el aparato educativo, desde la escuela rural a la universidad, y tan alejada, por supuesto, de una cultura de ornamento” (Sierra Mejía, 2009, pág. 379).

La introducción de la cultura como asunto público entra en diálogo directamente con algunas obras sobre historia de las revistas culturales en el país. Una de ellas es la tesis de grado de Martínez (2011), en donde se propone estudiar a la publicación como un lugar de encuentro de aquellos intelectuales que “asumieron la responsabilidad de actuar en calidad de pensadores y ejecutores de la reforma educativa y la investigación de la cultura colombiana” (pág. 5). Las revistas culturales sirvieron de plataforma a los intelectuales del treinta para darse a conocer, no sólo en el ámbito académico y literario sino también en la escena pública, en donde se daban a conocer las filiaciones políticas e ideológicas de los mismos. De igual manera, se constituyeron como los pilares de la renovación educativa de la nación, en donde la *Revista de las Indias* se destacó, durante su primera etapa entre 1936 y 1938, como una publicación que sirvió de “puente cultural, educativo e informativo entre el ministerio y la ciudadanía” (Martínez, 2011, pág. 28). La cuestión cultural, llegados a este punto, se enfocó en la difusión de la “alta cultura”, es decir, en la promoción de los estudios e investigaciones sobre historia, antropología, literatura, arte, política y filosofía.

El otro texto referente a la historia de la revista es el artículo de Betancur (2016). Centrado en la experiencia que tuvo la publicación en su segunda etapa a partir de 1938, el autor afirma que la nueva función que emprendió la revista se vio motivada por la crisis mundial de la época, la cual impulsó a consolidar una “política cultural dirigida a crear mecanismos de difusión que permitieran el acceso a la mayor cantidad de personas, de los productos culturales elaborados por los escritores, los artistas plásticos y los hombres de letras colombianos y extranjeros” (Betancourt Mendieta, 2016, pág. 129). Ante la incertidumbre del panorama mundial, la revista no sólo prestó atención al rescate y difusión de la literatura y la ciencia moderna, sino que se enfocó en la opinión y la



percepción de los hombres de letras respecto al quehacer intelectual en tiempos de gobiernos totalitaristas y de guerra mundial. Lo anterior también le abrió la puerta al debate sobre la cuestión del estado social del país y la “necesidad de que el gobierno central atendiera el problema de la construcción de la nación colombiana a través de acciones concretas para enfrentar el presente y la planeación del futuro en un escenario incierto a nivel interno y externo” (Betancourt Mendieta, 2016, pág. 127).

En resumen, un tema central en la agenda intelectual e institucional de la *Revista de las Indias* fue la de tomar posiciones y debatir en torno a los roles que el Estado colombiano debía cumplir al interior de la sociedad. Similar al caso colombiano, Altamirano (2010), desde una perspectiva más continental, afirma que durante gran parte del siglo XX la vida intelectual latinoamericana “corrió predominantemente por cauces nacionales y que no hubo ningún escenario central, ninguna capital que ejerciera la función de metrópolis de donde brota la autoridad intelectual” (pág. 11). Esta atomización del campo intelectual al interior de las naciones que conforman el subcontinente, sin embargo, se vio alterada después de la Primera Guerra Mundial, en donde se empezaron a abrir paulatinamente las fronteras de esos espacios intelectuales anteriormente cerrados, a través de la creación de lugares comunes en donde confluía la intelligentsia de América Latina. Se destaca entre dichos lugares la fundación de revistas culturales, las cuales sirvieron para “estudiar las direcciones y las batallas del pensamiento en las sociedades modernas y hacer el mapa de las líneas de sensibilidad de una cultura en un momento dado” (Altamirano, 2010, pág. 19).

Centrándose aún más en los contenidos preponderantes de estas publicaciones, se encuentra el trabajo de Funes (2006), quien plantea una visión desde el lugar que ocupaban los intelectuales respecto a la sociedad y el Estado, y frente a la tradición y a los movimientos vanguardistas literarios y científicos del veinte. La autora afirma que cierta “incomodidad y un estado de malestar frente a la realidad, que advierten injusta o peligrosa, es el puntapié inicial de la actitud intelectual” (Funes, 2006, págs. 55-56). De esta manera, las nociones de “intelectual” y de “crítica” se fusionan hasta el punto de considerarse sinónimos; “la impugnación y la denuncia del poder, la explotación y la injusticia que se objetiva en un “yo acuso” social, está entre las notas que se consideran propias” (Funes, 2006, págs. 55-56). A partir de lo sucedido, tras la Gran Guerra y la crisis económica del 29, muchos intelectuales latinoamericanos pusieron en duda los valores heredados

de la modernidad decimonónica; la “razón”, la “civilización”, el “progreso” y la “ciencia” fueron altamente cuestionados hasta el punto de generar una incertidumbre ideológica que llevó a los intelectuales a explorar otras vías de concepción al conocimiento del mundo y la realidad modernas. Una de estas rutas fue justamente la apuesta latinoamericanista, la cual se fundamentó en la “relativización de Europa como faro de cultura y la oposición a las agresivas políticas militares de Estados Unidos sobre la región” (Funes, 2006, pág. 14).

Funes, al igual que Deas (2006) en el caso colombiano, afirma que el lugar de los intelectuales latinoamericanos en esta década estuvo tensionado por los campos de la cultura y del poder, en donde los “hombres de ideas” supieron conjugar “nuevos” términos a sus ideologías y a su lucha contra el imperialismo. De esta manera, se empezaron a utilizar conceptos tales como “socialismo”, “comunismo”, “antiimperialismo” o “corporativismo” en los discursos, artículos, ensayos y manifiestos de esta nueva generación de intelectuales del veinte. La experiencia de la Revolución Rusa mostró que un nuevo horizonte político y social podía florecer en el aún temprano siglo XX; un nuevo panorama que mostraba una sociedad “sin explotadores ni explotados”, en donde el “mundo iba a cambiar de base, lo nada de hoy todo han de ser” tal como lo pregonaba el himno socialista por excelencia: La Internacional (Funes, 2006, pág. 31). Paradójicamente, esta importación de conceptos y modelos provenientes de Europa, ahondaron más en las tensas relaciones que los intelectuales latinoamericanos sostenían con la tradición europea, hasta el punto de fundar verdaderos movimientos “antieuropeos” que se constituyeron como “una identificación generacional fuerte entre los pensadores, ensayistas, intelectuales y artistas latinoamericanos” (Funes, 2006, pág. 26).

Para concluir, hay dos obras que articulan a la Gran Guerra con la historia intelectual y la de los intelectuales, a través del papel que ejerció el diario *La Nación* como lugar de encuentro y discusión sobre este conflicto en particular. Por un lado, el trabajo de Rubiano y Londoño (2013) el cual no sólo representa el vínculo entre Baldomero Sanín Cano con la labor periodística que ejerció para el diario argentino, sino que también lo ubica como crítico frente a la crisis mundial y como analista de la política de su tiempo. Las preguntas principales que plantean los autores son muy pertinentes, pues indagan por cómo llegó Sanín Cano a establecerse como corresponsal del diario *La Nación*, y cuáles fueron las opiniones y discusiones que entabló en los artículos que escribió entre 1918 y 1931. Respecto a la primera cuestión, se afirma que el periodista colombiano

había construido una sólida red intelectual en Londres, en la cual se incluían políticos, pensadores y escritores europeos y latinoamericanos. La afinidad que tenía con Jorge Mitre, uno de los directores del periódico, le permitió vincularse como corresponsal en el extranjero y empezar a constituirse como un periodista reconocido en el medio. Frente a la segunda cuestión, Rubiano y Londoño consideran que los artículos escritos por el intelectual colombiano desvelan “el presente mediante un dialogo que contiene una capacidad analítica sobre el pasado [o] cómo sus artículos contienen un pronóstico, acaso una observación provisional del porvenir” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 14).

Por otro lado, el trabajo de Tato (2017) brinda un panorama sobre el impacto político e intelectual de dicho conflicto sobre la sociedad argentina, a partir de una visión cultural y global de la historia. La autora afirma que a través de las dimensiones globales que definieron a la Primera Guerra Mundial –el impacto en las naciones beligerantes y no beligerantes, en la economía global de libre mercado y en las periferias de los grandes imperios–, se puede revisar la historia argentina durante ese periodo, permitiendo “superar las limitaciones de las narrativas exclusivamente centradas en historias nacionales autosuficientes y aisladas, derivadas del “nacionalismo metodológico” (Tato, 2017, pág. 13). La visión global y culturalista de Tato le permite abordar esta cuestión desde el punto de vista de las representaciones de los intelectuales que vivieron en esta época, reconfigurando una nueva perspectiva historiográfica que se centra en el “estudio de la memoria, la identidad, los sentimientos, las emociones, las experiencias de la gente común, incluyendo tanto a los combatientes como al frente interno” (Tato, 2017, pág. 12). Dado que ninguna nación latinoamericana participó directamente en el conflicto, desde el punto de vista militar, la autora se vale de los discursos dejados por aquellos intelectuales que ella denomina los “mediadores culturales”, es decir, “agentes sociales que operaron activamente como nexos y articuladores entre la Europa en guerra y la Argentina neutral, interpretando los acontecimientos bélicos y difundiendo representaciones de los mismos, posteriormente apropiadas y resignificadas localmente” (Tato, 2017, pág. 13). Por tanto, involucra en su investigación algunos artículos de prensa argentina y de agencias de noticias escritos por corresponsales que se hallaban en Europa, a los testimonios de las comunidades de inmigrantes residentes en el país y el estudio de la propaganda divulgada en la Argentina en torno a la guerra y las naciones beligerantes.

Sin embargo, tanto la investigación de Rubiano y Muñoz como la de Tato, no problematiza a profundidad el rol que ejerció Baldomero Sanín Cano como corresponsal de guerra. De hecho, en el primer trabajo es minimizado y muy poco mencionado, y en el segundo ni siquiera es citado. Razón por la cual nuestra investigación entra directamente a debatir y a complementar lo hecho por estos autores desde una perspectiva afín a la propuesta realizada por la revista *Iberoamericana* en su dossier titulado “Entre el periodismo y la literatura: los corresponsales de guerra de la prensa iberoamericana ante los conflictos bélicos de la primera mitad del siglo XX”. Un primer artículo escrito por Sánchez (2021) analiza las trayectorias, ideas y representaciones de tres escritores argentinos que ejercieron su papel como corresponsales de guerra para diferentes diarios argentinos. Ellos fueron: Tito Livio Foppa quien trabajaba para *La Razón*, Alejandro Sux de *La Prensa* y Juan José Soiza Reilly quien, al igual que Baldomero Sanín Cano, escribía para *La Nación*. Una vez mencionados los personajes del estudio, Sánchez introduce la noción de “corresponsal” como un término polisémico que hace referencia a un conjunto de individuos ligados a “las grandes plumas del mundo literario, científico y político que enviaban sus crónicas por barco desde las principales metrópolis europeas” (Sánchez, 2021, pág. 15), así como de pertenecer al “propio staff de los diarios que cumplían labores como corresponsales o “reporteros de viaje”, asociados, en un principio, a la cobertura de viajes ocasionales para asistir a un evento político o cultural de trascendencia” (Sánchez, 2021, pág. 16). En ambos casos, la labor les procuraba a estos intelectuales gozar de cierto prestigio y reputación debido a sus múltiples viajes, aunque el estallido de la Gran Guerra en 1914 despertaría cierta novedad e interés en las crónicas de estos periodistas, los cuales reafirmarían su estatus al interior de una sociedad argentina que tomaba a este conflicto como “un acontecimiento mediático que implicó un salto dentro del proceso de modernización emprendido por los principales diarios de Buenos Aires a finales del siglo XIX” (Sánchez, 2021, pág. 17).

En diálogo con el anterior, Jiménez Torres (2021), estudia las representaciones del escritor español Ramiro de Maeztu sobre el devenir de la Gran Guerra desde una perspectiva que el autor define bajo el concepto de lo “liminar”. Esta idea es la ambigüedad arraigada entre aquellas experiencias que combinan al mismo tiempo lo lejano y lo cercano, lo de adentro y lo de afuera (Jiménez Torres, 2021), para explicar un acontecimiento histórico en particular. Para Jiménez Torres, los relatos de Maeztu, quien visitó los frentes de batalla hasta en cinco oportunidades, se mueven dentro de esa ambigüedad de presenciar y, a su vez, de no presenciar el conflicto bélico.

El autor explica, en primer lugar, que las crónicas de Maeztu se inspiraron en los espacios marginales de las grandes batallas, a saber, los hospitales, las tiendas de distribución de pertrechos y, en general, en el “mundo de los civiles” (Jiménez Torres, 2021, pág. 40). Este tránsito por los “espacios liminares” le indica a Jiménez que los relatos de Maeztu se movieron más en el plano de la guerra tras bambalinas, lo que significó un “desplazamiento del foco de qué es central y qué es marginal, qué merece atención y qué no en aquel conflicto” (Jiménez Torres, 2021, pág. 41). Lo anterior resulta bastante revelador, pues el cambio de foco le permite al historiador descubrir un nuevo mundo de representaciones y significados “que transitan el amplio espacio entre la guerra y la paz, entre las sociedades que combatían y aquellas que no” (Jiménez Torres, 2021); imágenes creadas por aquellos testigos que presenciaron la guerra “desde atrás”, algo que también se identifica plenamente en las “Memorias de los otros” de Baldomero Sanín Cano, quien convivió con Maeztu en su viaje al frente en 1918.

En resumen, ha habido intentos por relacionar al fenómeno de la violencia con el campo intelectual, no sólo desde el punto de vista de la crítica a la guerra y al estado de la cultura, sino también desde la perspectiva de representar a los intelectuales como testigos directos de su época, capaces de articular racional y afectivamente sus pensamientos con sus experiencias, es decir, al “mundo exterior” con el “yo interior” (Dilthey, 2015). Este trabajo se propone complementar estas perspectivas enfocándose principalmente desde la relación entre la historia y la memoria, y de cómo estas dos maneras de conocer el pasado desde el presente se yuxtaponen y se complementan en las representaciones de Baldomero Sanín Cano sobre su experiencia como corresponsal en el frente occidental, y su tardía narración a vísperas de un nuevo conflicto global.

Este trabajo se divide en tres capítulos. En el primero de ellos, se realiza una reconstrucción histórica de la época en la cual nació Baldomero Sanín Cano, atravesada por las guerras civiles y los conflictos de intereses entre los dos partidos políticos tradicionales de Colombia. Se dedicarán unas páginas a los orígenes del bipartidismo y cómo este configuró una geografía humana que fragmentó política y socialmente a la nación durante el siglo XIX (Palacios & Safford, 2011). Una vez explicado lo anterior, se pasará a estudiar los inicios de la trayectoria intelectual de Baldomero Sanín Cano desde los primeros años de su juventud hasta su llegada al periodismo local. Aquí se verá cómo ese mundo exterior en el cual vivió fue moldeando sus experiencias personales, las cuales quedaron plasmadas en su autobiografía *De mi vida y otras vidas* (1949).

Posteriormente, en el segundo capítulo, se analizará el periodo de consolidación intelectual de Sanín Cano, el cual abarca los últimos diez años del siglo XIX hasta la fundación de la *Revista Contemporánea* en 1904, y su posterior viaje a Londres cinco años más tarde. Durante esta época, el dominio del partido conservador y de la Iglesia influyó profundamente el campo intelectual colombiano, hasta el punto de gestarse una fuerte tensión entre el academicismo literario representado por las instituciones oficiales del gobierno, y las tertulias literarias y pequeños núcleos de intelectuales que representaban a las recién llegadas vanguardias literarias. Se verá cómo Baldomero Sanín Cano fue formando parte de este último grupo de intelectuales, primero integrando la redacción de pequeños diarios regionales de corte liberal, para luego crear su propia revista de divulgación científica y literaria, profundamente influenciada por el modernismo y crítica frente a la tradición católica e hispánica de la intelectualidad conservadora. La reconstrucción histórica de lo anterior es importante para el desarrollo de la hipótesis, pues fue en esta época cuando Sanín Cano empezó a formar un pensamiento crítico hacia la política, la cultura y la historia occidentales, así como al hecho de consolidar su propia red intelectual.

En la segunda parte de este capítulo, se trata brevemente de su estancia en Inglaterra en 1909 y de su llegada a la redacción del diario *La Nación*, en donde ejerció como corresponsal de guerra en el año 1918. Posteriormente, se analiza a detalle los contenidos de las “Memorias de los otros”, la crónica de Baldomero Sanín Cano posterior a su visita al frente occidental en Francia hacia los meses finales de la Gran Guerra. En este punto se verá cómo el escritor colombiano fue transitando por algunos escenarios liminares del conflicto (Jiménez Torres, 2021), es decir, por ciertos espacios de la vida cotidiana en donde la vida civil y la guerra se conjugaron y, posteriormente, fueron formando una nueva realidad nacida de la destrucción. Sanín Cano se convirtió en ese testigo crítico y reflexivo quien, a través de su pluma, representó una civilización atravesada por la barbarie, el militarismo y la obra perversa de los progresos científicos y tecnológicos.

Por último, el tercer capítulo responde a la siguiente pregunta: ¿Por qué Baldomero Sanín Cano publicó sus memorias veinte años después? Frente a esta cuestión se expone de lleno la hipótesis de trabajo, la cual afirma que las representaciones del escritor colombiano, creadas luego de su experiencia en el frente occidental en 1918, fueron traídas y publicadas en diciembre de 1938 con el propósito de moralizar, educar y alertar a la sociedad colombiana en torno a la posibilidad,

casi inminente, de un nuevo conflicto internacional. Se estudia a profundidad el rol profético-memorialista de Baldomero Sanín Cano quien, por entonces, tenía setenta y siete años, y quien asumió la responsabilidad de ser el portavoz de su tiempo, legitimado socialmente por su extensa trayectoria intelectual y por ser testigo de épocas atravesadas por guerras civiles, revoluciones, guerra mundial, crisis económicas e instauraciones de regímenes militaristas y totalitarios. Estos hechos se sustentan con la reconstrucción histórica de sus estancias en la España de Primo de Rivera, en la Argentina de la Década Infame y en la Colombia del olimpo liberal.

Para cerrar esta introducción, y a modo personal, quiero agradecer al Dr. Emmanuel Kahan y a la Dra. Lorena Cardona por sus lecturas y comentarios a este trabajo, así como el apoyo que me demostraron a la distancia. También agradezco a cada colaborador y colaboradora de la Biblioteca Nacional de Colombia, de la Biblioteca Luis Ángel Arango y de la Biblioteca de la Universidad del Rosario (CRAI) por permitirme acceder a los acervos documentales, libros, revistas y periódicos conservados allí. Por otra parte, vale la pena mencionar que buena parte de la escritura de este trabajo se realizó durante la pandemia de Covid-19, razón por la cual debo mencionar el inmenso apoyo que recibí por parte de mis padres, Luis Gabriel y Esther, y de mi hermana Diana, quienes convivieron conmigo en buena parte de la emergencia sanitaria. De igual forma, quiero dar gracias a la Universidad del Rosario (Colombia), institución en la que me formé como historiador, y en la cual me encuentro ejerciendo labor docente ininterrumpidamente desde el año 2020, siempre brindándome incentivos académicos y financieros que me permitieron llevar a buen puerto el desarrollo de este trabajo de investigación. También, reconocer al programa de la Maestría en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata, en especial a su cuerpo profesoral, por brindarme las herramientas teóricas y metodológicas necesarias para la elaboración de esta tesis de grado, así como sus invaluable lecciones que fueron muy provechosas para mi formación profesional. Mención especial a la Dra. Ana María Barletta y a la Dra. Fernanda Tocho por su amabilidad y buena voluntad en la resolución de todas mis inquietudes respecto a los planes de estudio de la Maestría. Por último, y no menos importante, mencionar la importancia que ejerció en mí la ciudad de La Plata y algunos de sus habitantes que allí conocí, los cuales contribuyeron enormemente en mi madurez personal y profesional.

## CAPÍTULO 1. UNA HISTORIA DE LA MEMORIA: RECORRIDO HISTÓRICO POR LA COLOMBIA DEL SIGLO XIX Y EL IMPACTO DE LA VIOLENCIA EN LA VIDA DE BALDOMERO SANÍN CANO

Este capítulo se propone analizar la primera parte de la autobiografía de Baldomero Sanín Cano titulado *De mi vida y otras vidas*, la cual narra los primeros años de su infancia y su juventud que va desde su nacimiento, el 27 de julio de 1861, hasta su nombramiento y posterior renuncia como maestro de escuela a mediados de los años 1880. Este relato autobiográfico resulta bastante revelador, pues Sanín Cano hace de su pasado una evocación memorialista vinculada estrechamente con el devenir histórico de la Colombia de la segunda mitad del siglo XIX. En estos términos se piensa, junto con Raphael Samuel (2006), que la dialéctica entre historia y memoria, propuesta en el relato de Sanín Cano, no es antagónica sino más bien es una relación de inclusión y reciprocidad; la memoria se halla inmersa dentro de la historia, pero no es absorbida en su totalidad ni como instrumento ni como relato auxiliar de ésta última.

Esta doble experiencia, histórica y memorialista a la vez, se hace evidente en el relato de lo que vivió su familia y él mismo en cuatro guerras civiles particulares: la guerra civil de 1859-1861, la “Guerra de las Escuelas” de 1876-1877, la “Revolución de las Montoneras” de 1879 y la Revolución de 1885. Dichos conflictos civiles fueron las consecuencias de un proceso más complejo como lo fue el de la formación de los dos partidos políticos tradicionales del país (el liberal y el conservador) y de las sucesivas tensiones que ambas facciones, junto con sus variaciones ortodoxas e independientes, tuvieron a lo largo del siglo XIX para hacerse con el poder del Estado. La idea de este capítulo es ver qué tipo de representaciones elaboró de estos acontecimientos y cómo vinculó estos fenómenos del “mundo exterior” con las vivencias de su “yo interior”, siguiendo la dialéctica propuesta por Wilhelm Dilthey (2015) que se funda en la idea de que el mundo se halla siempre presente en los individuos, en todas sus actividades racionales, empíricas y pragmáticas sostenidas, a su vez, por la propia vida afectiva e impulsiva del mismo ser.

Para llevar a cabo este análisis, debemos comenzar por hacer un recuento corto pero completo y detallado de la historia de Colombia previa al nacimiento de Baldomero Sanín Cano. Nos remontaremos hasta la época de la formación de la República de la Nueva Granada, momento en el cual se configuran tempranamente los partidos políticos tradicionales y se empieza a



conformar una incipiente geografía humana y política en torno al liberalismo y al conservadurismo. Pasaremos a estudiar sus características principales y cómo estos dos movimientos políticos se convirtieron en dos bandos antagónicos hasta el punto de provocar varias guerras civiles. Posteriormente, vincularemos este contexto general con el relato autobiográfico de Baldomero Sanín Cano, el cual se halla presente en su libro titulado *De mi vida y otras vidas* (1949). En este punto exploraremos hasta qué punto las experiencias y los recuerdos del periodista colombiano en su niñez y juventud estuvieron inmersas dentro del contexto histórico de la época.

### *1.1 Antecedentes históricos al origen de los partidos políticos en Colombia y sus características identitarias*

Luego de no haber solucionado las tensiones políticas entre centralistas y federalistas, y de haber impulsado infructuosamente un conjunto de reformas que buscaban modernizar rápidamente a una sociedad anclada al tradicionalismo colonial, la República de la Gran Colombia dejó de existir y se desintegró hacia el año 1829 (Bushnell, 2002) (Palacios & Safford, 2011) (Garrido, 1993) (Sosa, 2006). En su lugar, se creó la República de la Nueva Granada, a partir de los nuevos acuerdos creados en la Convención Nacional Constitucional de 1832. En ella se acordó que el país tendría un sistema de gobierno centralista y en cuya capital, Bogotá, se debía organizar el Congreso y el poder ejecutivo. Por otra parte, la nueva República se propuso modernizar el territorio a partir de la importación de ciertos adelantos tecnológicos, tales como la navegación a vapor por el río Magdalena (Bushnell, 2002), lo cual ayudó a facilitar las exportaciones de materias primas tales como el oro y el tabaco desde las tierras bajas del interior hacia los puertos. Años más adelante, se impulsó la Comisión Corográfica, proyecto científico y cartográfico el cual “permitió hacer el mapa del país mediante una serie de levantamientos parciales [con el fin de] conocer la geografía nacional y favorecer el proceso de administración de las antiguas provincias” (Rivadeneira Velásquez, 2021). A través de láminas pintadas en acuarela, los viajeros de la Comisión retrataban las prácticas cotidianas de los neogranadinos y, con base en ellas, diseñaron un mapa que le permitió a los ciudadanos de la República “ver reflejadas las costumbres e indumentaria de las diferentes regiones, además de la fisonomía de muchos de los personajes que nos hablan de la sociogenética que construyó con esfuerzo la nación colombiana” (Rivadeneira Velásquez, 2021).

Respecto a la cuestión política en la Nueva Granada, para Palacios y Safford (2011), “los años comprendidos entre 1830 y 1845 fueron una época de definición política, el momento en que

las identidades partidistas comenzaron a cristalizarse en lo que después llegarían a ser los partidos liberal y conservador” (pág. 214). En efecto, dos fueron los partidos políticos principales en la Nueva Granada, y que serían decisivos en la configuración geopolítica de la nación durante todo el siglo XIX: por un lado, el partido liberal, conformado por una facción de ideólogos que proponían un liberalismo radical y progresista de la nación (Caballero, 2014) (Jimeno, 2006). Por el otro, el núcleo del partido conservador lo integraron también pensadores de corte liberal, pero más moderados y afines a las políticas llevadas a cabo desde la Gran Colombia por el Libertador Simón Bolívar (Colmenares, 1997) (Palacios & Safford, 2011).

A pesar de las diferencias, ambas facciones pertenecían a una sola casta social dominante: los notables. Esta clase social estaba compuesta en su mayoría por abogados, militares, sacerdotes, terratenientes y algunos comerciantes quienes dominaban la política electoral y “arreglaban los comicios locales y cantonales, y unos cuantos, sobre todo los abogados y algunos militares, aparecieron como legisladores, ministros o jefes del Gobierno nacional” (Palacios & Safford, 2011, pág. 215). Así como se repartían el poder político a nivel nacional y regional, estos notables compartían afinidades ideológicas entre sí: “Unos y otros querían que la Nueva Granada se convirtiera en una sociedad ilustrada, de acuerdo con los modelos de Europa occidental (...). Conocían y aprobaban las ideas de Montesquieu, Benjamin Constant y Alexis de Tocqueville” (Palacios & Safford, 2011, pág. 216).

Sin embargo, en el transcurso de la década de 1830, las diferencias entre los liberales radicales y los afines al bolivarianismo se hicieron más evidentes. Los primeros abogaban por la renovación del Estado a partir de una política de reformas que ayudaran a modernizar a la nación, limitando el poder de los militares y del clero; por su parte, los segundos le daban mayor prioridad al establecimiento del orden al interior del país con ayuda del ejército y la Iglesia Católica. A medida que las tensiones iban en aumento, figuras históricas del país como el general Francisco de Paula Santander (1792-1840) buscaron apaciguar los ánimos y convocar a una unidad en el seno de los notables:

Aseguremos la paz y la libertad política, establezcamos un gobierno nacional firme y respetable..., pongamos en uso la libertad de la imprenta y esperemos a que el tiempo haga lo demás. La libertad religiosa es hija de la libertad política,

del orden y de un gobierno fundado sobre bases indestructibles. (Santander, 1831.

Citado por: Palacios y Safford, 2011. Pág. 220)

No obstante, en el marco de las elecciones presidenciales de 1836 se selló para siempre la división entre liberales radicales y moderados. Por un lado, se encontraba el candidato del liberalismo exaltado, el general José María Obando, y por el otro bando emergía la figura de José Ignacio de Márquez. Las elecciones fueron muy reñidas y, por un margen pequeño de votos, ganó Márquez. Los hechos que permitieron la victoria del bando moderado sobre el bando radical fueron, por un lado, la condición de que fuese un civil y no un militar quien ocupara el cargo más importante del ejecutivo; por otro lado, la necesidad de calmar los ánimos entre el gobierno y la Iglesia. Sin embargo, el aspecto geopolítico fue el más determinante, pues Márquez ganó en la gran mayoría de regiones en donde la Iglesia y los grandes terratenientes concentraban su influencia y poder (Tunja, Antioquia, Pasto y Cartagena); por su parte Obando obtuvo sus votos en regiones más periféricas y en donde la presencia de los artesanos era mucho más notoria (Socorro, Vélez, Pamplona, Mompo, Popayán y Panamá). Según Palacios y Safford (2011), este patrón electoral respondió a que “algunas regiones revelaron compromisos partidistas que resultaron duraderos” (pág. 227). Como resultado, se empezó a configurar un mapa político de regiones, las cuales empezaron a simpatizar con los exaltados y con los moderados, y cuyas motivaciones a movilizarse en favor de uno u otro bando pasaron por las lealtades a sus caudillos regionales, por la influencia de la Iglesia o por favores y recomendaciones de los grandes hacendados.

Otro hecho histórico que impulsó el surgimiento de los dos partidos políticos fue la guerra civil de 1839-1842, también conocida como la “Guerra de los Supremos”. El origen del conflicto se dio por el cierre de cuatro conventos menores en Pasto, lo que hizo que los militantes ultrareligiosos de la ciudad iniciaran una revuelta en contra de dicha medida (Borja, 2015). Luego, en 1840, estalló otro motín en la provincia de Popayán comandada por el ya mencionado general José María Obando, quien fue responsabilizado de perpetrar el asesinato del general Antonio José de Sucre en 1830 y que, por querer limpiar su nombre, se levantó en armas contra el gobierno de Márquez. Luego de ser derrotado, Obando no se dio por vencido e incitó a otras provincias vinculadas al liberalismo exaltado a rebelarse, esta vez bajo la bandera del federalismo y la libertad de los esclavos. Justamente se denominó “Guerra de los Supremos”, porque “los líderes visibles de estas rebeliones por lo general fueron caudillos militares que se apoyaron en fuerzas regionales”

(Palacios & Safford, 2011, pág. 231), nombrados a sí mismos “líderes supremos de cada provincia, y que supieron organizar milicias armadas integradas por campesinos, negros libertos, indígenas y miembros del pequeño artesanado que se enfrentaron en varias ocasiones contra el ejército nacional” (Palacios & Safford, 2011, pág. 233).

Retomando la cuestión geopolítica, durante las décadas de los años 1840 a 1870, las facciones exaltadas y moderadas tuvieron que afrontar varias dificultades para lograr sus objetivos políticos. Una de esas dificultades fue la diversidad regional que caracterizaba a la Nueva Granada en aquel entonces. Según Delpar (1994), “la geografía del país fue, a los ojos de los contemporáneos, la más obvia [puesto que] la topografía colombiana [comprende] los tres ramales de los Andes -las cordilleras Occidental, Central y Oriental- que atraviesan el país de sur a norte” (págs. 33-34). La topografía del país hizo que la construcción de vías de comunicación fuese una empresa ardua y laboriosa, hasta el punto de que “las comunicaciones entre el interior y las costas del Pacífico y del Caribe eran igualmente difíciles y fueron posibles mediante la utilización del río Magdalena y sus tributarios [los ríos Cauca y Atrato, principalmente]” (Delpar, 1994, pág. 34).

Adicionalmente, la geografía y la precaria red de comunicaciones del país hicieron que una gran parte de la población se concentrara en las ciudades, principalmente en las más antiguas y que habían sido importantes centros políticos y económicos durante la colonia, tales como Bogotá, Popayán, Cartagena, Santa Marta, Santa Fe de Antioquia y Tunja. Uno de los problemas de este fenómeno de concentración poblacional radicaba en que, para trasladarse de una provincia a otra, para comunicarse a través del correo o para transportar mercancías de una ciudad a otra, eran necesarios varios días de viaje:

En la segunda mitad del siglo XIX, para llegar a Bogotá desde el Caribe era necesario realizar un viaje de una o dos semanas en barco de vapor por el Magdalena; después desembarcar en Honda, el principal puerto interior del país, el viajero debía soportar otra larga jornada en mula y en coche. (Delpar, 1994, pág. 35)

Teniendo en cuenta este particular panorama de un país dividido naturalmente por su geografía y atomizado en ciudades antiguas, “los partidos políticos eran virtualmente las únicas instituciones, con excepción de la Iglesia católica que tenían alcance nacional, cruzando límites de

clases sociales y de diversidades regionales” (Delpar, 1994, pág. 35). Apoyados por la lealtad de los sectores populares hacia los caudillos políticos y militares que ocupaban altos cargos públicos a nivel regional y nacional, y por la proliferación de gacetas y periódicos partidistas locales que “mantenían a sus lectores informados de los acontecimientos que ocurrían en otras partes del país” (Delpar, 1994, pág. 36), los partidos políticos se fueron transformando en movimientos de integración nacional, es decir, en instituciones capaces de cohesionar a una masa social heterogénea y dividida.

Sin embargo, ¿quiénes integraban estos partidos políticos? ¿Cuáles eran los sectores sociales predominantes entre uno y otro partido? En este punto es importante aclarar que el proceso de integración social fue sumamente complejo y que, a día de hoy, sigue generando debates dentro de la historiografía colombiana para determinar con exactitud quienes pertenecían al bando liberal y quienes al conservador. Palacios y Safford (2011) consideran que, tradicionalmente, “las elites conservadoras han sido identificadas como terratenientes, miembros del clero y oficiales militares, mientras que las elites liberales se han identificado sobre todo con abogados y comerciantes” (pág. 235). En una posición similar, Bushnell (2009) afirma que el “Partido Conservador lucía un poco más aristocrático –inclinándose a él las capas más distinguidas de la oligarquía– en contraposición a un Partido Liberal cuyos fundadores no eran precisamente hombres del pueblo, pero, con mayor frecuencia que los conservadores, provenían de las capas altas bajas (o medias altas)” (pág. 76). Por su parte, la permanencia de instituciones y prácticas que habían sobrevivido a la experiencia colonial española en la Nueva Granada fue un rasgo determinante en la configuración social de los partidos políticos. Lo anterior, según Colmenares (1997), hizo visible una serie de “tensiones raciales y de clase”, en donde los herederos de las antiguas familias españolas, en su mayoría abogados, funcionarios públicos, hacendados, militares y miembros del clero, ejercían “una verdadera tiranía sobre una gran masa de indios, mestizos y mulatos a los que sometían mediante una influencia directa, o a través de leyes vejatorias o, simplemente, explotando su ignorancia” (pág. 7). A este grupo caracterizado por ser diverso en profesiones y oficios, pero unido bajo la experiencia y la tradición hispánica, se le emparentaba con el partido conservador; por otra parte, el bando liberal lo constituían hombres pertenecientes a una élite urbana de comerciantes, predominantemente civiles y, aunque la gran mayoría profesaban el catolicismo, eran defensores a ultranza de la laicidad y la separación entre la Iglesia y el Estado.

Estas filiaciones a los partidos políticos resultaron ser aún más complejas y difíciles de determinar, dado que “ambos partidos tenían una composición social diversa y sus miembros tenían distintas ocupaciones” (Palacios & Safford, 2011, pág. 237). Era común, a mediados del siglo XIX, que un individuo pudiera tener más de una profesión u oficio, por lo cual resultaba sumamente complejo encasillarlos a través de sus quehaceres. Por ejemplo, existieron conservadores que fueron abogados y comerciantes, tales como Mariano Ospina Rodríguez, quien estudió leyes y fue uno de los fundadores oficiales del partido, y, por otra parte, hubo liberales que eran militares y terratenientes, como el caso de los presidentes de la nación José María Obando y José Hilario López.

Asimismo, se ha especulado con la idea de que aquellas ciudades que fueron importantes durante la colonia, principalmente Bogotá, Tunja, Popayán y Cartagena, “tendieron a convertirse en centros conservadores, porque sus élites tenían mejores conexiones sociales y políticas y disfrutaban de mayor acceso a la educación superior que los hombres de provincias menos destacadas, quienes tendieron a volverse liberales” (Palacios & Safford, 2011, pág. 237). En ese orden de ideas, esta hipótesis sugiere la existencia de un regionalismo partidista en el cual dentro de las provincias centrales prevaleció el conservadurismo y, en cambio, en las regiones menores, principalmente zonas de colonización y frontera, predominó el liberalismo. Esta idea sólo es válida para ciertos casos regionales puntuales: por ejemplo, en la región del Cauca su capital, Popayán, fue considerada como un fuerte bastión del partido conservador y de la Iglesia católica; sin embargo, en las regiones más periféricas y apartadas de Popayán prevaleció la influencia política del partido liberal, el cual influyó fuertemente a los negros esclavos de las grandes haciendas, quienes querían lograr su libertad legal a cambio de militar en las filas de las huestes liberales. Tal como lo relataba Juan Aparicio en una carta escrita en 1859: “Todos los que pertenecen al partido liberal en el Cauca son gente del pueblo bajo (como generalmente se dice) i negros” (Citado por Sanders, 2009, pág. 173).

Otro elemento importante que marcó esta heterogeneidad social al interior de los partidos políticos fue la cuestión de la educación. Desde mediados de la década de 1820, se buscó modernizar los currículos de los colegios mayores y las universidades a través de la introducción de ideas provenientes de la filosofía utilitarista inglesa de comienzos del siglo XIX, con autores tales como Jeremy Bentham y John Stuart Mill. La moralidad introducida por Bentham, guiada

bajo el principio de identidad, es decir, bajo la idea de que “no sólo el objetivo individual es la propia felicidad, sino que la felicidad individual también es el medio para alcanzar la mayor felicidad social” (Rivera Sotelo, 2011, pág. 61), le hizo ver a la futura generación de abogados y políticos neogranadinos que el bien social para una gran mayoría de personas sólo era alcanzado a través de la voluntad y la libertad que cada individuo poseía. Claramente esta concepción de la moralidad fue rotundamente rechazada por la Iglesia católica, la cual controlaba y administraba los colegios mayores y las universidades en las principales ciudades del país, y que tachaba a las ideas de Bentham como sensualistas y contrarias a las enseñanzas del cristianismo (Ocampo López, 2004).

Por otro lado, las disputas entre un modelo de educación guiado bajo ideas liberales provenientes del mundo anglosajón, y otro basado en el catolicismo y la tradición hispánica, trascendieron más allá de las aulas. Según Palacios y Safford (2011), “los conflictos que rodearon las políticas de educación superior entre 1821 y 1850 ilustran la rivalidad de poder entre los descendientes de la aristocracia colonial en Bogotá, Cartagena y Popayán, por una parte, y hombres de origen provincial más modesto, por la otra” (pág. 239). Las facilidades que tenían los jóvenes de las élites tradicionales para acceder a la educación secundaria y universitaria eran evidentes, puesto que los colegios y universidades más importantes se hallaban en las ciudades anteriormente mencionadas y, a diferencia de los jóvenes aristócratas de las provincias menores, no tenían que abandonar sus terruños para poder ir a estudiar. Esto también significaba, por otra parte, mayores probabilidades para acceder a buenos cargos públicos una vez obtenidos sus títulos profesionales y empezar a hacer carrera en la política. No obstante, la historia nos muestra que esto no fue un impedimento para que aquellos jóvenes provenientes de pequeñas provincias pudiesen educarse para luego convertirse en destacadas figuras de la política y de la intelectualidad colombianas. Por ejemplo, el mencionado fundador del partido conservador, Mariano Ospina Rodríguez, nació en Guasca, un pequeño pueblo de Cundinamarca, y que en su juventud pudo viajar a Bogotá para estudiar derecho en el Colegio de San Bartolomé; luego se transformó en un eminente político, periodista e ideólogo del conservatismo lo que le valió ser elegido presidente de la República en el año 1857. Un caso similar sucedió con el ministro Francisco Soto, predominante líder liberal, oriundo de San José de Cúcuta, cerca de la provincia de Pamplona, quien estudió leyes en Bogotá en los últimos años de la colonia bajo la tutela de eminentes intelectuales y próceres de la Independencia como Camilo Torres y Frutos Joaquín Gutiérrez (Palacios & Safford, 2011).

Como se puede observar, hacer una sociología de los partidos políticos en Colombia de mediados del siglo XIX resulta ser una labor compleja. Factores tales como la geografía física del país, la atomización poblacional en las ciudades, la diversidad regional, las profesiones y oficios de las élites dirigentes y la educación permitieron una suerte de heterogeneidad al interior del liberalismo y del conservatismo. A pesar de ello, los partidos políticos se convirtieron en instituciones de integración nacional, los cuales lograron cohesionar a la diversa y fragmentada sociedad civil colombiana, convirtiéndose así en “movimientos de alcance nacional” (Delpar, 1994, pág. 35). Esto significa que debieron existir elementos o rasgos en común los cuales permitieron una cohesión interna exitosa en cada uno de los dos partidos.

El primero de ellos hace referencia a que, tanto liberales como conservadores, compartían la idea de una economía nacional dirigida al libre cambio y a su apertura en el mercado internacional. A mediados de la década de 1840 y hasta el año 1875, la Nueva Granada empezó a orientarse hacia una economía de explotación de materias primas para su comercialización en el exterior. El tabaco se convirtió en el principal producto de extracción y exportación hacia los mercados europeos, lo cual trajo consigo una muy breve bonanza al país. Esta liberalización de la economía nacional, coincidió, curiosamente, con un gobierno conservador, el del presidente Pedro Alcántara Herrán (1841-1845), y posteriormente con el del primer gobierno liberal del general Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849). Éste último buscó “promover la expansión del comercio, tanto interior como exterior (...), procuró mejorar las comunicaciones terrestres [y] concentró las obras públicas en rutas consideradas de importancia nacional y no meramente local” (Palacios & Safford, 2011, pág. 285). Es por este hecho que se considera que “los militantes de ambos partidos compartían esa orientación a la economía externa y ambos contribuían a su desarrollo” (Palacios & Safford, 2011, pág. 281).

El segundo elemento común entre los partidos liberal y conservador fue su alianza con los sectores populares, expresada en la fundación de las sociedades de artesanos en las principales ciudades neogranadinas. Los artesanos se consolidaron como un sector social ecléctico: “ocupaban una posición social que se situaba entre la clase alta y la masa de trabajadores pobres y analfabetos” (Palacios & Safford, 2011, pág. 295). Muchos de ellos habían asistido a la escuela primaria y sabían leer, escribir y contar, pero también frecuentaban las chicherías, las plazas de mercado y otros espacios de sociabilidad en donde compartían opiniones con empleados domésticos, esclavos o



pequeños comerciantes. Debido a sus características, los dirigentes de los partidos políticos vieron que los artesanos podían convertirse en importantes aliados políticos, constituyéndose como un puente entre los ideales y los discursos de las élites y el grueso de las masas populares, con el fin de captar votos y, así, “lograr sus propios objetivos reformadores, así como sus ambiciones políticas (Sowell, 2006, pág. 114).

El partido liberal fue el primero en acercarse a los artesanos, con fines eminentemente políticos, a través de la creación de la Sociedad Democrática de Bogotá. En el marco de una economía de exportación de materias primas y de importación de bienes manufacturados, el liberalismo intentó atraer “a los grupos de nivel medio como los artesanos, que imaginaron que sus destrezas podrían ser recompensadas mejor dentro de ese sistema de creencias” (Sowell, 2006, pág. 107). No obstante, hubo elementos dentro del artesanado que veía el liberalismo con desconfianza, pues la importación de manufacturas competía directamente con la producción local (Sowell, 2006). Lo paradójico de esta alianza fue que el propio liberalismo político le “permitió a los artesanos buscar la defensa de los intereses relativos a su clase, lo cual incluía oponerse a las reducciones arancelarias exigidas por el liberalismo económico” (Sowell, 2006, pág. 114).

Al ver que la Sociedad Democrática de Bogotá se había consolidado como un movimiento político de masas fuerte, y que inspiró a la creación de otras sociedades democráticas liberales en ciudades como Cali, Popayán y Medellín, los conservadores pusieron su empeño en imitarlas, pero otorgándoles un sentido más afín a las doctrinas cristianas, a la defensa del orden político y moral y a la protección de la producción local de manufacturas. De hecho, sus nombres poseían cierto carácter paternalista y religioso: la sociedad de Bogotá se llamó Sociedad Popular de Instrucción Mutua y Fraternidad Cristiana, la de Cali se denominó la Sociedad de Amigos del Pueblo y la de Popayán Sociedad Popular de Republicanos (Palacios & Safford, 2011). Claramente el germen ideológico de las sociedades de artesanos conservadores defendía el orden, la moral cristiana y la economía local e iba en contra del liberalismo económico, de las reformas anticlericales y de los principios de la Revolución Francesa.

Finalmente, un tercer elemento común entre los dos partidos políticos de mediados del siglo XIX fue lo que Colmenares (1997) denominó bajo la noción de “espíritu de partido”, entendida como “la causa eficiente de una infinidad de calamidades, [tales como] todas las guerras y las polémicas encarnizadas, los insultos, los destierros y las confiscaciones” (pág. 19). Ésta “causa

eficiente” no fue más que la visibilización de un conjunto de rasgos psicológicos emparentados con la mentalidad de la época. Al respecto añade que el espíritu de partido fue:

El aspecto censurable que reviste a un individuo o en un grupo limitado de fidelidad incondicional a su partido. Esta fidelidad genera un curioso estado de ánimo con el que se tiende a contrariar sistemáticamente la acción del adversario político, cuando éste ocupa momentáneamente el poder, o a ejecutar actos desafiantes para la oposición, en el caso contrario. (Colmenares, 1997, pág. 19)

Visto desde esta perspectiva, los partidos liberal y conservador optaron por el empleo de dos estrategias puntuales para alcanzar el poder y prevalecer sobre sus rivales: en primer lugar, a “la paralización o el aniquilamiento del adversario político, según el caso, y, en segundo término, obtener una línea neta de demarcación con respecto a la otra ideología” (Colmenares, 1997, pág. 19). En suma, la toma de distancia ideológica y la negación o destrucción del rival fueron los elementos necesarios para crear y configurar un partido político, o al menos, “para dotarlo de una conciencia sobre su propia naturaleza, mal definida por los programas [políticos]” (Colmenares, 1997, pág. 20).

La noción de “espíritu de partido” permite entender el origen de la polarización política de la sociedad civil colombiana en torno a un conjunto de ideologías, proclamas, banderas y fidelidades hacia los caudillos políticos, pero también posibilita a adentrarse en la psicología colectiva de las masas militantes de los partidos políticos. Por ejemplo, los liberales nacidos durante la década de los años 1820 e ingresaron más tarde a la política en la década de 1840, experimentaron al menos “la muerte, la ejecución o la persecución de un padre o un tío en la guerra de 1839-1842” (Palacios & Safford, 2011, pág. 296). Este hecho traumático de violencia hizo que los jóvenes líderes políticos responsabilizaran de esta barbarie a la generación anterior de liberales -los de la época de la Independencia- por no cumplir con los ideales republicanos que habían introducido en las constituciones de 1821 y de 1832. Esta acusación se fundamentaba en el hecho de que “la herencia colonial seguía presente en la persistencia de la esclavitud; en el sistema de rentas públicas con sus monopolios fiscales y el diezmo” (Palacios & Safford, 2011, pág. 296). Las instituciones y prácticas sobrevivientes de la colonia fueron las responsables “de los escasos adelantos de la agricultura [y la incipiente industria] en la Nueva Granada, puesto que privaban a los particulares de iniciativa en explotaciones agrícolas fructuosas” (Colmenares, 1997, pág. 6).

Por estas razones, la nueva generación de liberales se sintió con el deber histórico de abolir y eliminar cualquier rastro colonial en la República para liberar a las masas populares de la opresión. Algunas de las iniciativas que pretendían alcanzar ese objetivo se llevaron a cabo entre 1839 y 1853, a través de un conjunto de reformas que buscaban modernizar y darle un carácter más liberal al país. Entre ellas se destacaron la expropiación de tierras al clero o, en su defecto, su expulsión, tal como sucedió con los jesuitas en 1850; el paso de un sistema educativo controlado por la Iglesia a otro de corte laico y estatal; la supresión de conventos y el fomento de la libre empresa privada hacia la explotación y exportación de recursos económicos y, como no, la abolición de la esclavitud lograda en 1851.

Los sectores que más se vieron vulnerados por estas reformas fueron los terratenientes, el clero y algunos militares quienes empezaron a organizarse en torno a una ideología antiliberal, la cual “comparaba el estado actual de la República, amenazada a cada paso por una conmoción política, con la tranquilidad conventual de la Colonia” (Colmenares, 1997, pág. 59). La promulgación de la libertad religiosa por parte de los liberales de mediados del siglo XIX, “amenazaba las posiciones hegemónicas de la iglesia católica, que era vista por muchos conservadores como el baluarte de la moralidad, la virtud pública y la estabilidad social” (Sowell, 2006, pág. 108). De hecho, llegaron a considerar que la sociedad colombiana de entonces “no estaba suficientemente “civilizada” para permitirle a los individuos la libertad de expresión sin la amenaza ominosa del anarquismo y el desorden” (Sowell, 2006, pág. 108).

De esta forma, mientras el liberalismo tomaba un tinte más radical y reformista, los conservadores, fundaron su partido bajo una idea de modernidad fundada en el orden y en preservar ciertas tradiciones e instituciones heredadas de la colonia, de contar con la Iglesia católica como aliada del Estado, en defender el hispanismo y la enseñanza de la filosofía tomista, la cual era considerada por los conservadores como una “escuela revitalizadora de la filosofía cristiana articulando diversas ciencias modernas (...) con la enseñanza tradicional de la retórica, la gramática, la moral y la metafísica” (Preciado Camargo, 2021, págs. 93-94). Claramente la apuesta ideológica conservadora resultó ser un éxito, puesto que al elegir a “la Iglesia y el cristianismo como símbolos emocionalmente poderosos, [atrajeron] un apoyo amplio y fervoroso para el partido” (Palacios & Safford, 2011, pág. 298).

Este fue, en pocas palabras, el contexto histórico en donde Baldomero Sanín Cano basó sus reflexiones sobre su niñez y juventud en el marco de su narración autobiográfica. El análisis de estas experiencias se divide en tres partes: un primer momento en donde relacionó la fecha y el lugar de su nacimiento con una efeméride en particular: la revolución de 1859-1861, la cual dio lugar a otro acontecimiento importante de su tiempo como lo fue la proclamación de la Constitución de Rionegro de 1863 y el nacimiento de los Estados Unidos de Colombia. Otra parte de su testimonio la enlazará con su educación en el marco de la guerra civil de 1876-1877, denominada como la “Guerra de las escuelas”, y con la revolución de 1879; ambos conflictos sellaron el principio del fin de la hegemonía liberal radical. Por último, un tercer momento en el cual Sanín Cano relacionó el final de su época estudiantil y los inicios de su vida laboral como profesor de escuela con la revolución de 1885, la cual marcó el derrotero para que los conservadores se hicieran con el poder del Estado dos años más tarde.

### *1.2 Nacimiento y primera infancia de Baldomero Sanín Cano durante la revolución de 1859-1861 y la Constitución de 1863*

El relato autobiográfico de Baldomero Sanín Cano referente a los primeros años de su vida contiene una dialéctica singular, en donde la memoria está inmersa dentro de la historia, es decir, sus remembranzas se enmarcan en un discurso histórico más amplio y totalizante. Por ejemplo, para describir el momento de su nacimiento, Sanín Cano escribió:

Nací en Rionegro, vieja, noble, altiva y por sus alrededores bellísima ciudad colonial de Antioquia, el día 27 de junio de 1861 mientras duraba el vendaval de las pasiones de que nació la guerra iniciada dos años antes. Toda mi familia estaba con apasionado interés deseosa de que la guerra terminase con el triunfo de la revolución. En mi niñez oía con frecuencia el relato de escenas venturosas y desventuradas de aquella lucha en que triunfaron los ideales en que tuvieron fe mis padres y los antecesores de mis padres. (Sanín Cano, 1949, pág. 11)

Como podemos observar, hay una apelación mayoritaria a la historia para narrar sus orígenes: un contexto espacio-temporal definido, con una ciudad (Rionegro), una cronología (27 de junio de 1861) y un acontecimiento (la revolución de 1859-1861) que le brindan un halo de

legitimidad a su relato, el cual es complementado al final con una remembranza de su niñez, cuando escuchaba a los miembros de su familia contar “escenas venturosas y desventuradas” de la guerra.

Por lo tanto, en este primer relato de su vida, Sanín Cano les da mayor importancia a los sucesos externos, es decir, a los fenómenos históricos. Pasemos a explorar brevemente estos elementos externos comenzando por el lugar en donde nació. La ciudad de Rionegro, hacia la década de los años 1860, pertenecía al Estado Federal de Antioquia, fundado en 1856. Geográficamente, Antioquia ha sido una de las zonas más abruptas de todo el territorio nacional, puesto que “está cruzada de sur a norte por las cordilleras Occidental y Central” (Delpar, 1994, pág. 78); razón por la cual ha sido una región aislada con respecto al centro del país y a las zonas costeras del Caribe y del Pacífico. Su población era predominantemente blanca y mestiza, aunque prevalecía una minoría negra que habitaba hacia el occidente, dado que allí se encontraban las vetas de oro que eran explotadas desde la colonia. En cuanto al carácter de su población, a los antioqueños se les emparentó por esta época con su perspicacia hacia los negocios, consolidándose como prominentes comerciantes de materias primas y objetos manufacturados. Afirmaba Friedrich Von Schenck, geógrafo alemán que estuvo en 1878 en el Estado de Antioquia, que “los antioqueños son un pueblo fuerte, laborioso y serio; y a ellos pertenece el futuro de Colombia” (Citado por Delpar, 1994, pág. 79). Sin embargo, buena parte del éxito económico y comercial de Antioquia no se debió únicamente al carácter emprendedor de sus habitantes, sino a la explotación de las minas de oro, de las cuales se obtenía el 46% de la producción total del país (Delpar, 1994) y que contribuyó a una incipiente industrialización cafetera y textil que llegó a su auge en las primeras décadas del siglo XX. También eran reconocidos por tener familias numerosas; tal fue el caso de la propia familia de Sanín Cano, quien tuvo once hermanos producto del matrimonio de su padre, Baldomero Sanín Vera, y de su madre, Juana Francisca Cano Calero<sup>2</sup>.

Retomando los aspectos políticos del Estado Federal de Antioquia es importante señalar que era un territorio predominantemente conservador, debido en buena parte a la fuerte influencia que ejerció la Iglesia católica sobre la población antioqueña, y a las familias de notables que se perpetuaron desde la colonia, muchas de ellas con grandes haciendas que limitaban y rodeaban a

---

<sup>2</sup> La información sobre la genealogía de la familia Sanín Cano se encuentra disponible en: [https://www.genealogiasdecolombia.co/familia/Individuo.aspx?r=Baldomero-Joaqu%C3%ADn-San%C3%ADn-Vera\\_41662152222121J221](https://www.genealogiasdecolombia.co/familia/Individuo.aspx?r=Baldomero-Joaqu%C3%ADn-San%C3%ADn-Vera_41662152222121J221) [En Línea] Recuperado el 15 de marzo de 2021.

los principales distritos mineros de la región. Sin embargo, hacia finales de la década de 1840, esta tendencia se revirtió, y el Estado se convirtió en un territorio de constante disputa con los liberales. Por ejemplo, Medellín, capital del Estado, se edificó como el bastión del partido conservador ejerciendo una fuerte influencia sobre otros pueblos del centro de la región, mientras que Rionegro, Santa Fe de Antioquia y Sopetrán fueron ciudades predominantemente liberales (Palacios & Safford, 2011). Estas provincias liberales se caracterizaban por ser heterogéneas, “tanto en términos de sus bases regionales como en los orígenes socioeconómicos de sus adherentes” (Delpar, 1994, pág. 81), puesto que gran parte de su población eran hacendados, abogados de provincia, artesanos y negros, todos ellos ubicados aleatoriamente en las regiones de tierras bajas o limítrofes a la selva del Chocó, al Valle del Cauca y a la Costa (Jimeno, 2006).

Otro acontecimiento que permitió la división del Estado de Antioquia en regiones conservadoras y liberales fue lo sucedido durante la revolución liberal de 1849-1854, considerada como una “guerra de clases sociales”, puesto que movilizó a una gran masa de artesanos, negros y mulatos libres vinculados al partido liberal en contra del poder que ostentaban las elites políticas conservadoras, en su mayoría conformadas por terratenientes y miembros de la Iglesia. Este conflicto, de hecho, hizo que se forjara una “alianza abierta entre el clero católico y el partido conservador” (Palacios & Safford, 2011, pág. 281), en respuesta a las reformas que llevó a cabo el presidente José Hilario López, tales como la abolición de la esclavitud, la protección de las libertades individuales y la separación definitiva de la Iglesia y el Estado nacional.

Para mitigar los focos de influencia ideológica y política de los partidos políticos dentro de las provincias de la Nueva Granada, se crearon los Estados Federales a partir de la Constitución de 1853, como un intento por evitar futuras guerras civiles. Cada Estado, a su vez, se dividía en departamentos, cada uno con una capital administrativa. Empero, esta apuesta resultó ser infructuosa, puesto que, en lugar de debilitar las influencias regionales dentro de las provincias, estas se exacerbaban hasta el punto de que, en el caso puntual de Antioquia, los conservadores afirmaban que la fragmentación del Estado en departamentos “era un intento evidente de fortalecer a los liberales de la región, al quitar lugares relativamente liberales (Rionegro) del dominio de Medellín” (Palacios & Safford, 2011, pág. 306). Este primer experimento federalista fracasó, e intentó replantearse a partir de la expedición de la Constitución de 1858 que bautizó al país con el nombre de la Confederación Granadina.

Aquí llegamos a los dos elementos externos o históricos que menciona Baldomero Sanín Cano en su relato: la revolución de 1859 y el año de su nacimiento que coincide con el final de la rebelión liberal. La guerra civil de 1859-1861 se caracterizó por ser el único levantamiento armado que pudo derrotar a un gobierno nacional elegido democráticamente en toda la historia de Colombia. La revolución la encabezó el general y expresidente Tomás Cipriano de Mosquera en el Estado Federal del Cauca, quien se opuso al gobierno central al mando del presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez. Mosquera y otros líderes regionales vieron con recelo la excesiva intervención del gobierno central, a través de la vigilancia constante de los intendentes nacionales de Hacienda sobre las políticas fiscales de cada Estado Federal. Con esto, los rebeldes consideraron que Ospina atentaba directamente contra la soberanía estatal y las libertades individuales de sus pobladores. De esta manera, se proclamó la rebelión en el Cauca y, paulatinamente, se sumaron los Estados de Cundinamarca, Boyacá, Tolima, Bolívar y Magdalena, los cuales conformaron milicias liberales que fueron derrotando sucesivamente a las tropas del ejército nacional a lo largo del territorio granadino (Jimeno, 2006).

Luego de la victoria de Mosquera, se convocó a una Convención para la creación de una nueva constitución política, la cual se llevó a cabo en la ciudad natal de Sanín Cano, Rionegro, en el año 1863. Toda la Convención en sí misma fue una reunión *de liberales para liberales*, puesto que de los 63 diputados citados para organizar la nueva República ninguno pertenecía al partido conservador. A esto hay que sumarle que se celebró en una ciudad eminentemente liberal dentro de un Estado mayoritariamente conservador, lo que significó una fuerte afrenta para el bando vencido. Si bien los liberales aprobaron varias de las reformas anticlericales de Mosquera durante la guerra, consideraban que se debía optar por una salida más conciliatoria con la Iglesia y menos punitiva contra ella, siendo fieles a la idea “de una Iglesia libre dentro de un Estado libre” (Palacios & Safford, 2011, pág. 331).

Finalmente, la Convención “acordó como principios generales un gobierno popular, representativo, alternativo, federalista y republicano y como base de la ciudadanía, las garantías y libertades individuales” (Jimeno, 2006, pág. 183). Dentro de estas libertades individuales sobresalieron la garantía a la libre propiedad, la libertad de imprenta y de expresión de los pensamientos a través de la palabra o por escrito, así como los derechos a viajar sin pasaporte dentro del territorio nacional y a la libre empresa; también se garantizó “la libertad de profesar

cualquier religión con tal de que no sea incompatible con la soberanía nacional o perturbe la paz” (Jimeno, 2006, pág. 183). Bajo estos principios se creó la Carta Constitucional de Rionegro en 1863, dando paso al surgimiento de una nueva República denominada como los Estados Unidos de Colombia.

En suma, fueron estos los tres elementos externos o históricos a los que Sanín Cano apeló en el relato de su nacimiento. No obstante, cabe mencionar un elemento inmanente o subjetivo en la narración del periodista colombiano, el cual se puede identificar a través de expresiones tales como “vendaval de pasiones” o “apasionado interés de deseo de que la guerra terminase con el triunfo de la revolución”. Lo anterior nos lleva a pensar que la revolución de 1859, a los ojos del Sanín Cano autobiógrafo, estaba movilizadora por justificaciones “no racionales”, entendiendo esto último como todo acto que está “motivado desde dentro” regido “por emociones y deseos inconscientes” (Alexander, 1990, pág. 10). No cabe duda, por otra parte, que esta manera de comprender la guerra civil también se puede entender a través del ya explicado concepto de “espíritu de partido”, como la expresión de la fidelidad incondicional declarada hacia un partido político que impulsa a los sujetos a actuar en contra del otro bando. En este caso particular, el deseo de la familia de Sanín Cano de que la guerra terminase con el triunfo de la revolución llevada a cabo por los liberales comandados por el general Mosquera. De igual manera, la apelación al pasado familiar, más exactamente al legado dejado por los padres de Sanín Cano y los “antecesores de sus padres” quienes lucharon por los “ideales en que tuvieron fe”, refuerza la afirmación de que Baldomero Sanín Cano creció en un ambiente familiar muy influenciado por el liberalismo.

### *1.3 Entre la educación y la guerra. La formación intelectual de Baldomero Sanín Cano en su juventud*

En el siglo XIX, era común por aquella época que los niños fuesen educados por miembros cercanos de su familia antes de asistir a las escuelas de la región. De esta manera, la formación inicial en gramática, en aritmética o en geografía recaía en los padres, en los tíos o en los abuelos. Así mismo lo describe Sanín Cano:

No recuerdo cuándo ni cómo aprendí a leer. De repente me sorprendí a mí mismo burlándome de compañeros de estudio confundidos ante el absurdo de que la letra *c* tuviera un sonido antes de la *a* y otro antes de la *e*. Me dolía de los niños que



tenían que abandonar su casa para ir a la escuela. En mi propia casa, hermanas de mi padre me comunicaron todos los conocimientos necesarios para ingresar al colegio, en donde al principio tuve el desengaño de notar que me ensañaban cosas por mí sabidas hacía mucho tiempo. (Sanín Cano, 1949, pág. 12)

La remembranza de aquellos años nos muestra a un niño que creció rodeado de una familia aplicada al estudio y preocupada por la formación intelectual de los más jóvenes. No era común, y menos en ciudades pequeñas como Rionegro, encontrar familias enteras letradas; eso era un privilegio para las clases altas, aunque, como se mencionó, existieron excepciones tales como los artesanos quienes sabían leer, escribir y contar. En una entrevista concedida al diario *El Tiempo* en 1946, Sanín Cano mencionó que su padre, Baldomero Sanín Vera, había sido un “sastre muy hábil” y, por tanto, miembro perteneciente al artesanado antioqueño (Cabarico Briceño, 1946). Nacido en Rionegro en el año 1822, otra de las referencias que se tiene de él la da su hijo en el siguiente pasaje de su autobiografía:

Baldomero Sanín Vera se llamó el autor de mis días, uno de los hombres más rectos y pundonorosos que he conocido. En la educación de sus hijos fue de virtud y severidad invariables. Perdió a su esposa a los cuarenta y cinco años de edad. Sin fortuna, sin más recursos que los provenientes de su trabajo, se dio con fe a la educación de sus diez hijos. (Sanín Cano, 1949, pág. 11)

Este relato no debe confundir al lector cuando Sanín Cano afirma que su padre no tenía fortuna; la familia de Sanín Cano no era pobre o, al menos, no se puede equiparar con otros sectores sociales que realmente eran pobres en ese entonces, como las familias de negros libertos de los palenques, o las familias de indígenas, de campesinos o de aparceros. Aquí, el uso que le da Sanín Cano a la palabra *fortuna* se asocia directamente con la noción de *riqueza*, de vivir bajo lujos y una amplia acumulación de tierras y capitales, tal como fue el caso de los grandes hacendados y comerciantes de la época. Si bien toda la subsistencia de la familia de Sanín Cano dependía de lo que ganaba su padre como sastre, esto no representó un obstáculo para la educación de él ni la de sus hermanos y hermanas. De hecho, tuvo la feliz coincidencia de que su padre también había accedido a la educación durante su juventud; así lo cuenta más adelante:

Mi padre fue dotado por la naturaleza de felices capacidades de observación, de un raro talento matemático y de un discreto y apacible sentido del humor (...). No tuvo más educación que la suministrada entonces en las escuelas públicas elementales; pero en medio de sus apremiantes quehaceres y de las atenciones que exigía la dirección y el sostenimiento de una familia numerosa, él hallaba espacio y tiempo para cultivar sus aficiones científicas y literarias. (Sanín Cano, 1949, pág. 13)

El padre de Baldomero Sanín Cano accedió a la escuela pública; quizás a esas primeras escuelas en la época de la Gran Colombia. La idea de la instrucción pública, según lo liberales, era formar una nueva clase de ciudadanos, con una amplia conciencia en torno a los valores republicanos y democráticos y capaces de convertirse en individuos modernos. Por estas razones, “los liberales de mediados del siglo creían firmemente en la importancia de la educación como fundamento de la política republicana y como fuente de civilización” (Palacios & Safford, 2011, pág. 341). De igual manera, a partir de esa década se buscó familiarizar a los jóvenes con las ciencias naturales desde las escuelas primarias como requisito para ingresar, posteriormente, a las cátedras de derecho y medicina en las universidades. En suma, podemos considerar que además de aprender a leer, a escribir y a contar, el padre de Sanín Cano pudo haber tenido una formación básica y complementaria en biología, en botánica, en geografía y matemáticas, cátedras que componían el núcleo formal de las ciencias naturales. Por otra parte, las tías de Sanín Cano también recibieron educación a temprana edad, puesto que sabían leer, escribir y contar, convirtiéndose, años después, en las primeras maestras de Baldomero, aunque su situación fue diferente respecto al caso de Baldomero Sanín Vera, pues era común que la educación de las mujeres fuese en casa, dado que no se les permitía asistir a los colegios mayores ni a las escuelas públicas. Las mujeres recibían una formación básica denominada *enseñanza general* en donde se les impartían lecciones de “lectura, escritura, doctrina cristiana, catecismo de historia sagrada, reglas de aritmética, bordado sencillo, economía doméstica y gimnasia” (Preciado Camargo, 2018, pág. 126).

La educación que recibió Baldomero Sanín Cano por parte de su familia le permitió adelantarse con respecto a las lecciones que se impartían en la escuela. Al respecto relata lo siguiente:

Me desconcertó además que el profesor de geografía, al darnos algunas nociones de cosmografía, no hacía diferencia entre la causa de los eclipses de luna y el

origen del cambio de las fases. Cuando le di a mi padre la explicación que el profesor nos había suministrado, el buen hombre rio de buena gana, y tomando una jarra casi redonda y valiéndose como sol de la bujía encendida que había en la sala, me hizo ver de qué modo la posición del espectador en la tierra y la dirección en que caían los rayos del sol sobre la luna daban lugar a los cambios de aspecto que se llaman fases de este astro. Desde entonces cambió mi opinión acerca de la sabiduría y competencia del profesor. (Sanín Cano, 1949, págs. 12-13)

Aquí hay un par de elementos que introduce Sanín Cano a modo de crítica y que invita a los lectores de sus memorias a cuestionarse lo siguiente: en primer lugar, ¿qué tanto sabían estos docentes sobre ciencias naturales, geografía o historia? Y, en segundo lugar, ¿cómo enseñaban estos docentes? O ¿cómo transmitían sus conocimientos a sus estudiantes? Los cuestionamientos en torno al grado de profesionalización de los docentes de las escuelas públicas se pueden rastrear desde el año 1850, cuando los liberales en el poder promulgaron una ley “que estipulaba que no era necesario tener un título universitario para ejercer una profesión” (Palacios & Safford, 2011, pág. 342). Como ya no se necesitaban títulos profesionales para ejercer cargos públicos, las matrículas en las escuelas, colegios mayores y universidades disminuyó, así como la calidad y experticia de los nuevos profesionales. La razón por la cual los liberales llevaron a cabo esta empresa fue para darle un “golpe a la oligarquía”, la cual tenía mayor acceso a la educación y, por tanto, a cargos públicos y políticos bien remunerados.

Las consecuencias fueron nefastas, tal como lo relató Sanín Cano, puesto que su profesor de escuela no tenía los conocimientos prácticos ni pedagógicos para explicar fenómenos astronómicos tan básicos como un eclipse y las fases de la Luna; conocimientos que, por su parte, sí poseía Baldomero Sanín Vera, quien además de saber sobre cosmografía, “consultaba a Salvá, el gramático imponente de aquellos tiempos, y refrescaba y aumentaba sus nociones matemáticas en las obras de don Lino de Pombo” (Sanín Cano, 1949, pág. 13).

Sin embargo, esta tendencia buscó revertirse hacia el año 1867, cuando el presidente Tomás Cipriano de Mosquera buscó que nuevamente sus servidores públicos se profesionalizaran asistiendo a las universidades y al recién creado Instituto Nacional de Ciencias y Artes, el cual se especializaba en el estudio de las ciencias naturales. Posterior al final de su mandato, los radicales

fundaron la Universidad Nacional de Colombia, la cual se especializó en la instrucción de las ciencias naturales, las ingenierías, el derecho y la medicina (Palacios & Safford, 2011). Una vez emprendido el camino de vuelta hacia la profesionalización, los liberales radicales posaron sus ojos en mejorar la calidad y la cantidad de las escuelas de educación primaria. Ellos pensaban que una buena educación inicial contribuiría al ideal de civilizar a los ciudadanos desde temprana edad. Razón por la cual, en 1870, el gobierno nacional promovió el establecimiento de las escuelas normales en cada uno de los nueve Estados Soberanos, con el objetivo de formar y profesionalizar a los maestros. Respecto a este acontecimiento, Baldomero Sanín Cano narró todas las vicisitudes que tuvo que atravesar para poder ingresar a una de dichas escuelas y empezar su formación como docente.

En 1875, el gobierno nacional fundó una escuela normal para maestros sobre el ya preexistente colegio de la ciudad de Rionegro, razón por la cual los estudiantes del viejo plantel debían pasar al nuevo. El gobierno otorgaba doce becas para el reingreso a través de la presentación de un examen. Lamentablemente para el joven Baldomero, quien contaba con catorce años, no pudo acceder a ninguna de ellas a pesar de que “en sentir de muchos de los examinadores y de [él] mismo, había contestado a las pruebas con más corrección y mejor conocimiento que algunos de los preferidos” (Sanín Cano, 1949, págs. 13-14). La desazón que sintió en aquel entonces le obligó a afirmar lo siguiente:

Este caso de injusticia obró sobre mi espíritu de aspirante y sobre mi concepto de la organización social en un sentido deplorable. No había cumplido todavía los quince años, pero comprendí o di por sentado que en el mundo predominaban consideraciones distintas de la probidad y la justicia (Sanín Cano, 1949, pág. 14).

Por primera vez tuvo una percepción clara sobre las nociones de “justicia” y “probidad”, en un sentido claramente moral, y que eran quebrantadas por las lógicas de la organización social, encarnadas en una institución pública como la escuela. Y es que estos valores, tan presentes en la conciencia de una sociedad civil aún en formación, eran defendidos tanto por liberales como por conservadores. Pero si no fue suficiente aquella mala experiencia, el estallido de la guerra civil de 1876 y la posterior revolución de 1879 provocarían la infortunada interrupción de su formación educativa e intelectual como maestro. Así lo recordó:

Los estudios iniciales en 1875 hubieron de suspenderse en la segunda mitad de 1876, a causa de la guerra civil promovida por un partido político [el conservador], entre otras causas, reales o supuestas, por oposición a la ley creadora de las escuelas normales y de la educación obligatoria, gratuita y laica. Al terminar la guerra, continuaron los estudios, y en 1880 recibí el título de maestro de escuela superior, después de un examen riguroso que se prolongó por varios días. Olvidaba anotar que en enero de 1879, a causa de una revolución parcial contra el gobierno del entonces Estado soberano de Antioquia, hubo también suspensión de estudios, durante la cual todos los alumnos de la escuela salimos a campaña en persecución de guerrillas activas en el oriente del Estado (Sanín Cano, 1949, pág. 15).

Una vez más, Sanín Cano pone sus recuerdos en función de un relato histórico más totalizante, lleno de cronologías y de referencias sobre otra guerra civil; en este caso la de los años 1876-1877. También conocida como la “Guerra de las escuelas”, este conflicto se dio “por la respuesta de los conservadores, en asocio con la Iglesia, al proyecto liberal de establecer un sistema de educación pública que permitiera elegir entre educación laica o religiosa, y romper el monopolio que mantenía la Iglesia” (Sastoque & García, 2010, pág. 193). A comienzos de la década del setenta se promulgó el “Decreto Orgánico de Instrucción Pública del primero de noviembre de 1870”, la cual permitía la llegada de una misión pedagógica alemana con el fin de formar a los “futuros profesores en las escuelas normales y crear escuelas públicas en los diferentes Estados” (Sastoque & García, 2010, pág. 193). A pesar de esta iniciativa para modernizar al sistema educativo de la república, la Iglesia se negó a ceder el monopolio de la educación al gobierno y menos a una misión de educadores alemanes, a quienes veían como protestantes que pervertirían la moral de los jóvenes.

La guerra estalló oficialmente en julio de 1876 en el Estado Soberano del Cauca y rápidamente se extendió a los Estados de Tolima, Cundinamarca, Santander y Antioquia. Se caracterizó por ser un conflicto que involucró al ejército nacional y a los ejércitos regionales. Dichas huestes se alimentaban de las guerrillas adscritas a algún partido político o a algún terrateniente o gamonal con poder en la región, lo que desencadenó en un tipo de guerra que no enfrentaba a dos bandos claros, sino que involucraba múltiples actores e instituciones con diferentes intereses, motivaciones y objetivos. La complejidad de este conflicto dio como resultado

“la fragmentación del partido liberal en sus vertientes radical e independiente, que llevó a enfrentamientos continuos entre ellas y a alianzas entre independientes y conservadores para enfrentar a los Radicales” (Sastoque & García, 2010, pág. 211).

Por otra parte, la importancia de la educación resultó ser decisiva en la vida política nacional hasta el punto de desestabilizar al gobierno liberal de las décadas del setenta y del ochenta del XIX. Y es que controlar el monopolio de la educación era vital para promover los idearios políticos a la futura sociedad civil que, a futuro, manejaría los destinos de la nación. Luego de la promulgación del Decreto Orgánico de Instrucción Pública de 1870, el objetivo del gobierno liberal con la cuestión educativa era el de concebir “un espíritu pedagógico moderno influenciado por corrientes ilustradas de Europa concatenado con un cierto moralismo político que [buscara] impulsar la formación del ciudadano colombiano dentro de la mentalidad liberal democrática” (Báez, 2004, págs. 78-79). Los liberales vieron con buenos ojos formar a los futuros docentes del país con “criterios pedagógicos y científicos que respondieran no solo científica sino social, cultural y políticamente a las tendencias y necesidades de la época” (Báez, 2004, pág. 79).

Si bien la pretensión del gobierno liberal radical era formar profesores que inculcaran a los niños y jóvenes a “elevar el sentimiento moral” para que “grabaran en sus corazones los principios de piedad, justicia, respeto a la verdad, amor a su país, tolerancia, prudencia y demás virtudes necesarias para la convivencia humana dentro de una sociedad libre” (Báez, 2004, pág. 79), la realidad fue que pesó más el inconformismo de los conservadores, de la Iglesia y de los liberales moderados por el carácter mismo de la escuela. Les molestó profundamente que fuese laica y que tuviese una filiación directa con las propuestas del positivismo europeo, específicamente con la ciencia y la filosofía proveniente de Inglaterra, Alemania y Francia. Por ejemplo, el filósofo conservador Luís María Mora, contemporáneo de Sanín Cano, consideró que, la adopción del utilitarismo de Jeremy Bentham y John Stuart Mill, así como las concepciones del socialismo utópico de Saint-Simon y Fourier, el pensamiento liberal de Destutt de Tracy y el positivismo de Comte contribuyeron a “la desviación de la filosofía tradicional y cristiana hacia aquellas corrientes de pensamiento que promovían el “panteísmo” y el “sensualismo” [las cuales] degeneraban las mentes de los ciudadanos” (Preciado Camargo, 2021).

Los combates por la educación se extendieron hasta el año 1877, cuando los conservadores finalmente se rindieron. Sin embargo, los brotes de inconformidad se trasladaron a las regiones,

en especial en el Estado Soberano de Antioquia en donde estallaría una revolución dos años más tarde, en enero de 1879. Este breve episodio de violencia, también denominado como la “Guerra de las montoneras”, se dio por el descontento de la Iglesia hacia las medidas tomadas por el gobierno liberal en torno a la educación y a la ley de tuición y expedición de cultos de mayo de 1877. Antioquia fue el escenario ideal para el desarrollo de esta revuelta dada su fuerte filiación política con el conservadurismo. No obstante, y a pesar de la mayoría conservadora, la presencia de los liberales, quienes constituían una pequeña, pero bien organizada burguesía dedicada al comercio, a la minería y a la empresa en la región, y reunidas en ciudades adscritas al liberalismo, como Rionegro, ejercieron un contrapeso importante para mitigar la reacción beligerante de los conservadores.

Estos dos acontecimientos históricos mencionados en el relato de Sanín Cano nos llevan a analizar el elemento más impactante de su relato, a saber, el de haber participado en una campaña para perseguir guerrillas activas al oriente del Estado Soberano de Antioquia en el marco de la revolución del 79. ¿Cómo fue posible el involucramiento directo de un puñado de estudiantes en los avatares de la guerra? Para Julio Gaitán Bohórquez (2013), la guerra civil del 76 y la revolución del 79 fueron conflictos en contra de las enseñanzas liberales, por lo que era común que “los estudiantes participaran activamente en la contienda militar, muchos de los cuales se vincularon a las filas radicales” (pág. 135). Como consecuencia, fue característico en dichas refriegas el cierre de colegios por falta de estudiantes y de profesores ante la exacerbada militancia política.

Por otra parte, era normal que cualquier hombre nacido en las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XIX “hubiese tenido un contacto directo con la violencia” (Deas, 2006, págs. 151-152). Eso significa hablar de una generación entera marcada por las guerras civiles, que vivió las incertidumbres, las pasiones y las interrupciones en la vida cotidiana que sólo la contienda podía generar. Aquí la noción de “generación” no se reduce a una simple definición biológica, condicionada por factores espacio-temporales, sino que es el resultado “de la travesía en una edad juvenil de acontecimientos traumáticos” (Dosse, 2007, pág. 47). El mencionado filósofo Luis María Mora, nacido en 1867, también creció y se educó en este ambiente de hostilidades e incertidumbres, llegando a participar como soldado en la guerra civil de 1895 y en la Guerra de los Mil Días (1899-1902) integrando, en su caso particular, las huestes del partido conservador (Preciado Camargo, 2021).

Todo lo anterior nos dice mucho sobre el carácter y el valor de la guerra por aquel entonces; interrumpir clases y movilizar a jóvenes estudiantes para perseguir enemigos políticos nos da un fuerte indicio del grado de violencia política en la región, así como del alto impacto del espíritu de partido, de las pasiones y de la fidelidad a una causa ideológica dentro de la mentalidad de los hombres más jóvenes. Nuevamente el concepto de generación toma vigor en este apartado de la vida estudiantil de Sanín Cano, puesto que la formación de un círculo generacional de individuos permite vincular la diversidad de sus partes a un todo homogéneo “por el simple hecho de que dependen de los mismos grandes acontecimientos y cambios sobrevenidos durante su periodo de receptividad” (Dilthey, 1947. Citado por Dosse, 2007, pág. 47).

Por otro lado, también nos da indicios sobre las posibles marcas psicológicas o traumáticas que dejaron en la conciencia de esos estudiantes antioqueños, incluido Sanín Cano. Y es que este testimonio resulta sumamente revelador respecto a la realidad de la vida cotidiana de un Baldomero Sanín Cano que tenía por entonces catorce años de edad y que obtendría su título de maestro a los diecinueve; cinco años en donde tuvo que lidiar con las interrupciones que la guerra y la revolución provocaron en su formación académica. ¿Qué tipo de marcas dejó en la conciencia de Sanín Cano estos eventos? ¿Por qué fue significativo este recuerdo de la juventud para el escritor colombiano? Para responder a estas cuestiones es necesario retomar los años posteriores a su titulación como maestro, su experiencia en el cargo y la irrupción de la guerra del 85, la cual fue determinante en su futuro como intelectual.

#### *1.4 La guerra de 1885 y el final de su corta trayectoria docente*

En el año 1880 Baldomero Sanín Cano recibió su título como maestro trasladándose al distrito minero de Titiribí, ubicado en el mismo Estado de Antioquia, en donde fue nombrado director de la escuela superior del pueblo. Cuenta que fue “grata la vida en esa ciudad” y que sintió tener vocación para la enseñanza debido a que entre todos sus estudiantes “había dos docenas por lo menos de inteligencia abierta y receptiva, y cuatro o cinco adolescentes de gran talento y de un noble interés en el estudio” (Sanín Cano, 1949, pág. 16). Sin embargo, por la falta de materiales de estudio, laboratorios e inmuebles en la escuela, se vio obligado a renunciar a su cargo y tomar rumbo a la ciudad de Medellín, en donde trabajó como subdirector de escuela privada y como catedrático de pedagogía en la normal de mujeres. Permaneció ahí hasta que estalló la revolución de 1885:



La ocupación de Medellín por las tropas del gobierno nacional y el hecho de que las nuevas autoridades nombradas por las fuerzas de ocupación considerasen como institución enemiga el colegio donde ejercía las funciones de subdirector y catedrático, trajeron por consecuencia la clausura del establecimiento. En verdad, aunque el horizonte se oscureció totalmente en cuanto a la naturaleza y rumbo de mis futuras actividades, no deploré hondamente la cesación de mis ocupaciones como persona docente. (Sanín Cano, 1949, págs. 16-17)

Ya en la década de los años 1880, con la llegada al poder del presidente Rafael Núñez a través de una coalición entre conservadores y liberales independientes que impulsaron su candidatura y elección, se dio inicio a una hegemonía del partido conservador en todo el país que se extendería hasta los años treinta del XX. Por este motivo, las tropas del gobierno nacional y las nuevas autoridades civiles en Antioquia consideraron a la escuela normal de mujeres como una institución pública liberal y, por tanto, juzgada de “enemiga” por el nuevo régimen. Ante este tipo de actos, los liberales radicales, ahora en una posición contrahegemónica, se vieron obligados a levantarse en armas ante la idea de perder todas las instituciones y libertades que la constitución federal de 1863 había permitido otorgar. Por otro lado, los liberales moderados y conservadores buscaban derogar paulatinamente las leyes y la legitimidad de dicha constitución en búsqueda de una nación centralizada, católica y soportada por un ejército único. La instauración de la “paz científica” de Núñez demandaba, de hecho, el “fin al federalismo y a los excesos democráticos con una Constitución centralista y un sufragio limitado; con un ejército mucho mayor -“si hay mucho ejército, también hay mucha paz”- y una Iglesia fortalecida que dominara la educación [y] con una prensa que aprendiera a controlarse ella misma” (Deas, 2006, pág. 160).

Después de que la rebelión fuera mitigada por las fuerzas del gobierno, nuevamente Sanín Cano retornó a su cargo y cátedra en la escuela normal de mujeres. Sin embargo, estos episodios de incertidumbre política por los que atravesó el país, así como la llegada de una profunda crisis profesional producto del convencimiento “de que no era la enseñanza la función para la cual [se] destinaban [sus] naturales inclinaciones” (Sanín Cano, 1949, pág. 17), hicieron que el escritor colombiano pusiera punto final a su corta carrera como maestro de escuela. También resolvió, por otra parte, no volver a ejercer ningún cargo público ni vincularse con institución alguna del gobierno, luego de que se le prohibiera comentar un tratado de pedagogía que había escrito un alto

funcionario de la región, quien lo consideró como alguien incompetente para tal menester. La respuesta de Sanín Cano ante tal oprobio fue la siguiente:

Mis relaciones con el autor, su arrogancia y el empeño por él mostrado en hacerme aparecer como juez incompetente influyeron, acaso sin razón, pero muy hondamente, en mi opinión sobre el carácter de los hombres y la influencia del burocratismo sobre el sentido moral de las personas. De entonces tomó fuerza en mí la voluntad de evadir hasta donde me fuera posible la obligación de servir destinos públicos (Sanín Cano, 1949, pág. 19).

Una vez más, la concepción de moral aparece en su testimonio, pero esta vez como una noción que interpela directamente a la burocracia y a las lógicas de las instituciones oficiales. Desde cierto punto de vista, Sanín Cano emplea el término “moral”, no desde su significado sobre lo que está bien y lo que está mal, sino como algo que se antepone a la arrogancia y a la ignorancia que impregnaba al seno del oficialismo de aquel tiempo. Al no sentirse identificado con estos rasgos, Sanín Cano se apropia de una concepción de moral que va en contraposición a la institucionalidad, declarando, así, voluntariamente, su marginalidad como futuro intelectual.

El relato de Sanín Cano terminó con un aire de desencanto hacia la vida pública, la cual estaba fuertemente atravesada por el clima político, las guerras civiles y la burocracia que se empezaba a imponer desde las altas esferas del gobierno conservador, lo cual generó, a nuestro juicio, una profunda reacción en Sanín Cano que se hizo evidente en su etapa como periodista. Una reacción que marcó el nacimiento de su vida intelectual y que le hizo desistir de la idea de volver a ocupar un cargo público durante casi quince años, hasta que fue nombrado gerente del tranvía de mulas en el año 1895.

Para cerrar este capítulo, afirmaremos que, en efecto, Sanín Cano tuvo un contacto previo con la guerra en su juventud; que este fenómeno, manifestado a lo largo de las décadas de los años 1870 y 1880, incidió en su educación y, por tanto, en su formación intelectual. Aunque no lo detalla a profundidad en su autobiografía, también se movilizó en una de dichas guerras, más exactamente en la revolución de 1879 para perseguir guerrilleros conservadores, siendo parte de una generación de colombianos que participaron activamente en las contiendas bélicas de su tiempo. A los ojos del presente, la realidad de la guerra no sólo se debe ver, en este momento de la vida de Sanín

Cano, desde una perspectiva que llame necesariamente al horror o al trauma: fue una realidad que trastocó los cimientos del orden institucional de la República, en donde la oficialidad se manejó y se disputó por los dos bandos políticos hegemónicos de la época. Evidentemente, tales cambios en el manejo de dichas instituciones, como las educativas, caló profundamente en un hombre que desde muy joven ya desconfiaba de ellas, al menos durante buena parte de su juventud e inicios de su adultez. Todo lo anterior se manifestaría en su renuncia a la labor docente para dedicarse de lleno a la labor periodística y de crítica literaria, lo cual fue determinante en la formación de su vida intelectual.

## CAPÍTULO 2: UN TESTIMONIO SOBRE EL FIN DE LA DEMOCRACIA Y LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Hacia la década del ochenta del siglo XIX, momento caracterizado por el ascenso político de los conservadores bajo la tutela del presidente Rafael Núñez, y su proyecto político de reorganización estatal conocido bajo el nombre de La Regeneración, Baldomero Sanín Cano inició su periplo como periodista. Veinte años después, Sanín Cano ya contaba con una copiosa red intelectual en la capital del país, la cual lo catapultó directamente al campo editorial y, por otra parte, a acceder a varios cargos públicos durante el primer decenio del siglo XX. Paradójicamente, la vida intelectual colombiana en esa época estaba atravesada por la censura periodística llevada a cabo por el partido conservador, por el predominio de los gramáticos y de los poetas en los principales cargos públicos del Estado, y por la fundación de academias destinadas a estudiar los orígenes de la República. ¿Cómo un liberal antioqueño pudo abrirse paso en medio de un contexto político tan adverso?

Esta primera parte del capítulo analizará el paso de Sanín Cano de la docencia al periodismo, en donde se convirtió en una figura reconocida por amplias esferas de la sociedad colombiana, incluyendo tanto a intelectuales y políticos liberales como conservadores. Posteriormente, pasaremos a describir brevemente su llegada a Londres y su paso a la esfera periodística internacional, en especial su vinculación con el diario *La Nación* como corresponsal durante la Primera Guerra Mundial. En la segunda parte, nos adentraremos de lleno en su experiencia como corresponsal de guerra, en donde describiremos y analizaremos los relatos más estremecedores de su visita al frente aliado que se hallan en las “Memorias de los otros”. Concluiremos con el estudio de una reflexión posterior a la guerra titulada “Entre dos años y dos épocas”, un manuscrito inédito que no fue publicado por *La Nación* y que, al igual que sucedió con sus “Memorias”, deja en claro su visión de una Europa sumida en la barbarie perpetua, caracterizada por una crisis en la moral y en la conciencia de sus habitantes y de sus gobiernos.

### *2.1 La Colombia de los letrados hispanistas y su influencia en el periodismo*

A finales del siglo XIX, se había fundado en Colombia una verdadera “República de letrados” (Deas, 2006), en el sentido de que los poetas, periodistas y expertos en gramática, lexicografía y filología acapararon los principales cargos gubernamentales del país. Lo anterior se

debió, principalmente, a que esta “clase de sabiduría y de competencias [estaba] íntimamente conectada con el ejercicio del poder” (Deas, 2006, pág. 28). Ejemplo de esto lo constituyeron los intelectuales de la Regeneración establecidos en el poder a partir de la década de los años ochenta, tales como el presidente Rafael Núñez, quien fue periodista y poeta, reconocido, además, por haber sido el autor de la letra del himno nacional, y el vicepresidente Miguel Antonio Caro, cuyas afinidades intelectuales pasaban por la filología, la traducción de las obras del poeta latino Virgilio, la poesía y el periodismo, además de haber ejercido como director de la Academia Colombiana de la Lengua, y de haber sido coautor de la *Gramática de la lengua latina*. Por otro lado, la oposición radical también tuvo en Rafael Uribe Uribe su figura más eminente en el campo de las letras, ya que, durante su estancia en prisión en 1885, tuvo tiempo para “adaptar un texto de geología para el lector común, traducir un trabajo de Herbert Spencer y [escribir] su *Diccionario Abreviado de Galicismos, Provincialismos y Correcciones de Lenguaje*” (Deas, 2006, pág. 27).

A diferencia de lo que había pasado con los gobiernos de la Nueva Granada y de los Estados Unidos de Colombia, en su mayoría regidos por caudillos militares que habían luchado en las diversas guerras civiles, estos políticos de finales del siglo XIX consideraban que “la gramática, el dominio de las leyes y de los misterios de la lengua, era componente muy importante [para] la hegemonía conservadora” (Deas, 2006, pág. 30). Esta nueva manera de hacer política se puede entender a partir de los orígenes familiares de esta nueva oligarquía nacional, que no poseían grandes extensiones de tierras ni habían forjado su riqueza a través del comercio, sino que provenían de viejas estirpes españolas, “cuyos antepasados habían venido a las Américas a gobernar a cualquier título” (Deas, 2006, pág. 43). El supuesto origen hispánico e hidalgo de estos gramáticos y escritores les permitió crear un fuerte vínculo con la *madre patria*, a la cual empezaron a ver como el nuevo referente cultural y civilizatorio del país. De ahí que su preocupación por el correcto uso del idioma radicara “en que la lengua permitía la conexión con el pasado español, lo que definía la clase de república que estos humanistas querían” (Deas, 2006, pág. 48). Un ejemplo tangible de este fenómeno se dio con la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871, la cual buscaba satisfacer los intereses locales hacia la gramática y la filología españolas constituyéndose en la “primera entidad de tal naturaleza que se fundó en las Américas” (Deas, 2006, pág. 33).

La revitalización de la tradición española en la República, por otra parte, marcó el inicio de los estudios sobre los orígenes prehispánicos y coloniales de Colombia, en donde predominó el contrapunto entre la “civilización española” y la “barbarie indígena”. Para Moreno-Durán (2002) la fundación de la ciudad colonial en América Latina fue “el medio en el que [la] conciencia cultural [de las elites criollas] se había sedimentado dentro del esquema específico de la “civilización” europea” (pág. 77). Pero no sólo la ciudad colonial fue sinónimo de cultura, sino que también lo fue del poder político, ya que también era el centro administrativo del país; “y ese poder estaba usufructuado por los únicos que podían orientarlo hacia la consecución de nuevos privilegios: la nueva clase -la aristocracia criolla-” (Moreno-Durán, 2002, pág. 78). De hecho, Bogotá recibió el mote de la *Atenas de Sudamérica*, en el sentido de que reunía los principales centros culturales y literarios del país, tales como la Biblioteca Nacional de Colombia -fundada en 1777 siendo una de las bibliotecas más antiguas de América Latina-, la Academia Colombiana de la Lengua, la Academia de Bellas Artes, la Sociedad Colombiana de Ingenieros y la Academia Colombiana de Historia. Este imaginario cosmopolita e intelectual con el que revistieron a la ciudad los intelectuales de la Regeneración de finales del siglo XIX la convirtió en lo que Moreno-Durán denominó una “Arcadia”, es decir, en el “desaliñado espíritu conservador, monolítico y exclusivista que la retardataria oligarquía latinoamericana ha hecho subsistir, e impone aún como memoria sobre los centros urbanos en los que se atrincheró” (2002, pág. 82).

El espíritu hispanista de la Regeneración no sólo atravesó al campo de la gramática y la historia, sino también al de la literatura, en donde proliferaron las tertulias y clubes de lectura conformados por la elite bogotana. El caso más emblemático de la época fue el nacimiento de la tertulia literaria conocida como la *Gruta Simbólica*, la cual nació en el marco de la guerra civil de los Mil Días, y que “optaba por una estética hispanista, más que por aceptar ideas provenientes de países como Francia o Alemania” (Neva Oviedo, 2020, pág. 74). Sus miembros compartían y debatían ideas y escritos inspirados por las corrientes literarias del Siglo de Oro, del Romanticismo y de la literatura de la generación del 98. Por otra parte, la *Gruta* fue un espacio para el encuentro entre “liberales y conservadores nacionalistas que se oponían al sector de los históricos, que estaba gobernando” (Ayure Daza, 2020, pág. 105). En ese sentido, la tertulia no sólo impulsó la literatura local a través del diálogo entre sus autores, sino que también fue un espacio de sociabilidad intelectual que trascendió las fronteras bipartidistas, dando forma a una intelectualidad sumamente

nacionalista y defensora a ultranza de las tradiciones, pero también crítica frente a los enemigos e impíos de la patria.

No obstante, un rasgo paradójico en esta República de letrados fue que surgió en medio de un país “agobiadoramente rural” y “abrumadoramente analfabeto, como era la Colombia de entonces” (Deas, 2006) (Caballero, 2014). Conscientes de esta realidad nacional, en donde la ignorancia intelectual también se traducía en ignorancia política, ésta última, por ejemplo, dejó de practicarse en las plazas públicas, en las sociedades de artesanos, en las chicherías o en otros espacios de sociabilidad popular, para pasar a ejercerse en las academias, en los clubes de lectura y en las universidades. En este contexto, el papel que ejerció la prensa como mediadora entre la cultura y la política fue trascendental para el control de la opinión pública colombiana, ya que el “esfuerzo retórico de la Regeneración se [concentró] en la lucha contra la difusión en el país de la subversión europea” (Martínez, 2001, pág. 435), razón por la cual el veto a la libertad de prensa, tan defendida por los radicales del gobierno anterior, pasó a ser una restricción amparada por la Constitución de 1886. De este modo, los intelectuales de la Regeneración se concentraron en la acción discursiva, esto fue, en “oponerse con argumentos y erradicar la amenaza social mediante la victoria del verbo” (Martínez, 2001, pág. 435). Fueron comunes los discursos en contra de la Europa en decadencia y corrupta, representada por dos naciones en particular: Francia y Alemania. La primera condenada por los conservadores a partir de los hechos ocurridos tanto en la rebelión francesa de 1848, como en la Comuna de París y la proclamación de la primera república socialista en Europa en 1871, y la segunda tachada por la Iglesia y los propios conservadores de haber extraviado el rumbo de la educación de los futuros ciudadanos del país:

La revolución francesa de 1848 tuvo gran influencia en la caída del conservatismo en América, y los excesos del comunismo en aquella época, empezaron a preparar una nueva escuela política en nuestra Patria: el tercer partido de que hemos hablado, el disolvente radicalismo [...]. Fue [su] administración, desde su origen, una reacción violenta, un desborde terrible de las pasiones políticas que volvieron a traernos la guerra con todo su cortejo de calamidades. Vimos entonces la majestad del Congreso ultrajada, perseguidos todos los escritores públicos, atacadas todas las libertades, desterradas multitudes de notabilidades. (Tanco, 1882. Citado por Martínez, 2001, págs. 435-436)

Por otra parte, se pensaba que la prensa de oposición era la responsable de incitar a la rebelión y al desorden social a través de sus artículos y columnas de opinión, “difusores de socialismo, anarquismo y revolución social” (Martínez, 2001, pág. 496). La cuestión de la responsabilidad ética y social del periodismo colombiano fue retratada por la escritora Soledad Acosta de Samper en 1893:

El periodismo es hoy, como nadie lo ignora, la potencia intelectual que tiene mayor influencia en la civilización del mundo; pero en las Repúblicas americanas esta influencia es mayor aún que en Europa, porque allí, por lo general, se considera la palabra impresa como una verdad irrefragable.

La prensa es un arma ofensiva, que puede ser peligrosísima, no solamente entre las manos del perverso, sino también en las de aquellos que no comprenden el valor, la fuerza que tiene la palabra publicada en hoja volante. (pág. 573)

Finalmente, el objetivo de denunciar y rechazar las doctrinas de la decadente civilización europea tenía como fin último el de convertir a Colombia en una nación feliz; “rural, aislada, pobre, pero digna y feliz” (Martínez, 2001, pág. 465). Muchos fueron los discursos que avalaban esta postura en donde primaba la conservación de la conciencia moral y religiosa por encima de los principios de la modernidad, la libertad y el desarrollo:

Mal se entiende por el vulgo lo que es la civilización. Muchas veces se ha abusado de esta palabra, invocándola en horas de insensatez y en escenas de exterminio. ¿Un pueblo rico, pero inmoral, merecerá el título de civilizado? No. ¿Una nación sabia, pero inmoral, merecerá el título de civilizada? Tampoco. ¿Una nación pobre, ignorante, pero profundamente moral, merecerá ser llamada civilizada? Sí. (Álvarez, 1874. Citado por Martínez, 2001, págs. 465-466)

## *2.2 Baldomero Sanín Cano y sus inicios en el periodismo colombiano*

El primer contacto de Sanín Cano con el periodismo ocurrió en Medellín, donde empezó a visitar las imprentas y los pequeños círculos editoriales de la ciudad. Al respecto escribió:



Frecuentaba por entonces la redacción de *La Consigna*, periódico semanal dirigido y escrito en su mayor parte por Fidel Cano (...). Fidel, poseído de una poderosa inclinación literaria, tenía su pequeña imprenta y en ella publicaba una revista titulada *La Idea*, en cuya preparación yo trabajaba como cajista, impresor, corrector y escritor. Nos acogía con inteligente condescendencia a los estudiantes de la normal y aun llegó a permitirnos publicar en su imprenta un periodiquín que a falta de nombre más volátil intitulamos *El Éter*. En él dimos a conocer, con audaces tendencias reformadoras, nuestras fallas en asuntos gramaticales y nuestro poco respeto por la lógica y la ortografía. (Sanín Cano, 1949, pág. 22)

Fidel Cano Gutiérrez (1854-1919), de quien hace mención Sanín Cano, fue un periodista y pedagogo colombiano, quien años más adelante se convirtió en el fundador del diario *El Espectador* en 1887, uno de los más importantes en la escena periodística contemporánea de Colombia y afín al partido liberal. Por otra parte, y no menos importante, Fidel y Baldomero eran parientes lejanos, puesto que el padre del primero, Joaquín Cornelio Cano, fue el tío de la madre del segundo (Sanín Cano, 1949). También era liberal como Baldomero, razón por la cual, cuando fundó el ya mencionado *El Espectador*, “durante los gobiernos de Rafael Núñez y Carlos Holguín fue suspendida varias veces [su] impresión [...], por considerarlo un periódico subversivo” (Iriarte, 1994, pág. 119). Vemos, por tanto, que el periplo periodístico y literario de Sanín Cano comenzó en un ambiente intelectual no sólo pequeño y familiar, sino, por sobre todas las cosas, marginal. A diferencia de los círculos académicos más importantes de su época, los cuales se encontraban en Bogotá, los diarios en donde colaboró Sanín Cano eran regionales, separados de la oficialidad y contrarios a las doctrinas conservadoras.

Por su parte, en la segunda parte de la experiencia contada en la imprenta de Fidel Cano, nos muestra de entrada un panorama intelectual guiado por el inconformismo hacia las concepciones literarias y gramaticales impartidas desde el oficialismo conservador. Con un tono irónico y picaresco, Sanín Cano da cuenta de una pretensión reformadora de la gramática, la lógica y la ortografía por parte de los estudiantes de la normal, y futuros profesores de la República. Y es que una forma de criticar a la oficialidad académica impuesta por la hegemonía intelectual y política de la época era justamente apelando a la ironía y a la sátira en contraposición al ambiente serio y rígido de la Academia Colombiana de la Lengua en donde se publicaban los trabajos más

formales y académicos sobre el correcto uso del castellano, publicados por doctos en el tema como Caro, Cuervo y Holguín. A propósito de esta marginalidad provincial respecto a la capital escribió:

Tendría Medellín por los años 1880 a 1884 unos treinta y cinco o cuarenta mil habitantes. Por su situación excepcional era como una isla en medio del territorio colombiano. Las montañas y las clases de caminos que las atravesaban por entonces aislaban a la capital de Antioquia de la capital de la república [...]. La distancia entre las dos capitales, unos cuatrocientos kilómetros, era de once o doce días [...]. Por el oriente se viajaba hacia Nare, obra de cuatro o cinco días, para tomar allí el vapor hasta Honda. En esta villa emprendía el viajero a lomo de mula la ascensión al altiplano, que duraba tres días [...]. Este género de viajes hacía mayor la distancia entre las dos capitales. Un antioqueño del centro, del norte o del occidente de Antioquia que hubiera conocido Bogotá, era notable por esa única hazaña de su vida. (Sanín Cano, 1949, págs. 28-29)

A pesar de la insularidad geográfica de Medellín con respecto a Bogotá, la capital de Antioquia estuvo lejos de ser una ciudad privada o rezagada en asuntos culturales y literarios. De hecho, hacia fines del siglo XIX, el desarrollo literario e intelectual de Medellín se dio gracias a:

La buena administración de los negocios públicos que [permitió] dedicarse a las faenas literarias, el bienestar y acomodo económico y la previsión de sus gentes que [contribuyó] a un modo de vivir independiente y que les [dejó] tiempo para dedicarse a las tareas del espíritu y al desarrollo de las facultades intelectuales, la afición a la lectura de las novelas de sus escritores y su divulgación a finales del siglo XIX y comienzos del XX en medios de comunicación que son notorios por su número y calidad con respecto al resto del país. (Zuleta, Escobar Mesa, & Casa, 2000, pág. 2)

Los beneficios económicos se destinaron en buena medida a la modernización de Medellín con la fundación de cafés, academias e instituciones que contribuyeron al adelanto de la literatura, las ciencias y el arte. En consecuencia, la ciudad se convirtió en la cuna de muchos escritores e intelectuales que no necesitaron de la influencia directa de las academias bogotanas para el desarrollo de su producción literaria. Un ejemplo de ello fue el surgimiento de la literatura regionalista o costumbrista, inspirada profundamente por el Romanticismo literario del siglo XIX,

y que se alimentó de los elementos cotidianos, de los paisajes, de las tradiciones y, en general, de la vida contemplativa que ofrecía la ciudad pequeña, todavía arraigada al campo y a la naturaleza. También tomó elementos de la literatura realista española, aquella en la que prevalecía “la idea de que la realidad natural, social, humana puede y debe ser materia novelable” (Lissorgues, 2001, pág. 53). Buena parte de esa literatura era leída en las tertulias literarias que se fundaron en Medellín a finales del siglo XIX, tales como *El Casino Literario* (1887), *La Tertulia Literaria* (1891), la *Sociedad de la Bohemia Alegre*, *Los Alegres Bohemios*, *Los Búhos Estáticos* y la *Tertulia del Negro Cano* (Zuleta et al., 2000). En palabras de Sanín Cano, la redacción de *La Consigna* también se constituía en sí misma como una tertulia literaria, en donde se reunían “las gentes de preocupaciones literarias y de nexos con la política un tanto agitada de la época” (1949, pág. 23).

En el año 1884, Baldomero Sanín Cano decidió migrar hacia Bogotá debido a que su situación en Medellín se hizo “insostenible”, sobre todo después de que el gobierno central resolviera cambiar el sistema educativo y el personal administrativo de la capital antioqueña (Sanín Cano, 1949). Una vez llegado tuvo que ocuparse en cuanto menester salía para poder mantenerse: “Me ocupé, en cuanto hube conocido la capital, en la enseñanza privada. Ofrecí dar lecciones de idiomas, hacer traducciones, preparar estudiantes para sus exámenes y otros oficios literarios” (Sanín Cano, 1949, pág. 33). A pesar de este desalentador comienzo, la suerte de Sanín Cano se vio favorecida gracias a sus tempranos contactos con algunos intelectuales residentes en la capital, los cuales le ofrecieron cargos relacionados en el campo editorial. Se destaca su relación con el poeta cubano Rafael María Merchán (1844-1905), quien por entonces dirigía *La Luz*, “el primer diario a la moderna que hubo en Bogotá” (Sanín Cano, 1949, pág. 33), encargándole la elaboración del catálogo de su biblioteca, una de las más grandes y mejor provistas en literatura moderna de la ciudad. Posteriormente, empezó a publicar “crónicas de teatro y algunos artículos de crítica literaria sobre una colección de autores venezolanos editada en Caracas” (Sanín Cano, 1949, pág. 34).

La paulatina irrupción de sus artículos le valió el reconocimiento de buena parte de la intelectualidad capitalina, al punto de ser invitado a participar en reuniones organizadas por los distinguidos miembros de la élite política y letrada de la ciudad. En una de esas veladas, llevada a cabo en la casa de Antonio José Restrepo en el año 1886, conoció al reconocido poeta colombiano

José Asunción Silva (1865-1896), con quien tendría “una larguísima y fecunda amistad, una intimidad intelectual” (Ruiza, Fernández, & Tamaro, 2021). El propio Sanín Cano quedó “fascinado por la conversación inimitable y por sus cautivadores talentos de sociedad” (Sanín Cano, 1949, pág. 41), así como de sus aventuras por Europa y por la gran colección de obras modernas que poseía en su biblioteca personal. Según su relato, Silva lo introdujo en la literatura francesa, poniendo a su disposición la gran biblioteca que poseía: “por el conocí a Flaubert, cuya poderosa comprensión de la vida y cuyo estilo comparable tan sólo al sentido mismo de la vida, expresado directamente por un artista de la palabra, me dominaron en seguida” (Sanín Cano, 1949, pág. 43). Hacia 1888, Silva había leído *El crepúsculo de los dioses* del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, de quien se inspiró para la escritura de los primeros borradores de su obra *Cuentos negros*. Sanín Cano recordaba que:

En noches tranquilas, lejos de los penosos oficios a los que estábamos uncidos por un burlón determinismo, solíamos comentar lecturas, sucesos; asesinar esperanzas; analizar hombres y tiempos con la libertad que dan el silencio y la confianza. Nietzsche nos ayudaba en estas funciones. El espíritu libérrimo y audaz del que se llamó a sí mismo “el crucificado” y el transvaluador de todos los valores, suministraba contenido y base para nuestras inocuas especulaciones de rebeldía. (1949, pág. 46)

En esta época de tensión entre la oficialidad pública académica y la clandestinidad de las tertulias literarias y de las imprentas de prensa liberal, en donde pululaban las discusiones en torno a los escritores y filósofos modernistas, Baldomero Sanín Cano fue nombrado como gerente de la compañía que administraba el tranvía de bueyes de la capital. Este trabajo, el cual consistía en llevar la “contabilidad de la compañía, llevar en inglés la correspondencia y atender a otros cuidados, tales como el arreglo de itinerarios y alimentación de las bestias de servicio” (Sanín Cano, 1949, pág. 34), le permitió a Sanín Cano estabilizarse económicamente en la ciudad y lo libró de participar directamente en la revolución de 1895 y la Guerra de los Mil Días. A pesar de ejercer una función administrativa, Sanín Cano prosiguió con su labor periodística y literaria. Colaboró junto con Silva -hasta su suicidio en 1896- en la redacción de la columna “Casos y Cosas” del diario *El Telegrama* (Ruiza, Fernández, & Tamaro, 2021), y continuó escribiendo de forma anónima en otros diarios de la capital acerca de los movimientos literarios europeos.

A inicios del siglo XX, Baldomero Sanín Cano creó la *Revista Contemporánea*, primer y único intento editorial que llevaría a cabo a lo largo de su vida intelectual en Colombia. De corta existencia, pues sólo salieron doce números entre octubre de 1904 y septiembre de 1905, el magazine trataba de temas literarios, historia y ciencia, además de incluir reseñas sobre libros, personajes y eventos culturales. El aspecto diferencial de esta revista con respecto a otras publicaciones de la época estuvo en su distanciamiento de los “énfasis clásicos, el romanticismo y su coloración regional, el costumbrismo” (Cataño, 2006, pág. 188), dándole relevancia a las corrientes modernistas y decadentistas que ya habían impulsado escritores como José Asunción Silva y Guillermo Valencia en el medio local. Contra la hegemonía académica impuesta por los intelectuales de la Regeneración, cuya predilección pasaba por el buen uso de la lengua española, “los colaboradores más dedicados de la *Revista Contemporánea* defendían un lenguaje abierto y libre, ajeno a las trabas de los académicos” (Cataño, 2006, pág. 188).

El carácter directo, polémico y crítico de la *Contemporánea* hacia la oficialidad intelectual conservadora se hizo evidente desde su primer número publicado en octubre de 1904. En el ensayo inaugural de la revista, titulado “El Porvenir del castellano”, Sanín Cano arremetió contra uno de los escritores más leídos y aceptados por los costumbristas como lo fue el español Juan Valera, quien en una carta escrita al doctor Guillermo R. Calderón en 1901, insinuó que en América “se avergüenzan de ser españoles de origen” y que, por ello, “muchos tienen el propósito de desechar el castellano, de independizarse también en este punto y de salir hablando otras lenguas” (Citado por Sanín Cano, 1904, pág. 39), culpando de lo anterior a los modernistas y decadentes por incitar a sus compatriotas americanos a leer libros franceses o ingleses “admirándolo todo en ellos, hasta las más insignes extravagancias” (Citado por Sanín Cano, 1904, pág. 39). Ante estos comentarios despectivos hacia la literatura americana, Sanín Cano salió al paso afirmando que “los escritores del Nuevo Mundo buscaban, ante un castellano enmohecido, diversos caminos de expresión más acordes con el pensamiento moderno” (Citado por Cataño, 2006, pág. 193), advirtiendo más adelante que “Don Juan [Valera] tiene la burla fácil para con los americanos que presienten la revaluación artística de la lengua española” (Sanín Cano, 1904, pág. 42).

En su respuesta al escritor español, Sanín Cano se definió así mismo como un defensor del modernismo literario y como un crítico a ultranza de la tradición hispanista y academicista de la Arcadia bogotana. Él pensaba que los aportes filosóficos, estéticos y lingüísticos de la “Europa no

hispanica” enriquecía el uso y la escritura del castellano en lugar de perjudicarlo: “¿Por qué es decadente el que aprende y se enriquece en otras lenguas y no el que sigue piadosamente los gastados patrones del español?” (Sanín Cano, 1904, pág. 42). Respondiendo a lo anterior, él mismo consideraba que “las academias se nutren de una mentira vital afincada en la presunción de que son las depositarias del idioma” (Citado por Cataño, 2006, pág. 194). Sostenía que el papel de las academias, como guardianes de la lengua y de las tradiciones de la patria, sólo era una fachada pretenciosa que negaba el rol del pueblo como el único capaz de fundar y recrear el idioma. Fue, por tanto, uno de los primeros en denunciar el ambiente aristocrático del academicismo bogotano, apelando a la concepción de “pueblo” para reafirmar su postura de que en Colombia existía una clara división social en donde existía una élite gobernante que se autoproclamaba como defensora de las tradiciones nacionales, en perjuicio de las capas más bajas de la sociedad, las verdaderas guardianas de la lengua:

No son tal vez los académicos los depositarios del idioma, pero sí llenan su fin como elemento inerte. Cumplen a su modo el oficio que desempeña el ázoe en el aire atmosférico; moderan, son el poder conservador, allí donde el pueblo atiende a las funciones del elemento revolucionario. En este trabajo, que es laudable, le ayudan a la academia los escritores tradicionalistas [costumbristas]. No estaría bien que el académico fuese reformador a todo trance; se desligarían entonces, con asombro de quienes pretenden fijarlos, los fundamentos del idioma [...]. Es, pues, natural, que los académicos pierdan el equilibrio cuando dan con mozalbetes enredistas que, con sus dichos y malos ejemplos, ponen en peligro aquella cosa intangible que las inmortales corporaciones creen tener en tutela. (Sanín Cano, 1904, pág. 45)

La polémica no sólo se concentró en asuntos literarios, sino también pasó al campo de la filosofía y de las ciencias, los otros dos componentes temáticos de la *Contemporánea*. Las lecturas que Baldomero Sanín Cano hizo de la obra de Friedrich Nietzsche lo convirtieron en un crítico incisivo de la noción hegemónicamente establecida por los conservadores de *civilización cristiana*, a la que consideraba sumamente paradójica y falsa:

Las naciones que presumen de cristianas han dado las muestras más atroces de guerra, agresión y ruina contra vecinos y pueblos enteros de otros continentes. Las Cruzadas asolaron el Medio Oriente, el descubrimiento de América produjo el

exterminio de poblaciones enteras y la devastación de culturas que bien tenían derecho a ocupar un lugar en la historia. Algo semejante sucedió con la milenaria China. Tras el misionero que recorría la Mongolia y el río Amarillo con la Biblia bajo el brazo, llegaron los comerciantes con sus mercancías y fardos de opio. Y cuando los chinos dijeron ¡basta! la culta Inglaterra, la ilustrada Francia y la sabia Alemania recurrieron a las armas, “asesinaron al pueblo de Pekín y saquearon los palacios y archivos que existían cuando Londres y París eran silvestre llanura o pantano deletéreo”. Después de estos ejemplos dantescos ¿qué significado tienen los vocablos que un día se idearon para calificar las empresas más loables del género humano? (Sanín Cano, 1904. Citado por Cataño, 2006, pág. 210)

Esta crítica mordaz a la civilización cristiana occidental concibe tres fenómenos históricos -las cruzadas, el descubrimiento de América y la colonización europea- no bajo la idea de un simple encuentro e intercambio cultural idílico entre sociedades diferentes, sino como una sucesión de guerras que llevó a cabo el cristianismo bajo los preceptos dogmáticos del amor y la paz, y que sólo provocaron destrucción a los pueblos que lograron someter; a los musulmanes en Tierra Santa, a los indígenas en el Nuevo Mundo y a los chinos en el lejano oriente. Por otra parte, remarcaba con bastante ironía los valores de cada una de las potencias europeas de la época y cuestiona sus principios morales a través de un juego de antinomias; lo “culto”, lo “ilustrado” y lo “sabio” en contraposición a la “guerra”, al “asesinato”, al “saqueo” y al crimen que perpetraron dichas naciones. Concluye con una duda sobre el significado de tales valores en su tiempo y cómo se transformaron en algo que, en lugar de haber traído el bien a la humanidad, sembraron un mal imborrable en la historia de muchos pueblos.

Este tipo de ataques a la oficialidad académica conservadora le valió todo tipo de respuestas y comentarios adversos, aunque también aplausos y reconocimiento por parte de los jóvenes modernistas. Fue criticado como escritor y pensador por varios contemporáneos conservadores suyos, tales como el filósofo Luis María Mora (1869-1936) o el escritor José María Rivas Groot (1863-1923), al ser identificado como seguidor de la “oscura” filosofía alemana y los dramas escandinavos, así como de abandonar la literatura grecorromana y la tradición gramatical española. Mora, por ejemplo, “lo llamó “mentor y pontífice de una vacilante, mudable e indefinida tendencia literaria”, y amigo de lo extraño y desconocido para impresionar a los demás” (Citado por Cataño,

2006, pág. 204). Por otra parte, Rivas Groot consideraba que Sanín Cano y todos los colaboradores de la *Contemporánea*, escribían textos “de mala tendencia filosófica, y por añadidura en un castellano *decadente* e ininteligible” (Citado por Cataño, 2006, pág. 187). Sin embargo, no todo fueron críticas negativas; un sector de la intelectualidad de la época celebraba la labor científica y literaria de la *Revista Contemporánea* y los ensayos y artículos de Sanín Cano. Por ejemplo, el escritor Aquilino Villegas lo consideraba como un “filósofo crítico superior a los partidos políticos, lleno de fervor en el fondo” quien además “barrió en cierta manera el espíritu lento y pacato de [Bogotá]” (Citado por Cataño, 2006, pág. 205).

Debido a la falta de financiamiento y a ciertas diferencias en el seno de la junta directiva, la *Revista Contemporánea* dejó de publicarse en septiembre de 1905. También en buena medida a que ese mismo año Baldomero Sanín Cano fue elegido diputado a la Asamblea Nacional por Antioquia en calidad de suplente del senador Rafael Uribe Uribe, asumiendo también, a la par, la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda y Tesoro. Durante toda la administración del presidente Rafael Reyes (1904-1909), Sanín Cano continuó con estas labores dando por concluida la promesa que había hecho en su juventud de no volver a ocupar ningún cargo ni menester público. En el año 1909, Baldomero Sanín Cano se trasladó a Londres “para representar al país ante una compañía inglesa de explotación de esmeraldas” (Cataño, 2006, pág. 215), iniciando de esta manera su periplo internacional por los círculos intelectuales europeos.

### 2.3 Baldomero Sanín Cano y sus inicios en el periodismo internacional. La experiencia en el diario La Nación

En el marco de la celebración de un contrato entre una compañía inglesa para la explotación de esmeraldas y el gobierno colombiano, arribó Baldomero Sanín Cano a Londres en 1909 en calidad de representante de la nación ante la junta directiva de dicha empresa. Dos años más tarde, fue nombrado cónsul en Londres. Este hecho en particular le permitió a Sanín Cano viajar por varios países europeos, donde conoció con mayor detalle los principales círculos intelectuales y literarios del viejo mundo, y donde tuvo la posibilidad de reunirse con eminentes pensadores de la época, como Jorge Brandes y Bertrand Russell (Sanín Cano, 1949). Durante este tiempo, Sanín Cano forjó una fecunda red intelectual, la cual nació a través de su amistad con el también periodista colombiano Santiago Pérez Triana (1858-1916), radicado tiempo atrás en la capital inglesa, y con quien colaboró en la redacción de la revista *Hispania* en 1912. A propósito de la



figura de Pérez Triana, Sanín Cano recordaba que su contacto “[le] procuró la amistad de muchas personas importantes y [le] abrió muchas puertas” (Sanín Cano, 1949, pág. 83), pues en su casa “se reunían con frecuencia personalidades de brillo social, político o literario [que incluía a] algunos claros exponentes de la civilización inglesa del momento, literatos, políticos, hombres de ciencia, profesores, médicos, abogados, periodistas, banqueros, promotores de compañías, geólogos y tal cual aventurero” (Sanín Cano, 1949, pág. 83).

La red de sociabilidad intelectual de Sanín Cano en Londres no sólo se limitó al círculo literario británico, sino que también incluyó a intelectuales americanos. Tal fue el caso del escritor argentino Leopoldo Lugones (1874-1938), a quien conoció en el año 1913 tras una breve estancia en Londres, y al que le “sorprendió el exceso de vitalidad que revelaba en sus actos, en su pensamiento, en la apariencia de realidad inmediata que les comunicaba con su fe a todos sus proyectos” (Sanín Cano, 1949, pág. 103). De igual manera, exaltaba los dotes académicos de Lugones y su capacidad de hablar sobre muchas materias, temas y disciplinas: “No le eran extrañas las matemáticas, ni la historia universal, ni las ciencias físicas. Era un placer, no escaso de provecho, oírle disertar sobre estas materias, lo que hacía con su natural entusiasmo, pero sin dar señales de suficiencia ni de orgullo profesoral” (Sanín Cano, 1949, pág. 104). No obstante, lo que más le causó impresión y admiración al tiempo fue su habilidad para conciliar el sentimiento argentino con el latinoamericano, reconociendo sus virtudes y defectos en una simbiosis inseparable que determinaría el porvenir de la cultura y la literatura del continente: “[Lugones] era profundamente argentino, pero se cernía sobre su espíritu patriota una influencia espiritual de americanismo que le hacía comprender y admirar los varios aspectos de la vida continental y aun conciliar sus variedades y antagonismos” (Sanín Cano, 1949, pág. 108).

Luego de establecer su red de sociabilidad intelectual, Sanín Cano se desempeñó en otros menesteres académicos que le permitieron asentarse permanentemente en Londres. Algunos de sus oficios se mencionan en la citada entrevista concedida al diario *El Tiempo* en 1946, en la cual relató que durante los catorce años que vivió en Inglaterra se ganó la vida “escribiendo en el suplemento semanal del “Time” y además en el “Modern Language Review” (Cabarico Briceño, 1946). Por otro lado, incursionó en el campo editorial al escribir una gramática para aprender español, impresa en los talleres de la Universidad de Oxford, y un diccionario de bolsillo “con catorce mil vocablos y muy fácil lectura” (Cabarico Briceño, 1946). Años más adelante, se vio

sumergido, nuevamente, en la docencia, al ser recomendado por el escritor Fitzmaurice Kelly ante la rectoría de la Universidad de Liverpool para que tomara la cátedra de lengua y literatura española; sin embargo, en palabras de Sanín Cano “no me fue posible solicitar el honroso empleo, porque era necesario residir en Liverpool y yo tenía compromisos en Londres” (1949, pág. 104). En 1920 fue invitado a formar parte del cuerpo profesoral de la cátedra de español que ofreció la Universidad de Cambridge, cargo que, en este caso, si aceptó, y que fue “ampliamente reseñado en los diarios de la prensa española” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 5).

No obstante, fue en el campo del periodismo donde empezó a destacar, inicialmente, en la redacción de la revista *Hispania* en la cual escribió sobre los “graves e inesperados sucesos de la conflagración mundial [y] sobre los movimientos literarios y culturales de Europa y América Latina” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 33). En *Hispania* tuvo su primera experiencia dentro del periodismo internacional, donde tuvo que “enfrentarse a una prensa [que exigía] la especialización, en medio del proceso de masificación del siglo XX” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 33). Por otra parte, su colaboración se dio en una época en la que las revistas culturales tendían a multiplicarse, respondiendo a “un tema que instalaban todas ellas como punto de ruptura (...): la colocación del intelectual “al lado” de los humildes, del pueblo, y de las luchas sociales” (Funes, 2006, págs. 50-51). Este lugar insospechado en el cual se hallaba el intelectual moderno, alejado de los centros tradicionales de la intelectualidad y del poder político, respondía a una “cierta incomodidad y un estado de malestar frente a la realidad, que advierten injusta o peligrosa” (Funes, 2006, págs. 55-56).

La crítica y denuncia pública a la Gran Guerra, a sus injusticias y a sus consecuencias directas en el estado de la literatura y la ciencia occidentales se vieron reflejadas en su segunda etapa dentro del periodismo internacional cuando empezó a escribir para *La Nación* de Buenos Aires a partir del año 1914, convirtiéndose en corresponsal de guerra cuatro años más tarde. El estilo narrativo de Sanín Cano, el cual logró pulir en los cincuenta y cinco artículos que escribió para el diario argentino, osciló entre el ensayo literario y la crónica periodística, combinando todo su bagaje intelectual en ciencias naturales, historia, filosofía y humanidades con ciertas opiniones y reflexiones sobre el estado de la política, la sociedad y el mundo intelectual de su tiempo. La elección del género ensayístico no fue al azar, puesto que este “tiene por característica el revelar

algo de duda, un poco de escepticismo y una inclinación del autor por considerar más de una posibilidad en cada caso” (Funes, 2006, pág. 35).

En Palabras de Rubiano y Londoño (2013), “de los temas centrales de la reflexión política nacional e internacional de Sanín Cano se refieren al problema de la Primera Guerra Mundial y su impacto en Latinoamérica: la Doctrina Monroe y sus incidencias en Latinoamérica y la pérdida del Canal de Panamá, las polémicas y las confrontaciones que el suceso tuvo en el siglo XX” (pág. 14). En “La América Española”, escrito en Londres en 1917 pero publicado en Buenos Aires en 1918, quiso dar un primer avance en su idea de concebir a Latinoamérica como el futuro de la civilización occidental a despecho de la grave crisis que atravesaba Europa como consecuencia de la Gran Guerra:

He aquí que la guerra trata de invertir la corriente o de desviarla. A medida que los cambios económicos se hacen más difíciles, se activan y popularizan los canjes de valores literarios o culturales. El español empieza a ser un vehículo de civilización, no tanto porque su historia está ligada a los orígenes de la cultura cristiana en Europa, sino porque ésa es la lengua de la América Latina (...). En una hora de congoja, Europa sobrecogida por la más tremenda de las crisis que haya habido en su historia, abre los brazos, abre los ojos del alma y descubre a la América española moral y espiritualmente. (Sanín Cano, 1918)

En otro ensayo titulado “Canje de civilizaciones” de 1923, Sanín Cano apoya la idea de un intercambio de saberes y experiencias entre europeos y americanos dentro de un marco estrictamente académico, una vez superados los antagonismos de la Gran Guerra. No obstante, la invitación de Sanín Cano no pasa por concebir un intercambio unidireccional América Latina-Europa, sino también que los europeos arriben a tierras americanas para “rectificar” sus concepciones e imaginarios en torno a los pueblos que en ella viven:

Es muy gentil la oferta de los alemanes a los estudiantes sudamericanos. Importa que las Naciones del otro lado del Atlántico se apresuren a aceptarla; no sin ofrecer, por supuesto, en reciprocidad, nuestras universidades y colegios a la juventud alemana. Y es inútil y aun de mal gusto sonreír. La Europa más culta y mejor dotada de las Universidades, de institutos técnicos y de museos, puede rectificar su concepto de la

vida, y ello en beneficio de su propia cultura, enviando jóvenes estudiantes a las Universidades americanas del sur. (Sanín Cano, 1923)

El interés de Sanín Cano hacia estos problemas no era indiferente a los propósitos editoriales y comerciales que tenía el director periodístico de *La Nación*, Jorge Mitre (nieto del fundador del diario, el expresidente de la Argentina Bartolomé Mitre), íntimo amigo de Sanín Cano. La agenda editorial de Mitre por aquel tiempo fue explicada brevemente por Sanín Cano en una entrevista para el periódico español *La Libertad* en 1924:

Se ha dicho que nuestro periódico [*La Nación*] atravesó una difícil situación económica pocos años antes de la guerra europea. No sé hasta qué punto será ello cierto. Lo que sí puedo decir es que durante la guerra conquistó una gran prosperidad, que se ha ido reafirmando día tras día. “*La Nación*” era acaso, el periódico que publicaba diariamente las más amplias informaciones de aquella contienda, merced a los numerosos corresponsales que tenía repartidos por los países europeos. (Citado por Lázaro, 1924, pág. 5)

Y es que el diario logró establecer una oficina principal en Madrid hacia la década del diez del siglo XX, y fundar una amplia red de corresponsales radicados en París, Londres y Berlín. En palabras del mismo Sanín Cano, “son estas oficinas a la manera de consulados, donde los suramericanos viajan por Europa inquietan y obtienen noticias de sus países respectivos” (Citado por Lázaro, 1924). Esta tendencia global y cosmopolita del diario *La Nación* fue ensalzada aún más por él en las siguientes líneas:

“*La Nación*” se ha adelantado al pensamiento de quienes buscan desde fines del siglo pasado el advenimiento de la paz entre los pueblos. “*La Nación*” ha hecho obra de pacificación universal, acercando a los hombres de todas las razas y de todas las nacionalidades, que exponen en sus columnas las propias opiniones en una atmosfera de exquisita tolerancia. Poner en contacto unos pueblos con otros, confrontar las ideas y sentimientos de razas apartadas, es un valor cultural que le abonarán a la Argentina y a “*La Nación*” los historiadores del porvenir. (1924, pág. 2)

Por otro lado, la importancia que le dio el diario a la fraternidad entre pueblos en pleno marco de la Primera Guerra Mundial hizo que su postura política fuese neutral, aunque no indiferente hacia las atrocidades y la barbarie del conflicto. En este aspecto, Sanín Cano expresó en la entrevista concedida a *La Libertad*:

Cuando un periódico alcanza la expansión que el nuestro, no puede mostrarse exclusivamente adepto, como usted sabe, a un determinado grupo (...). Nuestro programa es corresponder con nuestros lectores, ofreciéndoles buenos servicios periodísticos, lectura capaz de elevar su espíritu moral e intelectualmente y noticias que lo familiaricen con el extranjero. “La Nación” procura, y lo consigue, a mi juicio, tener una fisonomía democrática, un espíritu liberal abierto a las vanguardias del pensamiento. (Citado por Lázaro, 1924)

En suma, todo pareció indicar que tanto los principios ideológicos del diario argentino como las posturas y opiniones de Sanín Cano se complementaban entre sí, sobre todo en los problemas concernientes a la guerra, la diplomacia y el colaboracionismo internacional. Adicionalmente, en el ámbito estrictamente latinoamericano, tanto el escritor colombiano como el diario argentino tenían en común esta consigna: concebir a América Latina “como un territorio libre, autónomo y en igualdad de condiciones con los demás poderes políticos del mundo” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 14). Esta tendencia de pensar al continente latinoamericano a través de su libertad y autonomía política, económica e intelectual correspondió a un espíritu de época, en el cual varios pensadores y escritores se vieron fuertemente comprometidos; desde José Carlos Mariátegui hasta Alfonso Reyes todos cuestionaron el intervencionismo extranjero, las políticas de la Doctrina Monroe y, por supuesto, las crisis política, económica y social que se desencadenaron a partir de la Gran Guerra.

Para concluir este apartado sobre la larga trayectoria de Sanín Cano como periodista en *La Nación*, coincidimos con Rubiano y Londoño (2013) cuando afirman que “en sus artículos se desvela el presente mediante un diálogo que contiene una capacidad analítica sobre el pasado, [es decir], cómo sus artículos contienen un pronóstico, acaso una observación provisional del porvenir” (Rubiano & Londoño, 2013, pág. 13). Este aspecto resulta bastante revelador respecto al carácter narrativo de “Las memorias de los otros”, su crónica memorialista que cuenta su experiencia como corresponsal de guerra durante la Primera Guerra Mundial.

## 2.4 “Las memorias de los otros”: *un relato sobre el final de los tiempos de la civilización occidental*

Todo comenzó cuando en el año 1918 se le pidió a Sanín Cano cubrir la ofensiva de los aliados contra los alemanes en las regiones de Picardía y Flandes. Por petición directa del escritor español Salvador de Madariaga, quien “dirigía en el ministerio de guerra británico la propaganda con miras a España y a los países de habla española en América” (Sanín Cano, 1938, pág. 16), se le pidió al periodista colombiano dirigirse al frente occidental en junio de dicho año; petición que, al principio, fue rechazada por Sanín Cano quien consideraba que “personalmente no [le] interesaba ir a ver de qué manera se complacía la especie humana en eliminarse en grados, y que el espectáculo del sufrimiento humano (...) antes [le] parecía doloroso que interesante” (Sanín Cano, 1938, pág. 17). No obstante, aceptó la misión de dirigirse a la frontera franco-germana alegando el vínculo contractual -e intelectual, claro está- que lo unía con *La Nación*: “soy corresponsal de un diario latinoamericano en Londres; si ese diario quisiere que como corresponsal vaya al frente y telegrafe mis impresiones para sus lectores, visitaré el campo de las hostilidades para complacerlo. Desde luego, estoy muy agradecido por la invitación” (Sanín Cano, 1938, pág. 17).

Sanín Cano llegó al frente en julio de 1918 y lo hizo en compañía del escritor español Ramiro de Maeztu (1875-1936), a quien previamente había conocido en casa de Pérez Triana, y a quien recordaba en su relato como un intelectual que “sostenía las teorías más curiosas”; una de ellas hacía referencia a que “era imposible comprender la poesía alemana aun señoreando el idioma, sin tener un conocimiento profundo y cabal de las matemáticas” (Sanín Cano, 1938, pág. 18). A su llegada, fueron alojados en un castillo cercano a la localidad de Fruges; esa misma noche la cotidianidad de la guerra los recibió con el sonido de las bombas y el fuego cruzado:

A nuestra llegada hubo un combate de aeroplanos sobre el edificio. Ocultos bajo telas pintadas científicamente para imitar la yerba y la tierra, había enormes depósitos de pertrechos en el campo abierto, a pocos kilómetros del castillo (...). Para recogerlos a dormir era preciso tener mucho cuidado de al hacer luz, no fuera que lampos al través de las ventanas delataran la presencia de gentes en el castillo. (Sanín Cano, 1938, pág. 19)

Con el paso de los días, Sanín Cano convivió en su mayoría con artilleros británicos y sus oficiales superiores. Respecto a estos últimos, el periodista colombiano los consideraba como una barrera que le impedía comunicarse directamente con sus subalternos: “no podíamos los periodistas hablar con nadie en el frente sin la anuencia de los oficiales a quienes estábamos consignados. Hubiéramos querido preguntarle sus impresiones a los artilleros que vivían en esa casa desmantelada” (Sanín Cano, 1938, pág. 20). Debido a lo anterior, lo único que pudo reconocer de humanidad en los artilleros y en sus opiniones sobre las largas jornadas de bombardeos al enemigo fue a través de sus expresiones faciales y de su corporalidad:

El rostro alargado y sombrío de los artilleros contaba una larga y desolada historia sin necesidad de que nadie los interrogase. Habían pasado allí tal vez noches de invierno sin poder hacer fuego para calentarse, porque los resplandores del hogar le servían de blanco al enemigo. Debían dormir sobre el piso húmedo, sin encender luz, para no denunciar su presencia, y escuchar cada quince minutos el estampido de su propia máquina con los oídos llenos de algodón y el cuerpo sobre el suelo a la distancia mayor que pudieran colocarlo para evitar, tirando de un alambre, las consecuencias de la detonación. Nos miraban con expresión de irremediable hastío. Parecían decirnos: “Eramos súbditos de un país que se creía supercivilizado”. (Sanín Cano, 1938, pág. 20)

Es en este primer relato, y sobre todo en la frase del cierre separada entre comillas, en donde encontramos una primera disertación crítica frente a la guerra y la crisis de la civilización. Tal como lo habíamos indicado previamente, Sanín Cano fue un periodista preocupado por los conflictos políticos de su época y muy crítico ante el devenir de la guerra. Si bien aceptó ser corresponsal bajo los intereses del ministerio de guerra del Imperio Británico (teniendo en cuenta que la prensa era un instrumento del poder político británico de la época) siempre fue escéptico a mostrar una imagen positiva del conflicto. Veía en la destrucción y en la desolación de la sociedad europea la ruina de la civilización occidental, entendida como la cuna de la filosofía, la literatura, la democracia, el arte y la ciencia modernas. De hecho, cuestionaba con ironía, a través de la voz silenciosa de los artilleros, el rol de Gran Bretaña como nación “supercivilizada”, pues es por medio de la experiencia de los súbditos, de los subalternos -que no pueden hablar sin el permiso

de sus superiores- los que narran ese desencanto, ese cruel abrir de ojos. Una vez más Sanín Cano lo relata con mayor detalle:

Se ha hablado de la decisión de las tropas aliadas, de su fe en la victoria, de la alegría con que iban al combate. En el verano de 1918, estos sentimientos, sí acaso habían existido antes, ya habían desaparecido. En todas partes predominaba en los rostros la sensación del hastío, del cansancio, en algunos casos de la desesperación. (Sanín Cano, 1938, pág. 20)

Día a día, Sanín Cano continuó viajando y presenciando el espectáculo de destrucción que los bombardeos y las batallas iban dejando a medida que los alemanes se replegaban hacia su propio territorio. A su llegada a la provincia de Arras pudo presenciar una ciudad entera reducida a escombros, desolada e inhabitada:

En Arras, o era (...), no puedo decir qué resta de su aspecto de demolición en 1918, una ciudad de aspecto español y ha debido ser una linda y graciosa residencia. La mayor parte de ella eran escombros, en los fines de julio de 1918. La plaza central servía para dar una idea desoladora de la furia de los combates, de la tenacidad de la resistencia aliada, de la inútil capacidad destructora de la artillería y de los aviones tudescos. (Sanín Cano, 1938, pág. 21)

Lo que más causó impresión en Sanín Cano fue definitivamente ver cómo aquella civilización que había madurado durante siglos a través de su arquitectura se había perdido en un abrir y cerrar de ojos, merced de la violencia irracional de las huestes beligerantes. A propósito de esto último, Sanín Cano escribió que aquella plaza “ha debido parecer en su estado de integridad prebélica una verdadera obra de arte. Las casas del lado indemne eran de una arquitectura armónica, sin monotonía. Daban la impresión del buen gusto español del seiscientos ya tocado del barroco” (Sanín Cano, 1938, pág. 22). Por otra parte, su visita a las ruinas de la catedral, la cual había sido destruida días atrás, aguzó aún más su crítica al estado de la civilización europea:

Entramos por el lugar donde han debido quedar las puertas principales. Todo el muro del frente había desaparecido. Saltando sobre enormes vigas de madera, entre bloques formidables de mármol, pasamos al interior. La cúpula se había hundido al



derrumbarse los muros y por el espacio abierto se divisaba el bombo azul del firmamento que la reemplazaba. El presbiterio era un montón de escombros (...). De súbito, mirando el cielo por el espacio vacío que antes ocupaba la majestuosa cúpula, los oficiales nos dijeron que el enemigo se cernía sobre el templo en aviones y estaba bombardeando en ese instante la ciudad. Salimos de entre aquellos escombros del arte religioso con un dejo amargo en el espíritu y con los más tristes pronósticos sobre el futuro de la civilización. (Sanín Cano, 1938, págs. 22-23)

La cuestión en torno a la crisis de la civilización, en este caso particular, se entiende a partir de dos elementos: uno ya señalado que fue el de la arquitectura; el otro fue el religioso. La conjunción entre estos dos elementos le había otorgado al Viejo Mundo su fisonomía de metrópoli cosmopolita, de cuna y capital de la civilización occidental, encarnada en sus grandes catedrales, claustros, universidades y plazas (Duby, 2010). En cambio, en este nuevo panorama sombrío, todas -o al menos una buena parte de ellas- se hallaban en ruinas y abandonadas luego de los efectos destructivos de la contienda bélica. No es de suponer que, para un observador latinoamericano como Sanín Cano, contemplar las ruinas físicas de la civilización era también contemplar su decadencia moral, artística e intelectual. En suma, la destrucción física del espacio representó para el periodista colombiano “una tragedia en que las vidas y riquezas de los hombres se hundían cincuenta años, tal vez siglos de civilización y de moral cristiana” (Sanín Cano, 1938, pág. 23).

Continuando con su relato, Sanín Cano viaja a Amiens junto con la tropa de oficiales y artilleros que lo acompañaban. Menciona que nunca en su vida había visto una ciudad desierta y que lo único que podía percibir de actividad humana era justamente el ruido de los motores y neumáticos de los vehículos en los que se movilizaban. Esta percepción de vacío y soledad le inspiró esta reflexión: “una ciudad desierta se convierte en cementerio para el observador de sensibilidad corriente” (Sanín Cano, 1938, pág. 23). Sin embargo, lo que más le causó impresión y, a su vez, desesperanza en torno a la fisonomía de barbarie que presentaba la civilización europea en aquel entonces fue la continuación de su experiencia en dicha ciudad:

En Amiens los oficiales hicieron una observación desconcertante. El gobierno francés había decretado la desocupación absoluta de la ciudad. Parecía innecesario insistir sobre la medida estando la ciudad continuamente visitada por los proyectiles tudescos. Sin embargo, fue necesario sacar por la fuerza a muchos residentes y

transportarlos a ciudades lejanas, fuera del alcance de los cañones enemigos. “A pesar de órdenes y decretos”, decían nuestros guías, “vuelven a sus casas y se instalan en ellas desafiando el hambre, la muerte y las penas correccionales”. En ese momento, por una de las ventanas que a flor de tierra llevaban luz a los sótanos del inmueble, asomó el rostro macilento y descuidado de un propietario que prefería vivir expuesto a todos los peligros de la guerra antes que abandonar sus lares. (Sanín Cano, 1938, págs. 23-24)

La presencia del aspecto humano se hace nuevamente central en este fragmento de sus recuerdos; una humanidad atada a su terruño, a sus pertenencias, pero, antes que nada, a su nación. Esta es una cuestión central en el relato de Sanín Cano, y, a su vez, una con las que más se confronta; el vínculo inmanente e intransigente entre el individuo y su nación, algo que ya había mencionado de forma crítica con el relato de los artilleros británicos. En este caso particular, para él resultaba confuso y perturbador concebir la posibilidad de que, ante tal grado de destrucción material y moral, los individuos siguieran permaneciendo fieles y arraigados a sus naciones destrozadas material y moralmente por las bombas. ¿Cuál era la causa de tanto fanatismo? La respuesta implícita a esta inquietud la hallamos en el nacionalismo; fenómeno que se fue elaborando de a poco al interior de las naciones europeas desde mediados del siglo XIX hasta la alborada del conflicto en 1914. Desde una perspectiva contemporánea, el nacionalismo se ha entendido como el “principio que afirma que [toda] unidad política y nacional debe ser congruente” (Gellner, s.f. Citado por Hobsbawm, 1998, pág. 17). Esto significa que los deberes políticos de los ciudadanos “para con la organización política que engloba y representa [debe imponerse] a todas las demás obligaciones públicas, y en los casos extremos (tales como las guerras) a todas las otras obligaciones, del tipo que sean” (Hobsbawm, 1998, pág. 17). Y fue esta reveladora realidad la que caló profundamente en la conciencia de Sanín Cano, edificada bajo los valores de la modernidad y la libertad de los individuos.

Prosiguiendo con el relato, la ofensiva aliada del 7 de junio en la línea del frente le permitió a Sanín Cano y al séquito que lo acompañaba llegar a la comandancia británica de la zona. Cuando estaban cerca de las puertas de la edificación, se toparon con un grupo de prisioneros alemanes, quienes habían sido capturados durante la ofensiva del día anterior. Respecto a este encuentro Sanín Cano escribió:

Ni el oficial ni los soldados mostraban en su aspecto señales de desolación o amargura. Los soldados, sobre todo, sonreían levemente y revelaban en sus rostros una sensación mezclada de conformidad y alivio: había un severo contraste entre la fisonomía general de los soldados a quienes habíamos visto abatidos y taciturnos en las retaguardias inglesas y la de los prisioneros alemanes. Acaso en éstos brillaba la convicción de haber escapado con vida. Además, tenían acaso el dorado presentimiento de que prisioneros en Francia o en Inglaterra irían a sufrir menos privaciones que en las filas alemanas, sin la perspectiva de la muerte. (Sanín Cano, 1938, pág. 25)

En este punto de su relato, Sanín Cano introduce el problema sobre la vida y la muerte en la guerra apelando nuevamente a la observación de la corporalidad de los soldados, en este caso, de los prisioneros alemanes. Para Sanín Cano, la vida representa ese alivio de haber escapado de la muerte sin importar las consecuencias futuras, tales como la pérdida de la libertad a manos del enemigo y de las posibles vejaciones que éstos podrían infringirles en un campo de prisioneros de guerra. Parece que esta moral pensada por el periodista colombiano trataba de responder a otra pregunta: ¿Qué tenía más valor, sobrevivir a una guerra, a pesar de terminar preso por el bando enemigo, o morir bajo las condiciones más deplorables por defender a la nación? Es evidente que la postura humanista y antibelicista de Sanín Cano lo llevó a tomar partido sobre la primera de estas elecciones.

No obstante, el problema era mucho más complejo de lo que el propio Sanín Cano, observador externo del conflicto, pudo llegar a vislumbrar a pesar de todos sus años viviendo en el viejo mundo. En primer lugar, el hecho de subvalorar el impacto del nacionalismo en las conciencias de los europeos de comienzos del siglo XX. Desde un punto de vista contemporáneo, la tesis sostenida por Vincent (1991) de que “la guerra pertenece a la vida privada” (pág. 203) se conjuga con el concepto de una “ética del nacionalismo”, la cual nace a partir de la pérdida de los territorios de Alsacia y Lorena posteriores a la Guerra Franco-Prusiana de 1870 (es decir una ética alimentada por más de cuarenta años), y que se entiende como la unión entre una “ética de convicción” y una “ética de personalidad” que convencieron “a cada soldado de que la suerte de la guerra dependía de su valentía” (Vincent, 1991, pág. 206). En efecto, la movilización masiva de miles de hombres en el frente por alrededor de cuatro años de guerra sólo se pudo justificar a través

del nacionalismo exacerbado el cual había penetrado en la mentalidad de los soldados, lo que los llevó, incluso, a acciones perturbadoramente demenciales; un testimonio de un soldado alemán así lo relata:

De repente, puertas y ventanas se abren como arrancadas de sus goznes. Soldados, oficiales e incluso el general, se precipitaron a la calle y permanecieron petrificados. Una tropa de soldados dementes que bajaban de la iglesia y atravesaban el pueblo pasó junto a ellos como una visión infernal. Algunos sostenían en sus manos miembros despedazados y los balanceaban como porras, de suerte que jirones de carne volaban por los aires. El pánico les descubría las encías. El general les gritó algo; ríen salvajemente. Empujó a sus hombres contra ellos. “¡Detenedles! ¡Es espantoso! ¡Es espantoso!” Ninguno pudo ser capturado; ya habían rodado por la pendiente y desaparecido. Todas las pupilas se habían dilatado ante este espectáculo. Era como si la tierra se hubiera entreabierto súbitamente. “¿De dónde vienen esas gentes?” “De la batalla, excelencia”. (Testimonio citado por Vincent, 1991, pág. 206)

Empero, ya para los meses finales de la guerra el ánimo y la valentía de los soldados había mermado hasta el punto de convertirse en hastío y abatimiento hacia el conflicto. En pocas palabras, el sentimiento nacionalista de las tropas beligerantes fue apagándose a medida que el conflicto avanzaba, y, en cambio, un sentimiento por preservar la vida ante cualquier tipo de adversidad fue ganando aceptación al interior de los ejércitos. Esa era, al menos, la concepción elaborada por Sanín Cano. Este pensamiento se justificaría aún más con su visita al valle del Somme y un primer contacto con la desolación que dejaba la muerte en el campo de batalla:

Salimos de entre los dos fuegos a buscar nuestro automóvil. Andando en esa dirección, tropezamos con el cadáver fresco de un oficial neozelandés. Le habían quitado las botas. El soldado británico cree en el agujero de que, si le dejan mucho tiempo las botas puestas después de muerto, sufre dificultades en sus primeras andanzas en la otra vida. (Sanín Cano, 1938, pág. 29)

En este apartado de la narración, Sanín Cano vinculó el tema de la muerte con la cuestión de la superstición, no como una parte intrascendental de la historia, sino como un medidor del estado mismo de la civilización en tiempos de guerra. Para un intelectual consagrado a la ciencia

y a la filosofía modernas como él, el hecho de ver prácticas ligadas a la imaginería religiosa y a los agüeros fueron claras señales de que la civilización occidental atravesaba por un punto sin retorno. Y es comprensible dicho retorno a las creencias populares en tiempos de barbarie, puesto que, más adelante en su testimonio, Sanín Cano responsabilizaría al desarrollo armamentístico de las naciones modernas de la deshumanización de la civilización:

En la guerra el individuo tenía significado hace siglos. La pólvora fue el primer paso en la nivelación del valor y el eclipse del individuo. Los nuevos ingenios mortíferos que ejercen el estrago a veinte, treinta kilómetros, o desde el aire a alturas donde la visibilidad es nula para el ojo desnudo, han hecho desaparecer al individuo. Un solo aeroplano de combate sembraba el pánico en Londres en 1915. Hoy es menester reunir miles para atacar a ciudades indefensas, ya acostumbradas a ver la destrucción de vidas humanas por millares en una irrupción aérea. (Sanín Cano, 1938, pág. 34)

Fueron, por tanto, las invenciones tecnológicas y científicas de la modernidad las que provocaron la pérdida de la dignidad y el respeto hacia el ser humano; valores que intentaron ser rescatados por creencias tales como retirarle las botas a un soldado para que pueda caminar libremente en la otra vida. En pocas palabras, dentro de la concepción creada por Sanín Cano en relación con la guerra fueron las invenciones de la civilización moderna occidental, tanto ideológicas como tecnológicas, las responsables de su propia perdición.

Siguiendo con esta idea, Sanín Cano apela a la historia para comparar las circunstancias de la Gran Guerra con otras formas de violencia ocurridas en el pasado, intentando esbozar una trayectoria temporal que le permitiese al lector de sus “Memorias” comprender con mayor detalle el grado de degeneración que se había alcanzado en 1918:

En las guerras napoleónicas todavía existía el hombre, el individuo. En la guerra de 1914 el individuo fue reemplazado por el “team”, el grupo mecanizado y capaz de una conciencia de a docena. Las guerras del momento han destruido al individuo, y destruyendo la conciencia individual por medio de instrumentos y de planes de una magnitud planetaria han reemplazado toda la ciencia de la guerra en la capacidad destructora hasta proporciones superiores a cuanto imaginó la barbarie de los peores tiempos (...). Los cadáveres de catorce millones de hombres en la guerra de 1914

dan al traste con las teorías en que se complacieron hace veinte años los primeros ejecutores testamentarios de una época de cultura, desaparecida entre los sollozos de una generación villanamente sacrificada. (Sanín Cano, 1938, pág. 34)

¿Fueron para el periodista colombiano las guerras napoleónicas más “civilizadas” que la Gran Guerra? Incluso, ¿se puede pensar que la guerra puede llegar a ser “civilizada”? Para Sanín Cano la respuesta es afirmativa, pues apela a la noción de “ciencia de la guerra” que se entiende como la aplicación de todos los avances técnicos y tecnológicos de la ciencia moderna -el llamado progreso y desarrollo de la modernidad- al servicio de las tácticas militares y del despliegue uniforme de las tropas en el campo de batalla. Pensar en una “ciencia de la guerra” en suma, obliga a pensar en una guerra atada a los valores de la civilización, lo cual resulta particularmente paradójico teniendo en cuenta que a la guerra se le ha venido vinculando con su contraparte, la barbarie. Por otra parte, la mención que se hace a los millones de víctimas que cobró este conflicto nos remite a lo que el historiador George L. Mosse (2016) advierte como el “encuentro con la muerte de masas”, es decir, en ver “cómo los hombres hicieron frente a la guerra moderna [y] a la matanza masiva de seres humanos, ya sea por medios bélicos o a través del asesinato masivo sancionado por el Estado” (pág. 31). Y es que, hasta el estallido de la guerra en 1914, en Europa no se había vivido un fenómeno de mortandad bélica comparable, ya que, sumando todas las campañas de las guerras napoleónicas y de la Guerra Franco-Prusiana no se alcanzaba el millón de víctimas (Mosse, 2016, pág. 32).

Más allá de la especulación sobre este carácter “medianamente civilizado” de la guerra, Sanín Cano siguió firme en su concepción de que ella no era más que la representación de la destrucción, de la muerte y del deterioro progresivo de la civilización. Después de la batalla del Marne, en la cual, según el periodista colombiano, “perdieron los alemanes la guerra” (Sanín Cano, 1938, pág. 36), el grupo llegó a Epernay en donde pudieron alojarse en la casa abandonada de un rico comerciante de vinos. Posteriormente, los oficiales al mando del grupo decidieron que no era necesario avanzar más en el frente, pues los alemanes estaban en precipitado repliegue hacia su retaguardia. Por este motivo, retornaron hacia París en lo que representó una de las últimas experiencias de Sanín Cano en el frente de batalla:

Rodaba el auto por un camino sembrado de cadáveres insepultos de animales y tudescos. La batalla había azotado las plácidas riberas del Marne hacía tan solo cuatro

días. Los franceses habían recogido los cadáveres de sus compatriotas y los heridos de ambas partes. Los soldados alemanes muertos se descomponían al sol de agosto entre los caballos y los bueyes a quienes la patria francesa o alemana les debía el favor de su sacrificio. Bestias y hombres con los vientres inflados y las extremidades rígidas esperaban la acción del sol y de las leyes químicas para devolverle a la tierra lo que de ella habían tomado acaso como resultado de una penosa lucha. El aire estaba viciado a todo lo largo del camino, y los insectos dando vueltas alrededor de hombres y animales traían a la memoria el poema refinado y perverso, extrañamente hermoso, compuesto por Baudelaire en recuerdo de una “Carroña”. (Sanín Cano, 1938, pág. 38)

La cuestión de la deshumanización en la guerra vuelve a tomar un lugar central y definitivo en el testimonio de Sanín Cano. Los soldados alemanes muertos, condenados a la descomposición de sus cuerpos a la intemperie, es una referencia implícita a la barbarie vivida durante la guerra; de hecho, “los soldados utilizaban cuerpos sin enterrar como emplazamiento para sus armas y como señalización para no extraviarse en el laberinto de las trincheras” (Mosse, 2016, pág. 34). La pérdida del valor que se le empezó a dar a la vida individual en aquel entonces estuvo estrechamente ligada, en primer lugar, al olvido y no reconocimiento de su nación, es decir, al hecho de que su propio bando abandonaba a sus caídos; en segundo lugar, porque no fueron enterrados bajo las prácticas religiosas, lo que significó que también fueron olvidados por sus credos. De ahí, el símil muy sutil que emplea Sanín Cano con los caballos y bueyes que también yacían descompuestos en el campo de batalla. Para él, la crisis en la civilización era tan grande que ya no había diferencias entre individuos y animales; ambos fueron sacrificados, abandonados y olvidados por las patrias a las que sirvieron y dieron sus vidas, y ambos comparten un único destino: ser devueltos a la tierra por la acción de las “leyes químicas”. Para Sanín Cano, el contrapunto entre civilización y barbarie encuentra su final en la naturaleza, en aquella realidad inmanente que la acción de la humanidad no ha descubierto, conquistado ni transformado en su totalidad. No obstante, cabe mencionar que al rescate de estos soldados anónimos caídos en combate llegaron posteriormente los mitos de experiencia de guerra de los supervivientes, los cuales contribuyeron a “honrar y enterrar a los muertos [a través del] simbolismo que debían proyectar los monumentos bélicos” (Mosse, 2016, pág. 38), los cuales empezaron a configurar una memoria que buscaba desagraviar a las naciones beligerantes y a la misma religión católica.

La última anécdota narrada por Sanín Cano en sus “Memorias” ocurrió a su llegada a París. Junto con Maeztu fueron alojados en el Hotel Crillon, el cual servía como albergue para los oficiales de los ejércitos aliados. Cuando todo parecía indicar que los horrores de la guerra, presenciados a cientos de kilómetros de la capital, habían sido dejados atrás, y que tanto Sanín Cano como Maeztu tendrían una llegada apacible, ocurrió un hecho trágico:

La noche de nuestra llegada ocurrió un horripilante suceso en la parte baja de este hotel, donde había una especie de cabaret elegante para el servicio de los militares. Tomaban allí refrescos por la noche dos oficiales franceses en compañía de dos mujeres de su conocimiento, con quienes habían llegado al restaurante. Dos oficiales del cuerpo expedicionario saxoamericano de quienes se dijo que al llegar al restaurante habían tomado más de lo necesario, se acercaron a las mujeres y pretendieron en vano empeñar conversación con ellas. No las conocían, no tenían relaciones ningunas con sus acompañantes. Uno de los oficiales extranjeros acarició descaradamente a una de las mujeres. Su acompañante, alzándose, le dio un bofetón al osado y descomedido oficial, quien, con la mayor impavidez, sacó su pistola, disparó sobre el francés y le dejó muerto en el sitio. El otro oficial francés que había contemplado en silencio la desconcertante escena, sin levantarse, hizo fuego sobre el asesino, que se desplomó sin vida. El otro oficial extranjero tomó el portante sin decir palabra. (Sanín Cano, 1938, págs. 39-40)

Este episodio no dejó dudas en Sanín Cano de que la violencia y la barbarie se había instalado en el seno de la civilización; que la deshumanización de la sociedad no sólo se daba en el frente entre enemigos, sino que también en las capitales de las grandes potencias y entre bandos aliados. ¿Cómo pudo calar tan hondo la barbarie dentro de la civilización? Según la visión contemporánea de Vincent (1991) en torno a la naturaleza de la violencia en la guerra, “la muerte recibida transforma a un hombre en cadáver; [en cambio] la muerte infligida transforma a un hombre en otro hombre” (pág. 204). De igual forma, “la continuación de las actitudes propias del periodo bélico en la paz se [tradujo] en una cierta brutalización de la política, [es decir], en una acentuada indiferencia por la vida humana” (Mosse, 2016, pág. 206). Es decir, que todo acto violento perpetrado por un individuo contra su semejante plantea un cambio constante que concluye en la pérdida del ser original, tanto en la víctima como en el victimario; en suma,



nuevamente se asiste al espectáculo trágico de la deshumanización del individuo, esta vez por medio de la destrucción física del otro.

Pero no solo el fenómeno de la destrucción de otro o del asesinato a sangre fría era lo que perturbaba a Sanín Cano y a su colega Maeztu; también lo fue la “normalización” de estos actos por parte de los ciudadanos. Siguiendo con los hechos del hotel, uno de los camareros les manifestaba que “casos parecidos ocurren día por día, [pues] por el Sena bajan en las horas de la mañana cadáveres de soldados saxoamericanos en licencia, ultimados de noche en las francachelas de los barrios exteriores” (Sanín Cano, 1938, pág. 40). La reacción a esta cotidianidad en donde la muerte trágica, producto de la intolerancia y la irracionalidad, se vivía con normalidad y cierto grado de resignación, terminó por convencer a Sanín Cano de que la civilización occidental, cuyo faro había sido Europa durante tantos siglos, y a la cual le había consagrado toda su vida intelectual, estaba en irrefrenable decadencia. Su última reflexión, de nuevo nostálgica y sombría, así lo dejaba en claro:

El espectáculo diario de la matanza durante cuatro años había disminuido considerablemente en la conciencia del militar el significado de la vida humana. El asesinato colectivo como fenómeno de diaria observación le quitaba al asesinato individual su aspecto repugnante de barbarie y de inhumanidad. En otras guerras el contacto con el enemigo, el divisarlo mientras avanzaba con sus armas de corto alcance, le daba al espectáculo de la guerra caracteres de nobleza y a veces de generosidades. El valor obraba como ejemplo entre los amigos y como virtud digna de admiración entre los adversarios. En nuestros días el temor a la muerte, al asesinato perpetrado en la oscuridad y a sangre fría por agentes oscuros o por los mismos directores de movimientos políticos, han hecho posible la disminución del sentido humano de los hechos, hasta llegar al estado totalitario. (Sanín Cano, 1938, pág. 40)

### *2.5 Una reflexión posterior a la guerra: la barbarie perpetua europea*

Luego de su periplo por el frente y el final de la guerra ocurrido en noviembre de ese mismo año, Sanín Cano retornó a Londres. Se reencontró con su esposa, con sus colegas y con su oficio de redactor para el diario *La Nación*, en el cual siguió escribiendo ininterrumpidamente hasta el

año 1931. Se topó, por otra parte, con los viejos oficios pedagógicos dejados en el pasado, dado que, como se mencionó en líneas anteriores, fue nombrado catedrático de literatura española en la Universidad de Edimburgo en 1919, y, un año más tarde, profesor adscrito a la cátedra de lengua española en la Universidad de Cambridge (Rubiano & Londoño, 2013). La normalidad arribó, nuevamente, en la vida del periodista colombiano.

Sin embargo, lo visto en su itinerario como corresponsal de guerra no pudo ser olvidado fácilmente. Para un hombre ya veterano como él -contaba con 57 años cuando visitó el frente-, la comparación de la Europa brillante y civilizada que vislumbraba anhelante en su juventud, y a la cual había llegado en 1909, con la Europa sumida en la barbarie y el caos de la posguerra se hizo inevitable y necesaria. Se iba a convertir en una expresión de su madurez intelectual y periodística.

Inusitadamente, esta reflexión en torno al viejo mundo no se publicó en ninguna editorial. Tampoco fue incluida en ninguno de los 55 artículos escritos para *La Nación* ni en otro diario o revista de la época. Se trata de un manuscrito, sin fecha exacta, que calculamos fue escrito entre el año en el que fue corresponsal de guerra (1918), y la publicación de las “Memorias de los otros” (1938). Bajo el título de “Entre dos años y dos épocas”, Sanín Cano cuestionó los comportamientos y las actitudes de los europeos después de cuatro años de conflicto y millones de vidas humanas perdidas. Considera que “vive el mundo entre dos conceptos de la vida. Una manera de comprender las relaciones entre los hombres [y] los de estos con el estado y de las naciones” (Sanín Cano, pág. 60). Respecto a la primera concepción de la vida, la que trata sobre las relaciones entre individuos, el periodista colombiano expone que no son auténticas y que niegan u ocultan la realidad en la cual están inmersos. Para demostrar ello, se vale de un recuerdo propio cuando, por un “deseo de esparcimiento intelectual”, llegó “a uno de los teatros de la capital, donde una compañía de cómicos ambulantes divertía a la población con habilidosas representaciones de piezas antiguas y modernas” (Sanín Cano, s.f., pág. 60). A lo largo de los tres actos que duró la obra, el periodista colombiano notó que el júbilo y la emoción de los espectadores iba en aumento, hasta que “la pieza terminó en un concierto de aplausos vibrantes sin duda merecidos” (Sanín Cano, s.f., pág. 62). Sin embargo, para él:

Las risas y aplausos del tercer acto le resultaban tan faltos de consistencia con su propio estado del alma que la alegría ajena en vez de comunicársele empezaba a provocar la evocación contraria. Le parecía una exageración, una falta de tono con el

medio manifestar esa alegría cordial tan ruidosamente, con tanta franqueza y desenfado, cuando los acontecimientos de la escena no justificaban para él tan resonante alborozo. (Sanín Cano s.f., págs. 62-63)

Y concluye este episodio con una conclusión categórica:

El recuerdo de ese contraste me ha quedado incrustado en el cerebro al través de los años. Me ha servido a veces para convencerme de cómo son superficiales y a menudo inmotivadas en esta esfera sublunar los estados de alegría y los lapsos de tristeza. En estos años tal recuerdo ha vuelto a imponerse no sin dar lugar a consideraciones para mí de la mayor trascendencia. (Sanín Cano, s.f., pág. 63)

La evocación de este recuerdo no es casual. Tampoco es un capricho del escritor, ni mucho menos constituye una apología a la amargura de un espectador que no tolera el regocijo ajeno. Sanín Cano evoca este recuerdo desde la perspectiva de un hombre que presenció la destrucción humana y material de la Europa civilizada, y que no puede concebir cómo las actitudes, los comportamientos y, en general, las concepciones del mundo de los europeos demuestren una felicidad y un júbilo superfluos y forzados, como intentando ocultar con una diversión fatua cuatro años de penurias. Para él, esa demostración de frivolidad resultaba perjudicial para la sociedad:

Mi equívoco destino me hizo asistir en Europa a la triste vida civil de las gentes en los oscuros e interminables años de la guerra mundial y a las tremendas, fantásticas y salvajes escenas de la carnicería en los frentes militares. No leía sino diarios y periódicos relativos a las operaciones de la guerra y tal cual libros en que se trataban los temas bélicos más seriamente y con mayor extensión. Terminada la guerra tuve la ingenua persuasión de que íbamos a vivir en un mundo nuevo habitado por una humanidad moralizada, más severa en sus gustos y más codiciosa que de los goces materiales de los bienes y placeres del espíritu. La ilusión duró algunos meses. (Sanín Cano, s.f., págs. 63-65)

Esta cuestión en torno a la no autenticidad en las actitudes hacia la vida de los europeos sobrevivientes a la guerra introduce una preocupación latente en el pensamiento de Sanín Cano: el problema de la moral. Para él, la delgada línea que separa los juicios buenos de los malos y que,

por otra parte, determina los límites entre las virtudes y los defectos, resultaron ser serios puntos de inflexión para legitimar su concepción de que la civilización europea occidental había tocado fondo. No solo por el hecho de que durante cuatro años se habían atacado y destruido sus naciones entre sí, sino porque también sus ciudadanos se habían entregado luego a la codicia material, a los gustos más banales y a los placeres más mundanos que pululaban durante la década de los “locos” años veinte. De cierta manera, Sanín Cano creía que después de tanta violencia y odio irracional, los europeos tendrían la oportunidad de convertirse en mejores ciudadanos, en verdaderos individuos civilizados y modernos. Sin embargo, el desencanto de ver esa otra barbarie, la de los lujos y placeres, provocó en el periodista colombiano un dejo de decepción.

Seguida a esta reflexión en torno a la moralidad corrupta de la Europa en la posguerra, Sanín Cano consideraba a la Gran Guerra como el punto de inflexión de un siglo XX que parecía brillante y prometedor para la civilización occidental, pero que desvió su rumbo hacia el camino de la barbarie y de la violencia. Un indicio sobre esta cuestión está en las cuantiosas pérdidas humanas, sobre todo de jóvenes destinados a convertirse en los herederos y próximos edificadores de la modernidad europea. Transformados prematuramente durante su adolescencia en soldados que fueron a combatir y a morir en el frente, su ausencia en las aulas, según el periodista colombiano, resultó ser otro duro golpe en contra de la civilización:

En 1921 la Europa civilizada ya no era un mundo de risueñas esperanzas sino el campamento de odios ancestrales de codicias pequeñas, de confusión y amenazas. La guerra de 1914 puso entre dos siglos un hiato que parece insalvable. La generación que entre ese año y el de 1919 había debido asistir a los liceos y universidades, traslado su vida a las trincheras en Flandes, en Picardía, en Champagne; a la superficie de las aguas en barcas amenazantes y amenazadas a su turno por la más temida y la más bárbara de las invenciones llevadas a cabo por el genio destructor del hombre. El lapso de barbarie creó un estado de alma contradictorio en los hombres que no supieron lo que era la vida antes de 1914. (Sanín Cano, s.f., págs. 65-66)

La cuestión en torno a la educación, así como lo fue también la moral, se convirtió en un lugar de enunciación desde donde Sanín Cano acusó la barbarie europea; la última frase de la cita lo revelaba. Para el periodista colombiano la concepción de *vida* estaba ligada no a los placeres

que dan las actividades superfluas, sino a las virtudes que se obtienen a través de una vida consagrada al estudio, a la vida académica. De manera implícita, deja entrever que las generaciones sobrevivientes a la Gran Guerra -jóvenes nacidos a fines de siglo XIX y comienzos del XX- estaban en un estado de perpetuo conflicto entre una actitud hacia la vida previa a 1914, donde la base del progreso y de la civilización se encontraba consagrada al estudio de las ciencias, de las artes, de la literatura y la filosofía, y otra concepción de la vida posterior a ese año, en donde las aulas fueron reemplazadas por las trincheras, las ametralladoras y los barcos de guerra y en la que, por tanto, primó la violencia y la destrucción de todos los valores que el humanismo había cosechado previamente:

En nuestros días los hombres que vivieron la guerra y conocieron las formas sociales, las libertades civiles, la tolerancia de que se gozaba en Inglaterra antes de 1914, pueden afirmar serenamente que quienes no vivieron en aquella isla antes del año terrible no conocieron el goce que emana de la tolerancia y de la libertad en los desarrollos de la vida civil. (Sanín Cano s.f., pág. 67)

Fue tan insólito el impacto de estas dos realidades entre estas generaciones que incluso las concepciones hacia la tolerancia y la libertad cambiaron profundamente. Este pensamiento lo podemos rastrear en otro artículo titulado “Lo que todavía puede perderse”, publicado en 1940 en el marco del otro gran conflicto global del siglo XX -la Segunda Guerra Mundial-, en donde Sanín Cano rememora las actitudes de los civiles en torno a la vivencia de la libertad de pensamiento y la forma de concebir lo militar como forma de represión hacia dicho derecho:

Antes de 1914 en ninguna parte de Europa se experimentaba como en Londres la sensación plena y absoluta de libertad. La vida era un placer de que se gozaba conscientemente, saboreando el pensamiento de vivir entre gentes libres que no limitaban con sus acciones la libertad de los demás. Viajando el autor de estas líneas de Londres a París por vez primera en la canícula de 1909, pudo captar la diferencia que había entre Inglaterra y Francia en el radio de la libertad individual. Los pasajeros del compartimiento del vagón ferroviario gozaban de una discreta familiaridad, cuando a la altura de Abbeville entró un coronel del ejército a hacernos compañía el resto del viaje. La sola presencia del soldado les impuso a los franceses ocupantes una sensación de respeto que partía límites con la desolación y el temor. Nadie volvió

a sentirse a sus anchas porque había un uniforme que simbolizaba la prepotencia y la desigualdad. En Inglaterra el soldado era un objeto de curiosidad. Se le veía por rareza, y en los domingos en los lugares de recreo suscitaba una sonrisa de los paseantes con los colores vistosos de su uniforme y con los trajes festivos de las mucamas en receso. (Sanín Cano, 1940, págs. 166-167)

La introducción de lo militar en la reflexión sobre el estado de la civilización posterior a la Gran Guerra tampoco es casual. Recuerda un poco la juventud de Sanín Cano en Antioquia cuando, obligado por las guerras civiles entre liberales y conservadores, tenía que interrumpir sus estudios y enlistarse en las tropas de su partido para perseguir guerrilleros. Por otro lado, evocaba indirectamente cómo, también por el estallido de las revoluciones de final de siglo, presencié el cierre arbitrario de escuelas y colegios. En suma, resultó ser una concepción recurrente en el pensamiento del periodista colombiano el relacionar toda institución castrense -regular o irregular- con la barbarie y la crisis de la civilización, en donde se renunciaba a la educación para servir beligerantemente a alguna causa política o nacional. Retomando el artículo ya mencionado, vislumbró la incomodidad que generaba, antes de 1914, la presencia del uniforme militar en un ambiente de sosiego y cordialidad, y que, luego de esta fecha, se impuso con tal vehemencia que marcó una época de restricciones a las libertades civiles:

1914 señaló el predominio absoluto del soldado sobre las gentes civiles. Desde entonces en Europa, en Asia, en América la suerte de muchas naciones corre en manos de los organismos militares. Polonia, Grecia, Italia, España, Yugoslavia, Alemania, México o varias veces Chile, Argentina, Perú, Brasil, el Ecuador, Bolivia, Uruguay, Paraguay cambian, o cambiaron, de gobierno según el querer de los soldados. (Sanín Cano, s.f., págs. 69-70)

La época del militarismo en los estados resultó ser, para Sanín Cano, un atentado contra la democracia. Declarado como liberal confeso<sup>3</sup>, el periodista colombiano consideraba que la presencia de los gobiernos militares limitaba el curso de la acción política civil, coartando derechos tales como el sufragio, la libertad de opinión y de filiación política. Veía con sospecha cómo los

---

<sup>3</sup> En entrevista a Cabarico Briceño en 1946 declaró que “mis estudios me llevaron a la conclusión de que éste debía ser el rumbo de todo hombre libre”. Ver, (Cabarico Briceño, 1946).

militares habían logrado el poder en muchas naciones del mundo, incluyendo a algunos países latinoamericanos, en donde se imponía el orden a través de la represión hacia los civiles. Ésta denuncia la enmarca en el caso particular español, en donde los sucesivos golpes militares dados por Miguel Primo de Rivera en 1923, y luego por Francisco Franco en 1936, daban la sensación de que el totalitarismo se convertiría paulatinamente en la forma hegemónica de gobierno, no sólo de la península, sino también de toda Europa: “Parece el final de una farsa trágica coronada por el terrible enigma de España, donde el motín de los generales contra el gobierno del pueblo, hace crujir la frágil estructura de algunos gobiernos europeos” (Sanín Cano, s.f., pág. 70).

En resumen, el manuscrito titulado “Entre dos años y dos épocas” se convirtió en una dura crítica hacia el estado de la civilización europea, ya no desde el frente de batalla como lo representó en las “Memorias de los otros”, sino desde la perspectiva triunfalista de una sociedad que se había transformado profundamente, pasando de un pasado civilista y moderno -anterior a 1914-, a un presente militarista y totalitario -posterior a 1914-. Para Sanín Cano, la barbarie no había terminado con la “paz fatal de 1918” como la solía llamar; la barbarie había continuado a través de las actitudes superfluas de la gente, del conflicto latente entre una generación que no se educó en las ciencias, en las artes y en la literatura, sino que se educó en las trincheras, en asesinar y exterminar al enemigo, y de una sociedad que en ese momento se organizaba en torno a las instituciones y gobiernos militares. Su última reflexión es contundente al respecto:

Revive en mi memoria la representación de aquella farsa cuyos principios me fueron desconocidos. Hemos perdido o visto hipócrita o francamente, mutiladas un sin número de libertades. La locomoción, el derecho de reunión, la industria, los cambios, el comercio, la prensa están penosamente restringidas, o brutalmente abolidos en gran número de estados. Los que vimos el principio halagador del drama y asistimos a su conclusión desoladora estamos atónitos frente a la juventud que en todas partes avanza ufana, sonriente, como si ignorara el peligro que la cerca por todas partes. Los actos finales del drama han creado ya un estado de espíritu en los espectadores que no conocieron al principio y el epílogo se precipita amenazante (...) entre la sonrisa de los que se creen superiores al momento y la indiferencia de los que han olvidado las terribles lecciones del destino. (Sanín Cano, s.f., págs. 70-71)

En conclusión, el estado de desilusión y desencanto de Sanín Cano hacia la Europa civilizada fue absoluto. No había nada para rescatar. Ni la concepción hacia la vida y la conciencia moral de sus habitantes, ni tampoco el rescate nostálgico e idílico de un pasado civilizado anterior a 1914, ni mucho menos con el advenimiento de los gobiernos militaristas y su completa legitimación por parte de la ciudadanía. Ni siquiera la aparición de monumentos bélicos y el rescate del soldado caído. El estado de barbarie era perpetuo y el periodista colombiano era consciente de que “la paz fatal de 1918” era tan sólo el preludio de una crisis que se iría gestando por veinte años, hasta su concreción, en 1939 con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuáles fueron los hechos que pasaron durante este tiempo, y qué repercusiones provocaron sobre una sociedad sumida en la barbarie? Y aún más importante: ¿Por qué decidió Sanín Cano escribir y denunciar todas sus experiencias y reflexiones en torno a la guerra de 1914 a vísperas de la guerra de 1939?



### CAPÍTULO 3: ¿POR QUÉ RECORDAR 1918 EN 1938?

En los veinte años transcurridos entre la visita al frente occidental de la Gran Guerra y la publicación de las “Memorias de los otros”, sobrevinieron una cadena de acontecimientos que hicieron madurar el pensamiento de Sanín Cano, quien empezó a perfilar una versión intelectual de sí mismo más encaminada a la escritura memorialista y reflexiva. Siendo una persona ya mayor por entonces -contaba con 77 años de edad- echó mano de sus recuerdos y experiencias propias para razonar sobre un nuevo peligro que amenazaba nuevamente a la civilización occidental: una “segunda” guerra mundial.

Durante el transcurso de esos veinte años que separaron su visita al frente occidental (1918) y la publicación de sus “Memorias” (1938), Baldomero Sanín Cano vivió en tres países diferentes: en España, en Argentina y en Colombia. Lo anterior le permitió presenciar eventos históricos que transformaron el panorama político europeo y latinoamericano de los años veinte y treinta, tales como la firma del Tratado de Versalles en 1918, la marcha de los fascistas sobre Roma en 1922, el golpe militar en España de 1923, la crisis económica de 1929, el golpe de estado de 1930 en Argentina, y la consolidación del Olimpo Liberal en Colombia. La conjugación de todo lo vivido a lo largo de esos años, le permitieron crear un juicio más claro, agudo y suspicaz en relación con los grandes acontecimientos globales anteriormente mencionados, los cuales se señalan explícitamente en la segunda parte de sus “Memorias” y en el texto “Entre dos años y dos épocas”.

#### *3.1 Los contextos de enunciación: Madrid, Buenos Aires, Bogotá*

Nombrado como jefe de las oficinas del diario *La Nación* en la capital española en el año 1922, Baldomero Sanín Cano llegó a un país que no había sufrido directamente las consecuencias destructivas de la Gran Guerra, puesto que su negativa de alinearse a favor o en contra de los bandos beligerantes le permitió conservar buena parte de su población masculina y el sostenimiento de las actividades agrarias e industriales de la nación. La mala experiencia sufrida en la Guerra Hispano Americana de 1898, cuya derrota la despojó de sus últimas colonias de ultramar, hizo que el gobierno español, bajo el mando del Rey Alfonso XIII, se abstuviera de participar en un conflicto global, pues se arriesgaba a perder la poca popularidad con la que aún gozaba por parte de la sociedad civil (Recio García, 2018) (González Calleja, 2005). En su lugar, durante el transcurso de la Primera Guerra Mundial, se realzó “el papel de la industria,

intensificando la emigración a las ciudades, acrecentando las aspiraciones políticas de las clases medias (...), y fomentando la causa del nacionalismo económico como procedimiento idóneo para salvaguardar los intereses sectoriales de una economía en transición” (González Calleja, 2005, pág. 22).

No obstante, esta realidad iba a dar un giro inesperado a partir del golpe de Estado dado por el general Miguel Primo de Rivera en septiembre de 1923. Después de la Gran Guerra, muchos gobiernos europeos empezaron a cuestionarse el papel de los sistemas parlamentarios implementados por los estados liberales (Recio García, 2018); España no fue la excepción, ya que en el seno de su aristocracia militar se pensaba que el Estado monárquico-parlamentario estaba en plena decadencia, no sólo por la pérdida de sus últimas colonias y su rezago tecnológico e industrial con respecto a otras naciones europeas, sino por la imposibilidad de tener un ejército capaz de defender la soberanía de su propio territorio. Por tales motivos, el nuevo gobierno se propuso conducir los hilos de la nación sustituyendo “el sistema político liberal-parlamentario vigente hasta entonces por una dictadura militar de corte personalista (...) destinado a regenerar las instituciones de la monarquía liberal” (González Martínez, 2000, pág. 338).

A partir del año 1923, todo el territorio español experimentó una militarización del Estado y de la sociedad que no sólo se materializó a través de la represión estatal y de las uniones cívicas, sino también por medio de las comandancias locales que intervenían directamente en las actividades cotidianas. Todo el proceso de disciplinamiento colectivo y militarización de la vida diaria permitió la creación de la Unión Patriótica en 1924. Considerado como el partido político del oficialismo y como una “asociación de hombres de buena fe” (González Martínez, 2000, pág. 364), ya que fue avalado por el Rey y por el ejército, la UP se encargó de difundir todas las actividades propagandísticas del régimen a través del control de setenta periódicos oficiales que circulaban en todo el país, llegando a divulgar ampliamente “la imagen del dictador, la ideología del régimen, la difusión del apoliticismo y del anticomunismo como bandera” (González Martínez, 2000, pág. 364). En este punto, la actividad periodística se vio atravesada por una fuerte censura, causada por la presencia de la Unión Patriótica la cual controlaba un amplio porcentaje de los diarios informativos del país. Lo anterior suscitó un problema, ya que una gran mayoría de los intelectuales españoles preferían divulgar sus ideas a través de la prensa que en los libros. Debido a esto, muchos de ellos se mostraron tolerantes frente al levantamiento militar de Primo de Rivera,

aunque la tendencia se fue revirtiendo conforme pasaba el tiempo y la sociedad se volvía peligrosamente militarizada. El primero en pronunciarse abiertamente contra el régimen fue el escritor español Miguel de Unamuno quien escribió en el semanario *Nosotros* una carta incendiaria en contra del Directorio, lo que le costó, primero la suspensión de su salario como catedrático, luego su despido como vicerrector y decano en la Universidad de Salamanca y, finalmente, el destierro a Fuerteventura en Islas Canarias, para luego pasar al exilio en Francia (González Calleja, 2005).

En la España de la Dictadura, Sanín Cano tuvo la posibilidad de conocer a varios intelectuales que gozaban de cierto reconocimiento local; se relacionó con José Ortega y Gasset, Valle Inclán, Díez Canedo, Julio Camba, entre otros. El escritor colombiano consideraba por entonces que el país sentía “los amagos de una gran transformación social, estimulada por la obra de sociólogos y literatos” (Citado por Rubiano Muñoz, 2013). Estando en Madrid tuvo la posibilidad de relacionarse con uno de los defensores de Unamuno, el escritor Juan Araquistáin, quien en una noche lo invitó a una tertulia dirigida por Ramón Gómez de la Serna. Recordaba Sanín Cano que la “noche para la gente de actividades y aficiones literarias [comenzaba] en Madrid a las doce” (Sanín Cano, 1949, pág. 188), y que, por tanto, era frecuente que los escritores españoles encontrasen en los cafés de la ciudad sus principales lugares de expresión (González Calleja, 2005). Por otro lado, Sanín Cano tuvo contacto con otros dos intelectuales españoles; con Salvador de Madariaga quien, como vimos en el capítulo anterior, fue el que lo motivó a cubrir el avance aliado al final de la guerra en 1918. El otro fue el ya mencionado Ramiro de Maeztu, su compañero de viaje en el frente, a quien Sanín Cano ya conocía desde su estancia en Londres. Por tanto, el periodista colombiano compartió por igual tanto con los intelectuales antidictadura (Araquistáin, Maradiaga, Gómez de la Serna) como con los intelectuales afines al gobierno primorriverista, en este caso Maeztu quien defendió el “carácter provisional y regeneracionista” del régimen autoritario de Primo de Rivera (González Calleja, 2005, pág. 302).

En cuanto a la postura que mostró Sanín Cano frente a la Dictadura durante su estancia en España, no se halla ningún artículo suyo publicado en *La Nación* que comente u opine sobre las transformaciones políticas y sociales que atravesó el país en los años posteriores al golpe. Es de suponer que, ante la censura que afrontaba la prensa de la época, Sanín Cano, como director de la oficina madrileña del diario argentino, se abstuvo de opinar a favor o en contra del gobierno. De

hecho, en el periodo 1922-1924 sólo se encuentran críticas literarias, anécdotas personales vinculadas a sus redes y contactos intelectuales y alguna que otra reflexión en torno al estado de la civilización después de la Gran Guerra (Rubiano Muñoz, 2013). No obstante, se puede rastrear los orígenes de su crítica a la militarización de la sociedad en estos años recordando lo escrito por él en el ya citado manuscrito “Entre dos años y dos épocas”. Para Sanín Cano, una de las grandes tragedias que había provocado la Gran Guerra fue la paulatina militarización de la sociedad civil: “1914 señaló el predominio absoluto del soldado sobre las gentes civiles” y que, desde entonces, “en Europa, en Asia, en América la suerte de muchas naciones corre en manos de los organismos militares” (Sanín Cano, s.f., pág. 69). No es de extrañar que, seguida a esta reflexión, el escritor colombiano haya mencionado a España como una de las víctimas del militarismo de los Estados europeos a lo largo de la década del veinte. Por lo tanto, si bien no hubo una declaración pública de la posición de Sanín Cano frente a la Dictadura de Primo de Rivera, si se puede afirmar que su postura fue decididamente contraria al régimen, pero no en contra de las personalidades del general ni de la del Rey, sino como una manifestación más de que la democracia y la libertad individual siguieron corriendo los mismos peligros.

En el año 1925, Baldomero Sanín Cano dejó la dirección de la sucursal madrileña para radicarse en la Argentina y continuar con su labor periodística en *La Nación*. Respecto a este momento particular de su vida escribió: “En Argentina tuve la impresión de hallarme en mi propia tierra y el halago de respirar un ambiente inquieto, cosmopolita, [en] donde se desconocía el vocablo “extranjero” (Citado por Rubiano Muñoz, 2013, pág. 102). Claramente la llegada a un país en donde podía ejercer su profesión sin ningún tipo de censura política y del que, además, guardaba cierta estrecha relación histórica y cultural con Colombia, lo regocijó un poco y le permitió desempeñar su oficio con mayor libertad. La cuestión del cosmopolitismo de la ciudad, por otra parte, también lo cautivó, pues afirmó que “en Buenos Aires es más fácil moverse en todos los rumbos del planeta, a causa de la cantidad de barcos que salen del puerto diariamente y de la organización que las varias compañías interesadas le han dado a ese servicio” (Sanín Cano, 1949, pág. 207).

Por otra parte, Sanín Cano siguió enalteciendo la misión de *La Nación*, describiéndolo como una “fortaleza intelectual que acogía el pensamiento y el arte del mundo entero [animando] con su hospitalidad la conciencia latinoamericana” (Citado por Rubiano Muñoz, 2013, pág. 102).

Ese carácter universal del diario argentino le permitió expandir aún más su red intelectual, pues tuvo la posibilidad de conocer al escritor Alberto Gerchunoff (1883-1950) a quien se refirió como un “hombre de pensamiento propio y de carácter firme (...) poseedor de una curiosidad universal enfrenada solo por el buen gusto” (Sanín Cano, 1949, pág. 189). De igual manera, conoció al escritor Enrique Larreta (1875-1961), colaborador al igual que él en *La Nación*, y que lo distinguió como un hombre “muy rico, generoso, en ocasiones derrochador [con] numerosos y desinteresados admiradores” (Sanín Cano, 1949, pág. 201), pues tuvo la oportunidad de conocer su residencia en Buenos Aires y su casa de campo al sur de la provincia, la cual “fue edificada para servir de asilo al gusto refinado y al intermitente hastío de una sensibilidad y una inteligencia exquisitas” (Sanín Cano, 1949, pág. 197).

Por otra parte, su relación con otros escritores y editores tales como Leopoldo Lugones, Samuel Glusberg, Antonio Aita y Roberto Giusti, le permitió gozar de cierto prestigio y reconocimiento una vez se estableció en Buenos Aires. También la publicación de sus primeros dos libros titulados *La civilización manual y otros ensayos e Indagaciones e imágenes* lo pusieron en el centro de la escena intelectual bonaerense. Todo lo anterior se pudo evidenciar en una columna que le dedicó la revista *Nosotros* en el número 189 del año 1925:

La presencia en Buenos Aires de tan alto espíritu y la acción que aquí podrá desplegar como publicista, han de redundar sin duda en beneficio de nuestra cultura. Porque Sanín Cano se encuentra entre los escritores de América más vigorosos, más sólidos, más modernos y más independientes. Él es del linaje espiritual de Montalvo, Martí y Rodó. Hombre de edad madura vinculados desde varios decenios atrás al movimiento literario americano, hombre que hizo sus primeras armas en la patria, Colombia, con José Asunción Silva, Guillermo Valencia y otros literatos ilustres, nos da hoy todavía severas lecciones de clarividente juventud en el juicio de juzgar a los hombres y acontecimientos a la hora presente. (Citado por Rubiano Muñoz, 2013, pág. 102)

Todas las reuniones, visitas, tertulias y homenajes en los que participó Sanín Cano a lo largo de su estancia en Buenos Aires le permitieron familiarizarse con la intelectualidad argentina, hasta el punto de ser integrado como “uno más” dentro de ese mundo. Fue tal esa aceptación y el reconocimiento obtenido que fue nombrado como miembro de la Comisión Internacional para la Cooperación Intelectual, adscrita a la Sociedad de Naciones, en 1931. Posteriormente, el gobierno

de su país lo nombró ministro plenipotenciario de Colombia en Argentina en el año 1933. Bajo esos menesteres vivió por espacio de once años, en donde pudo presenciar cómo “la ciudad cambió notablemente de aspecto, de fisonomía moral, de gobiernos y de preocupaciones morales” (Sanín Cano, 1949, pág. 189).

En cuanto a la vida intelectual en Argentina, ésta estuvo atravesada por la lucha ideológica entre intelectuales socialistas y partidarios del fascismo, provocando un quiebre en la opinión pública del país. En el año 1930, momento en el que ocurre el golpe militar de José Félix Uriburu al presidente radical Hipólito Yrigoyen, se creó la *Revista Socialista* bajo la dirección de Rómulo Bogliolo, representante de la corriente más progresista y democrática del socialismo fundado años atrás por Juan Bautista Justo (1865-1928). En honor a este último se fundó en 1933 la Escuela de Estudios Sociales mientras que, a la par, otra obra editorial de divulgación titulada *Pequeño Libro Socialista* publicaba mensualmente textos de intelectuales nacionales e internacionales (Portantiero, 2002). En dichas publicaciones, estos socialistas argentinos disertaban sobre el problema del poder y de las relaciones entre el capital y los individuos, pero desde una perspectiva “democrática y evolutiva”, es decir, buscaban que “las formas liberales del capitalismo fueran estructuralmente reemplazadas por una fase de capitalismo organizado y de economía dirigida” (Portantiero, 2002, pág. 235).

En la vereda opuesta, la nueva derecha argentina se organizaba en torno a los idearios de la experiencia fascista en Europa. Así como pasó con los socialistas, los partidarios del fascismo también fueron críticos frente a los diversos impactos económicos que ocurrieron a lo largo de la década entre el final de la Gran Guerra y la crisis financiera del 29 (Halperín Donghi, 2003) (Portantiero, 2002). Sin embargo, a diferencia de la postura reformista-moderada de los socialistas, los fascistas proponían una transición política y económica más radical, abandonando todo tipo de vínculo con un sistema capitalista y liberal considerado decadente y obsoleto. Para ellos, el liberalismo económico fue la causa de una exacerbada competencia interna entre naciones, las cuales se preocuparon por acumular grandes riquezas y capitales financieros sacrificando su propia autonomía (Halperín Donghi, 2003). Esto los llevó a su perdición cuando los valores de dichos capitales se fueron al suelo y sus ciudadanos, principales consumidores de sus recursos, no pudieron satisfacer a la oferta. Desde este punto de vista, el liberalismo se constituyó como el antagonista del propio sistema capitalista. Por tanto, era menester volver a un capitalismo en donde

las relaciones entre los productores y los consumidores estuviesen regulados y controlados por el Estado más no por el mercado, así como el de forjar una alianza con las patronales y las empresas nacionales y no directamente con los trabajadores, siguiendo el modelo corporativista que ya se había ensayado en los tiempos de la Italia de Mussolini (Halperín Donghi, 2003).

De la mano con ese rechazo al liberalismo económico, la nueva derecha argentina también consideró que la democracia liberal había dejado de ser el rumbo hacia el que todas las naciones occidentales debían dirigirse. En ese sentido, concibieron al fascismo como la forma de gobierno más conveniente para la nueva etapa histórica que se abría, ya que obraba sobre ellos “la ambición tan argentina de no perder contacto con las más actuales innovaciones ultramarinas”, así como la esperanza de “poner fin a la amenaza que en todo el mundo el comunismo esgrime contra el orden social” (Halperín Donghi, 2003, págs. 47-48). La cuestión de la inmigración, la cual permitió tanto la dinamización de la economía capitalista argentina, como la consolidación de una clase media urbana fundada bajo presupuestos racializantes en torno al mito de la Argentina blanca y europea (Garguin, 2009), se pensó bajo los ojos del fascismo como una amenaza, ya que los inmigrantes contribuían a “nutrir el séquito de ideologías revolucionarias, en una etapa en que la elite política argentina [comenzaba] a preguntarse si [era] prudente de su parte seguir manteniendo su tradicional indulgencia frente a los esfuerzos por difundir “ideas avanzadas” (Halperín Donghi, 2003, pág. 114).

Este escenario hizo que la opinión pública argentina se polarizara, organizándose alrededor de movimientos políticos e intelectuales en donde podían opinar y debatir en torno a la futura crisis que se iba a desatar en el viejo continente. Uno de estos movimientos fue FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), apéndice de la Unión Cívica Radical y defensores del Yrigoyenismo, el cual, constituyéndose como un movimiento nacionalista y anticolonial, respondía a “pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares, la afirmación política de nuestra independencia en el orden internacional y la aspiración de una realización económica sin sujeción e intereses imperiales dominantes” (Jauretche, 1984, pág. 89). Por tanto, la postura política de FORJA se encaminó hacia la idea de que “nada positivo puede esperarse ya de Europa, y que por añadidura el contacto con ella pone a América en peligro de contagiarse de los males y conflictos que la desgarran” (Halperín Donghi, 2003, pág. 140).

En ese contexto político e intelectual, Baldomero Sanín Cano dejó de colaborar en *La Nación* para asumir un cargo en la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual creada por la Sociedad de Naciones. Respecto a dicho nombramiento, en su autobiografía escribió que no hubo influencia alguna del gobierno colombiano en la decisión tomada por la Comisión, y que su elección se debió más a que se necesitaba de un “hispanoamericano que conociese las naciones del hemisferio de origen peninsular y que simpatizara con los sentimientos característicos de esos pueblos” (Sanín Cano, 1949, pág. 207). Además, la idea de poder viajar a Europa anualmente durante cinco años para actualizarse en tendencias literarias, filosóficas y científicas lo motivaron a tomar el puesto y a abandonar, luego de casi quince años, la redacción del diario argentino.

Su nuevo cargo en la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual le permitió formar un juicio personal respecto a las transformaciones políticas mundiales que fueron sucediendo en el transcurso del treinta, pues sus continuos viajes al viejo mundo e intercambios con amigos y colegas de dicho continente lo convirtieron, nuevamente, en un testigo presencial de la catástrofe global que se avecinaba:

Quiero recordar a mis lectores que el año de 1931 fue de ominosos augurios para el mundo todo. La crisis económica del 29 duraba aún con caracteres perturbadores. Ya Hitler había dado comienzo a su carrera de amenazas y encubrimientos. En España; la nueva república; en Francia, el espectro de Alemania en el empeño de armarse; en Suiza, intranquilidad económica (...); en Austria, el nazismo y la posible anexión (Anschlss), eran una causa de zozobra, sin contar con que la economía en general del mundo se hacía sentir en Viena más dura y acerbamente que en muchas otras capitales. Se sentían la miseria y la falta de fe en los movimientos y actitudes de la gente, lo mismo en la calle que en los restaurantes, hoteles, teatros y tiendas de todo género. (Sanín Cano, 1949, pág. 208)

Bajo la lupa del panorama crítico y desalentador que volvía a exhibir la civilización occidental en Europa y en algunos países de América Latina, Baldomero Sanín Cano concluyó sus labores diplomáticas e intelectuales y retornó, luego de varias décadas, a su país natal. A diferencia de la Colombia que abandonó a comienzos del siglo XX, gobernada bajo la tutela conservadora de Rafael Reyes, arribó a una nación dirigida por un presidente liberal, Alfonso López Pumarejo, quien, desde el año 1934, se había dedicado a promover un conjunto de reformas encaminadas a



modernizar la nación. En efecto, la llegada de los liberales al poder fue una consecuencia del descontento popular general que prevalecía hacia el modelo de gobierno conservador, el cual no tuvo una respuesta efectiva frente a las protestas populares y las olas de violencia bipartidista que todavía pululaban en las regiones rurales del país (Palacios & Safford, 2011). El hecho más representativo de este fenómeno fue la Masacre de las Bananeras en 1928, cuando una huelga de trabajadores de la United Fruit Company, enclave económico norteamericano ubicado en la Costa Atlántica, fue brutalmente reprimida por el ejército, provocando un repudio generalizado por parte de la opinión pública hacia el gobierno del conservador Miguel Abadía Méndez (Bushnell, 2002) (Caballero, 2014).

Más allá de este descontento generalizado de los trabajadores, que seguiría latente a lo largo de la década del treinta, Colombia continuó con el expansionismo de la economía cafetera, la cual ayudó a dinamizar la exportación de dicho producto a los mercados internacionales (Palacios & Safford, 2011). La confianza en el liberalismo económico, sin embargo, sufrió un duro revés con la crisis económica del 29 y las duras consecuencias que trajo a la economía exportadora, la cual se manifestó en “una brusca disminución de la capacidad de importación de Colombia [por causa de] la caída de los precios del café en el mercado de Nueva York y la interrupción de los flujos de capital y de los préstamos extranjeros” (Pécaut, 2012, pág. 52). La adopción de una política de sustitución de importaciones hacia 1930 no fue más que “una interpretación de la crisis de 1929 en términos de ruptura” (Pécaut, 2012). Los liberales consideraron a la crisis como una señal de que el camino que debía seguir la economía nacional estaba dirigido hacia el fortalecimiento de la industria. Por tal motivo, y para evitar una quiebra económica general del Estado, se llevó a cabo una política proteccionista en donde los ingresos de la nación se iban a generar a partir de una progresiva tecnificación de las industrias, principalmente la textil y la de alimentos (Echavarría & Villamizar, 2006).

A la par con el crecimiento industrial también crecieron las masas de trabajadores urbanos, compuestos en su mayoría de campesinos que migraron a las ciudades huyendo de la violencia política bipartidista que se vivía en el campo, y de artesanos que empezaron a especializar y tecnificar sus oficios para satisfacer el consumo interno de manufacturas. En este contexto, y con el recuerdo aún fresco de la Masacre de las Bananeras y las huelgas de trabajadores del veinte, el presidente López Pumarejo fue el primero en centrar “el debate político alrededor de los temas

laborales y sociales, y en este proceso desató la oposición de los líderes políticos y empresariales tradicionales” (Bushnell, 2002). Dicha cuestión, ignorada durante décadas por los conservadores y las pequeñas patronales, representaba un riesgo para el orden social del país, “pues tarde o temprano las masas exigirían una mayor participación en las comodidades de la vida” (Bushnell, 2002). Esto desencadenó en una política social que buscó mejorar las condiciones de existencia de los trabajadores, brindándoles toda clase de beneficios, pero, sobre todo, concediéndoles una conciencia plena “de que no tenían que continuar ganándose la vida a duras penas, sino que podrían mejorar su situación” (Bushnell, 2002, pág. 155).

Fue en esta época en donde se regularizó la educación pública, extendiendo su cobertura principalmente a los sectores populares urbanos y rurales, a través de iniciativas culturales como la Biblioteca Aldeana, la cual recopilaba y difundía varias colecciones de libros que debían tener una relación intrínseca entre sus contenidos y las principales consignas del liberalismo. De esta forma, no sólo se buscaba que los índices de analfabetismo empezaran a bajar paulatinamente, sino que esos nuevos lectores debían poseer “un acervo elemental de conocimientos técnicos aplicables al trabajo, como la difusión de una serie de nociones básicas para la vida en sociedad y la introducción en la vida popular de los modelos de conducta que ofrece la lectura “edificante” (Silva, 2005), así como la de promover la “investigación y creación de bienes culturales y científicos; difusión de las culturas nacional y universal; y educación de la sensibilidad y, en general, de la personalidad” (Sierra Mejía, 2009, pág. 382). Los liberales consideraban que, a través de la lectura, las masas populares dejarían de ser esa “fuerza dormida” para pasar a ser una parte activa dentro del engranaje social. Y no sólo las Bibliotecas Aldeanas contribuyeron a educar a la sociedad colombiana; la introducción de la radio y los programas culturales que allí se transmitían, así como de los cinemas populares, la prensa y las revistas culturales ayudaron de gran manera a vincular a la alta intelectualidad nacional con el proyecto político de Extensión Cultural, pues los liberales de la época pensaban que “no se podían difundir la cultura y los conocimientos técnicos sino sobre la base de conocer los medios sociales locales sobre los cuales se esperaba influir” (Silva, 2005).

Los cuatro gobiernos liberales que cobijaron el periodo 1930-1946 coincidieron a la par con el auge de los totalitarismos en Europa; de igual manera pasó con dos de los conflictos bélicos más reseñados por la prensa y la radio, y que provocaron una asidua movilización de la opinión

pública: la Guerra Civil en España y la Segunda Guerra Mundial. Una de las primeras manifestaciones de ese malestar provocado por la situación política europea se dio en el marco de la fundación del Ateneo de Altos Estudios en 1940, en donde un grupo de intelectuales liberales percibieron “el desmoronamiento del orden democrático en el viejo continente, con las consecuencias negativas para [la] tradición cultural [colombiana], arraigada en la mediterránea” (Sierra Mejía, 2009, pág. 356). Similar a lo sucedido en la Argentina, a partir de la identificación de esta crisis se abrió el debate en torno a cuál debía ser el camino que debía tomar la civilización occidental. Por un lado, se hallaban los intelectuales liberales, quienes mostraron un compromiso político hacia la defensa de la democracia moderna y liberal, de las libertades individuales y del derecho internacional. Por otro lado, se hallaban los intelectuales del conservatismo, acérrimos defensores de la causa alemana y de sus aliados, y que promovían la tesis de que “la democracia liberal era un régimen de gobierno que había demostrado su incapacidad para imponer el orden y el progreso de nuestra sociedad” (Sierra Mejía, 2009, pág. 363). Bajo esta consigna, los conservadores buscaron repensar la noción de “democracia” en términos de una forma de “gobierno paternalista”, en el cual el “parlamento estuviese sometido a la orientación que le diera el poder ejecutivo y se relativizara al máximo su origen popular” (Sierra Mejía, 2009, págs. 364-365).

Dentro de este espectro de intelectuales conservadores se destacaron *Los Leopardos*, un grupo de jóvenes profesionales ligados a la nueva derecha, que pensaban que Colombia se hallaba en “un proceso decadente del que no había logrado salir” (Arias Trujillo, 2007, pág. 199), como resultado de una suplantación de los valores que, en lugar de incitar a un “patriotismo guerrero”, se habían dirigido hacia la democracia y la igualdad social. Uno de sus líderes, el escritor antioqueño Silvio Villegas, acompañado del también escritor Gilberto Alzate Avendaño, fundó en Manizales un movimiento juvenil denominado Acción Nacional Derechista, el cual estaba “inspirado en las doctrinas de [la] Falange Española y en las ideas de Maurras” (Hernández, 2000, pág. 222), constituyéndose como un movimiento nacionalista, partidario de los gobiernos totalitarios en Alemania e Italia, y opositor del republicanismo español y de las potencias aliadas.

En el marco de la Segunda Guerra Mundial, el Estado colombiano se declaró aliado de las democracias europeas, lo que llamó la atención de los Estados Unidos que, por aquel entonces, buscaba adeptos confiables en América Latina para hacerle frente al peligro de “la quinta

columna”, conformada por el grueso de la población migrante alemana, italiana y japonesa en el continente (Hernández, 2000). Bajo las consignas de la “Política del buen vecino”, los Estados Unidos concedieron créditos al Estado colombiano a cambio del suministro de recursos y materias primas para la economía de guerra. Este acercamiento diplomático entre ambas naciones fortaleció “los lazos económicos y culturales e incluso [creó] cierta afinidad ideológica entre los liberales colombianos y los demócratas norteamericanos” (Bushnell, 2002). Como hecho particular de lo anterior se creó un “campo de internamiento” en la ciudad de Fusagasugá, en donde se confinó a los inmigrantes alemanes, italianos y japoneses residentes desde hacía ya varios años en suelo colombiano bajo la sospecha de colaborar con el enemigo (Hernández, 2000, pág. 226). Los otros que comenzaron a ser perseguidos por el gobierno liberal fueron los nacionalistas, quienes a finales de la década del treinta ya no contaban con el mismo número de militantes, pues rehuyeron del movimiento para volver a las filas del conservadurismo tradicional (Hernández, 2000) (Pécaut, 2012).

En resumen, la crisis política en Europa movilizó a varios sectores sociales de la sociedad colombiana a pensar sobre el estado de la civilización occidental. Sin dudas, fueron los intelectuales quienes más reflexionaron sobre ello, preguntándose constantemente por “los orígenes de [la misma], su desarrollo histórico, sus debilidades y su destino” (Sierra Mejía, 2009, pág. 367). Uno de los medios en donde escritores, periodistas y filósofos divulgaron sus pensamientos en torno a la cuestión de la cultura fueron las revistas culturales, las cuales se caracterizaron, en primer lugar, como difusoras de temas de interés científicos y literarios a los sectores medios y populares de la sociedad y, en segundo lugar, como espacios en donde los intelectuales se colocaron del “lado de los humildes, del pueblo, y de las luchas sociales” (Funes, 2006, págs. 50-51). De esta manera, las revistas culturales se convirtieron en plataformas donde los intelectuales pudieron expresar libremente “sus ideas sobre todos aquellos aspectos de la vida social, política y cultural”, pero también “el deber que tiene en el mundo moderno de defender los logros culturales como la libertad de expresión, de juzgar el comportamiento de la justicia, de ejercer sin límites la crítica de las arbitrariedades y desaciertos de los mandatarios” (Sierra Mejía, 2009, pág. 374).

Una de las revistas culturales más influyentes de la época fue la *Revista de las Indias*, creada en 1936 por el Ministerio de Educación Nacional y la Dirección de Extensión Cultural del

gobierno liberal. Como órgano cultural del oficialismo de la época, la revista se encargó de continuar la labor de la Biblioteca Nacional, postulando como objetivo principal el de “sembrar en todos los sectores una vasta inquietud, porque no es hoy esta alta dependencia del gobierno un organismo burocrático sino un camino de difusión cultural” (Revista de las Indias, 1936, pág. 2). De igual forma, se propuso que la *Revista de las Indias* fuera:

Una cátedra de alta cultura, dando cabida en sus páginas a estudios de toda índole, procurando llevar a todas partes, como hemos dicho, una inquietud eficaz. Considera el ministerio que esa labor es ante todo de una urgencia inmediata para mantener una tónica elevada en las disciplinas de la inteligencia. (Revista de las Indias, 1936, pág. 2)

La intervención del Estado en la difusión del pensamiento y la cultura a través de la *Revista de las Indias* tomó un rumbo distinto dos años después, en 1938, cuando la publicación renueva su propósito en el marco de la crisis mundial en Europa, por lo cual buscó consolidar una “política cultural dirigida a crear mecanismos de difusión que permitieran el acceso a la mayor cantidad de personas, de los productos culturales elaborados por los escritores, los artistas plásticos y los hombres de letras colombianos y extranjeros” (Betancourt Mendieta, 2016, pág. 129). Ante la incertidumbre del panorama mundial, la revista no sólo prestó atención al rescate y difusión de la literatura y la ciencia moderna, sino que se enfocó en la opinión y la percepción de los hombres de letras respecto al quehacer intelectual en tiempos de gobiernos totalitaristas y de guerra mundial.

Finalmente, fue en este contexto de producción intelectual en el que Baldomero Sanín Cano, al igual que otros escritores colombianos importantes de la época como Luis López de Mesa, Germán Arciniegas, Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, Darío Achury Valenzuela, entre otros, manifestó su malestar frente a la crisis cultural de occidente y al estado de la democracia liberal frente a los peligros del fascismo y el totalitarismo. En 1939 publicó un artículo titulado “La Guerra”, a propósito del estallido oficial del segundo conflicto global:

Es insoportablemente patético pensar en que acaso un sacrificio más numeroso en víctimas y de más atroces apariencias se va a cumplir ahora frente a un mundo privado de ilusiones y de fe en los sacrificios (...). Esto sólo con la frágil seguridad que hoy ofrecen los pactos internacionales en una parte del mundo donde hay

memoria reciente de violaciones justificadas tan sólo por la fuerza (...). Tal es el deplorable estado moral que ha surgido en Europa desde que la conveniencia unilateral es la única garantía en que se apoyan los tratados públicos. (Sanín Cano, 1939, págs. 330-331)

### 3.2 *El boom memorialista de los años treinta*

A la par del contexto de crisis mundial y de un inminente estallido de hostilidades entre las naciones europeas, un fenómeno particular que ocurrió en aquel entonces fue la aparición masiva de memorias sobre la Guerra de los Mil Días escritas por veteranos liberales. Este hecho no sólo guarda un estrecho vínculo con el contexto político e intelectual descrito anteriormente, sino que también sirvió de base para que Baldomero Sanín Cano publicase sus “Memorias de los otros”. Durante los sucesivos gobiernos liberales de la época, la Guerra de los Mil Días se convirtió en un objeto de frecuente recordación. Por un lado, “el Congreso expidió varias leyes para recompensar el sacrificio hecho por los combatientes liberales en la guerra y para enaltecer su memoria” (Escobar Guzmán, 2005). Esto provocó que varios excombatientes liberales se animaran a contar sus experiencias de lucha al interior de los ejércitos y guerrillas que se organizaron para hacer frente a las tropas del gobierno conservador. Un ejemplo de lo anterior lo podemos ver en el testimonio del músico e historiador Guillermo Quevedo Zornoza, quien publicó justamente en la *Revista de las Indias*, su relato titulado “Recuerdos de la guerra de los tres años, escritos por un zipaquereño”:

La guerra de los mil días estalló en Santander del Norte, como es sabido, el 17 de octubre de 1899. El 18 del mismo mes y año fue aprehendido el general Pedro Sánchez en la esquina sur de la plaza de Zipaquirá, por los agentes del gobierno conservador. El autor de estas líneas (...) presenció ese hecho ocasionalmente, el cual se verificó como a las seis y media de la tarde. Era alcalde en ese tiempo don Cleofe Gaitán, quien calificó de *guerrilleros pendejos* a los jefes liberales que ya sonaban en la comenzada contienda. (Quevero Zornoza, 1939, pág. 455)

La razón por la cual el Estado colombiano apoyaba este tipo de iniciativas no fue otra que la “de reescribir el pasado para construir una nueva memoria colectiva, una nueva Historia Nacional que [fuese] coherente con los intereses del nuevo gobierno” (Escobar Guzmán, 2005);

esto se entiende aún mejor en el marco de la política de Extensión Cultural, con la cual se buscaba consolidar una cultura popular como la expresión auténtica de la identidad nacional. Y la cuestión identitaria, según los liberales, pasaba por una reinterpretación de la historia colombiana que abandonara la tradición hispánica, ultramontana y conservadora que imperaba desde el periodo de la Regeneración, y que se pensara ahora a través de las figuras y acontecimientos más representativos de la tradición liberal colombiana. Fue en esta época, por ejemplo, en donde se dio a conocer una nueva versión de los periodos de la Independencia y de la Gran Colombia, en el cual se exaltaron a los principales caudillos liberales (Santander, Mosquera, Obando, López), así como a la participación heroica de los sectores populares en el conflicto (negros, indígenas, campesinos, mujeres). Esta visibilización de los humildes en la Guerra de Independencia y en la formación de la primera república fue un gran acierto por parte de los liberales del treinta, pues logró que las masas se identificaran aún más con ese pasado glorioso en el cual el liberalismo siempre estuvo de su lado.

La construcción de un “nosotros” mancomunado entre el partido liberal y las masas populares, legitimado a través de la historia decimonónica y de las memorias sobre la Guerra de los Mil Días, así como del rescate de la cultura popular, fueron las bases del discurso liberal de la época. En el caso de la Guerra de los Mil Días, fue comprendida “como el momento de fundación de un nuevo tiempo, que años después [permitió] al liberalismo llegar a la presidencia” (Escobar Guzmán, 2005), es decir, como un hecho fundacional en el desarrollo histórico de Colombia cuyas consecuencias se evidenciaron treinta años más tarde, pues el conflicto de 1899 no fue otra cosa que el deseo de tomar el poder de los hilos de la nación, algo que se logró, finalmente, en 1930 por vías democráticas. En suma, se construyó una visión teleológica de la historia de Colombia, la cual estaba destinada a ser regida bajo la tutela del liberalismo. Esto explica, por su parte, esa necesidad por inventar una identidad nacional a partir de la incorporación de “fiestas y costumbres populares, los paisajes y los gustos estéticos [convirtiendo a] la cultura y la historia [en] los materiales básicos con los cuales se elabora una memoria nacional” (Lechner, 2000).

La edificación de una memoria nacional por parte de los liberales se fundamentó en la memorización y repetición de algunos datos históricos (importantes para el partido), tales como la Batalla de Peralonso ocurrida el 15 de diciembre de 1899 (siendo considerada como la victoria más relevante del bando liberal), o la expedición de la Ley del 21 de mayo de 1851 que determinó

la abolición de la esclavitud durante el gobierno del liberal José Hilario López. Es en este sentido en el que los calendarios “de las fiestas nacionales y su conmemoración ritual año tras año van asentando en la memoria colectiva ciertas fechas constitutivas de lo común” (Lechner, 2000). A la par, el hecho de celebrar fechas conmemorativas permite que la historia escape del pasado y se inserte en las interpretaciones del presente, convirtiendo a las acciones heroicas y edificantes de sus protagonistas en mitos fundacionales. Un ejemplo de lo anterior lo podemos ver en otra parte del relato de Guillermo Quevedo Zornoza cuando evoca los momentos previos al fallecimiento del expresidente liberal Aquileo Parra en el año 1900, y por qué fue una figura prominente en el partido:

El ilustre hombre público y ex presidente de la república don Aquileo Parra, una de las glorias auténticas del liberalismo, ya muy delicado de salud y de edad avanzada, temperaba con su familia en el caserío de La Ferrería de Pacho. Era a fines de diciembre del dicho año (1900) (...). Para nosotros los revolucionarios, y muy especialmente para mí, “El patriarca del civilismo” constituía el mejor símbolo de la Idea, ya que ese varón clarísimo encarnaba toda una época de la edad de oro del liberalismo. (Quevedo Zornoza, 1939, págs. 460-461)

Por otra parte, los liberales impulsaron un revisionismo historiográfico en oposición a la historia que se escribía desde la Academia Colombiana de Historia. De esta forma, se empezaron a abandonar las biografías de las personalidades más ilustres del pasado hispánico y republicano conservador, para darle lugar a una historia propiamente liberal, es decir, que diera cuenta de las costumbres y tradiciones del pueblo colombiano, así como de los hechos heroicos y fundacionales del partido. Uno de los abanderados de esta propuesta fue el escritor liberal Germán Arciniegas, quien, cuestionando la aristocratización de la historia nacional en manos de la Academia Colombiana de Historia, propuso una “visión democrática del pasado” la cual debía señalar la importancia “de tener en cuenta "a la gente sin historia", a través del recurso literario" (Betancourt, 2007, pág. 100). Esta historia “desde abajo” venía en rescate del pueblo y de su papel en el pasado, pues para Arciniegas éste representaba el único elemento “constante y vivo” de la sociedad colombiana. En su obra “La novela y la historia” expuso: “Tratar de recuperar los hechos "de la historia vulgar" que no se encuentran en los documentos, dejó las puertas abiertas para la ficción: "no para inventar mentira, sino para acercarse mejor a la verdad, y mirarla desnuda, descubierta"



(Citado por Betancourt, 2007, pág. 101). No fue coincidencia, por su parte, que los medios principales de difusión de esta nueva historia social hayan sido los periódicos y las revistas, puesto que podía captar la atención del “hombre medio que buscaba la lectura rápida y amena pero también ilustrativa” (Betancourt, 2007, pág. 98).

En suma, tanto las memorias individuales de los excombatientes de la Guerra de los Mil Días como los relatos revisionistas del pasado nacional “obtuvieron un enorme éxito editorial y alcanzaron una vasta difusión para la construcción de la memoria nacional” (Betancourt, 2007, pág. 87), en buena parte debido a los mecanismos de difusión empleados para tales fines (periódicos, revistas, radio). En líneas generales, Colombia atravesó por una transformación de su pasado nacional en memoria colectiva por intermedio de un proceso de selección y reinterpretación de “las sensibilidades culturales, los dilemas éticos y las conveniencias políticas del presente” (Traverso, 2007, pág. 14).

### *3.3 Las “Memorias de los otros”: otro lugar de enunciación de la memoria colectiva*

¿Cómo se puede relacionar la experiencia memorialista de Baldomero Sanín Cano sobre la Primera Guerra Mundial con todo el aparato ideológico pensado por los liberales y el *boom* memorialista de los años treinta? ¿Hasta qué punto existe un vínculo entre la creación de una nueva historia nacional a través de la memoria colectiva liberal, y las representaciones descritas en las “Memorias de los otros” y en “Entre dos años y dos épocas? Si bien las “Memorias de los otros” no fue un relato sobre las guerras civiles de finales del siglo XIX, se enmarca en un contexto de debate político e intelectual en donde los conservadores se caracterizaron por legitimar la causa ideológica de las naciones del Eje. En efecto, la alternativa fascista atribuida al Partido Conservador “se apoyaba en principio en la presencia en su seno, o en su entorno, de aquellos núcleos fascistas que había aparecido alrededor de 1936” (Pécaut, 2012, pág. 62). Algunos de sus líderes, como Laureano Gómez, se constituyeron en fuertes opositores de la democracia liberal y del socialismo, planteando la disyuntiva “barbarie o civilización” como base ideológica y discursiva (Pécaut, 2012), la cual permitía legitimar la idea de que la democracia tradicional “era un régimen de gobierno que había demostrado su incapacidad para imponer el orden y el progreso de nuestra sociedad [y por tanto], debía ser sustituida por otra que se acoplara a la de un gobierno paternalista en la que el parlamento estuviese sometido a la orientación que le diera el poder ejecutivo” (Sierra Mejía, 2009, págs. 363-365). En el periódico la *Patria Nueva*, *Semanario*

*Anticomunista, Órgano de la Falange colombiana*, se publicó el siguiente manifiesto de la ya nombrada Acción Nacional Derechista de los conservadores Villegas y Alzate Avendaño:

Al llamarnos nacionalistas, nosotros, que hoy por hoy queremos contemplar apagada la llama de los odios partidistas entre los hijos de la madre Colombia, de Colombia la grande, de la verdadera Colombia, predicamos el estado corporativo, organizado sobre las bases eternas, sobre las unidades naturales, esas unidades que se llaman familia, municipio y sindicato o corporación, que han formado la grandeza de la Italia fascista, del Portugal corporativo, de la Alemania nacional socialista y que formarán la de la nueva España de Franco, la España de José Antonio Primo de Rivera, la España falangista. (Citado por Hernández, 2000, pág. 225)

Estos tipos de manifestaciones debieron provocar en Baldomero Sanín Cano cierto grado de incertidumbre y zozobra; el totalitarismo, el fascismo y el militarismo despertaban simpatía entre ciertos sectores de la sociedad colombiana. ¿Podía repetirse en su propia nación lo sucedido en Alemania, en Italia y en España? ¿Podía darse un golpe militar en Colombia que pusiera fin a la democracia liberal, tal como había sucedido en la Argentina? Y finalmente, ¿podía fracasar el proyecto liberal de crear una nueva historia nacional ante la persistencia en el tiempo de la ideología conservadora? Ante este panorama desalentador, el objetivo de Sanín Cano a través de las “Memorias de los otros” y en textos contemporáneos tales como “Entre dos años y dos épocas” o “La Guerra” (1939) pasaban por frenar el impulso y la aprobación del fascismo, primero en el seno de la comunidad intelectual y luego en la misma sociedad colombiana. En efecto, su pretensión era el de moralizar, el de educar, el de informar o alertar a los colombianos sobre la crisis que atravesaban la democracia liberal y la cultura occidental, de la cual la misma cultura colombiana era históricamente tributaria. Una crisis que era perpetrada por el ascenso de los gobiernos totalitarios militaristas.

Para empezar el análisis de lo anterior, en las páginas finales de las “Memorias de los otros” se reservó el carácter más íntimo y personal de Baldomero Sanín Cano a lo largo de toda la narración: “Estas páginas están destinadas a ser las memorias de los otros; pero aquí pido permiso para hablar de mí mismo, por si esta confidencia puede arrojar luz sobre los tiempos” (Sanín Cano, 1938, pág. 41). Esta declaración que liga explícitamente a su ser con la época en la que le correspondió vivir no es otra cosa que la manifestación del “yo creador”, es decir, de aquel sujeto

capaz de abarcar afectivamente tanto a la naturaleza como a la sociedad. Desde una perspectiva psico-histórica, la revelación de un “yo creador” es el resultado de un encuentro entre la concepción de la vida de un individuo (que es subjetiva y se constituye a través de la propia toma de consciencia del sujeto), y la concepción del mundo que lo rodea (que es histórica, objetiva y legitimadora del saber de una época). Paradójicamente, la relación que subyace entre estas dos concepciones resulta ser contradictoria, puesto que “ninguna se puede demostrar efectivamente y cada una puede ser refutada señalando su insuficiencia frente a la realidad” (Dilthey, 2015, pág. 15). La única forma de escapar a este conflicto es a través de la idea de que todo el mundo se halla siempre presente en los individuos, en todas sus actividades racionales, empíricas y pragmáticas sostenidas, a su vez, por la propia vida afectiva e impulsiva del mismo ser. El siguiente extracto de su relato lo ejemplifica a detalle:

Por primera vez, a los 57 años, en el verano de 1918, al despertar en un castillo de Francia, en un orden de vida que me era extraño, en el ambiente húmedo de Flandes, acariciado por las brisas matinales del Somme y por las emanaciones de una tierra humedecida por la sangre y las lágrimas de gentes que sufrían una prueba sin igual en el curso de sus vidas, se apoderó de mí por primera vez una dulce sensación de equilibrio de facultades y de todos los órganos. Me sentía sano de cuerpo y de espíritu, lleno de confianza en el porvenir y de fe en los hombres. ¿Por qué venía a verificarse en mi vida espiritual esta maravillosa transformación en una aldea francesa, dentro de un castillo amenazado a todas horas por la furia del enemigo? No he podido explicármelo. Acaso la contemplación del mal en magnitudes repugnantes, y en toda su desnudez, hizo nacer en mí la creencia de que ya se habían agotado en la especie humana las facultades destructoras e iba a empezar una era en la que el hombre había de modificar su naturaleza. (Sanín Cano, 1938, págs. 41-42)

Las sensaciones evocadas por Sanín Cano en esta parte de sus “Memorias” brinda una suerte de indicios que permiten dilucidar el vínculo afectivo existente entre su ser y el mundo que lo rodeaba. En efecto, su propia concepción del “yo” como alguien “sano de cuerpo y espíritu” sólo se puede entender a partir de la idea de que todos los males que castigaron al mundo durante la guerra se habían extinguido y que, después de ello, sólo se aguardaba la esperanza de que el hombre iba a transformar su naturaleza en el futuro:

Los horrores presenciados, abominados y analizados en épocas posteriores a aquella transformación, no me han arrebatado la fe en los hombres, ni me han incapacitado para apreciar en mí mismo y en mis conocidos, el espectáculo de la naturaleza, en el trato con los libros, la dulzura de vivir. Mi fe de la campiña flamenca floreció en palabras de convicción y de esperanza imperturbables. (Sanín Cano, 1938, pág. 42)

Todo lo anterior pone sobre la mesa el carácter de la emotividad del relato, pues se sabe que toda evocación de un recuerdo contiene dentro de sí una voluntad que, en otras palabras, es un “querer decir” implícito o explícito sobre el presente. La validez de esta afirmación recae en el hecho de que Sanín Cano escribió estas palabras en una época completamente opuesta al júbilo esperanzador que pudo haber experimentado en 1918, ya que se encontraba en el febril e incierto año 1938 previo al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, ¿qué significado tuvo ese sentimiento de esperanza vivido en 1918 pero expresado en 1938? Es importante analizar las palabras del periodista colombiano “tanto en su carga afectiva y emocional como en su contenido intelectual” (Chartier, 1992, pág. 24).

Este vínculo entre la carga afectiva y el contenido intelectual en las “Memorias” se da justo en el momento en el que Sanín Cano se convirtió en testigo de la Gran Guerra a vísperas del inicio de otro conflicto, así como de la temible militarización de la sociedad civil en España, en Argentina y en buena parte de Europa. De haber presenciado sólo la Primera Guerra Mundial, la expresión de ese porvenir esperanzador para la humanidad hubiese caído en el olvido de una época que debía dejarse atrás, porque ya no iba a volver a repetirse. Se hubiese convertido, en pocas palabras, en una mera reflexión personal condenada a ser callada. Por el contrario, la longevidad excepcional del periodista colombiano le permitió presenciar la alborada de un nuevo conflicto armado, así como el de la proliferación de las dictaduras y los totalitarismos en occidente. En suma, la representación de la esperanza en la humanidad de Sanín Cano bajo la mediación de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en lo que Reinhart Koselleck (1993) denominó un “futuro pasado”, esto es, un solapamiento del tiempo histórico (reunido en épocas, sucesos, hechos) con el tiempo natural en el que “todos los testimonios se responsabilizan de cómo se elaboran experiencias del pasado en una situación concreta, y como expectativas, esperanzas o pronósticos [que] se discuten a futuro” (pág. 15).

En este sentido, descubrimos un primer indicio de que el relato de Sanín Cano no sólo da cuenta de las experiencias y emociones que sintió en aquel pasado durante la Gran Guerra, sino que también revela una expectativa hacia el futuro que podría darse en un segundo conflicto armado de consecuencias iguales o peores al vivido décadas atrás. En suma, “el presente y el pasado quedaron englobados en un horizonte histórico común” (Koselleck, 1993, pág. 22). Por otra parte, el “futuro pasado” que nos brinda Sanín Cano en sus “Memorias” nos remite implícitamente a un fin del mundo, aunque no lo mencione explícitamente. La concepción teleológica de un final de los tiempos, tan arraigada en la religión y en el pensamiento premoderno, toma aquí un lugar preponderante en la representación de la guerra al momento en que Sanín Cano apela a expresiones tales como “el mal en magnitudes repugnantes”, “los horrores abominados” o “el espectáculo diario de la matanza durante cuatro años había disminuido (...) el significado de la vida humana” (Sanín Cano, 1938, pág. 40). Resulta pertinente, por tanto, afirmar que esta apelación al fin del mundo o de los tiempos no fue otra cosa que un factor que integra a la política y a la historia en la interpretación de una época (Koselleck, 1993).

De esta apelación al fin del mundo nace la necesidad de pronosticar o, al menos, de diagnosticar un porvenir que se convirtiese en un discurso de salvación para la humanidad. Esta fue la fórmula seguida por Sanín Cano no sólo en sus “Memorias”, sino también en varias de sus obras referentes a la guerra. Recordemos que en su manuscrito “Entre dos años y dos épocas” denunciaba la degeneración moral de Europa posterior a la Gran Guerra, a través de la superficialidad en el júbilo y la felicidad que expresaban públicamente las personas ante la realidad, negando u omitiendo el dolor y las penurias que habían vivido durante los años del conflicto. En el citado artículo “Lo que todavía puede perderse” expresó con amargura:

El fracaso de Europa es completo, doloroso, parecía inevitable, y no se sabe cuál ha de ser su duración. Económicamente las consecuencias pueden durar un siglo. Europa no había acabado de pagar las deudas del temporal napoleónico al reventar las hostilidades en 1914. En 1939 no había pagado ni quería pagar las de la guerra mundial, y contemplaba entre burlas y amargas realidades cómo todo el mundo estaba pagando indirectamente esas deudas, con crisis que sacudían los mercados hasta el paroxismo, con la aglomeración del oro en un solo centro financiero, con la

dislocación de las corrientes industriales. Ya se prepara otra crisis. (Sanín Cano, 1940, págs. 161-162)

En este caso, Sanín Cano elaboró un análisis de su época en el cual reduce a la historia en los términos de una crisis perpetua; en este caso, “el pronóstico implica un diagnóstico que introduce el pasado en el futuro” (Koselleck, 1993, pág. 36). Se remite hasta la época de Napoleón para justificar la idea de que Europa siempre ha estado en crisis y de que lo estará en un futuro. En ese sentido, su representación sobre la crisis en el viejo continente era ahistórica, eterna, casi inmóvil, a pesar de que apela a algunos hechos significativos del pasado tales como las guerras napoleónicas, la Gran Guerra o la crisis económica del 29. De un carácter similar, fue la solución que predijo ante la crisis europea, la cual resultó ser sumamente favorable hacia Gran Bretaña y la influencia política y espiritual que ejercía sobre todo el continente europeo. En suma, tanto el análisis del problema como su ulterior conclusión constituyen una muestra incondicional de un pensamiento fuertemente influenciado por el liberalismo clásico:

Si prevalece Gran Bretaña, como lo espera el mundo culto, como lo anhelamos cuantos nos creemos usufructuarios del precioso beneficio de ser libres, se habrá salvado la civilización de que formamos parte y en la cual Inglaterra ha acarreado el beneficio del hombre durante muchos siglos de lucha por sobre ríos de sangre, es verdad, nociones de libertad, de justicia, de tolerancia. (Sanín Cano, 1940, pág. 169)

Volviendo al testimonio que dejó Sanín Cano en sus “Memorias”, vale la pena aclarar que el pronóstico esperanzador que guardaba hacia la humanidad posee ciertas semejanzas con los usos políticos que los liberales buscaron darle a los relatos de los excombatientes de la Guerra de los Mil Días. En efecto, ambos casos se dieron durante la misma década y, por tanto, poseían ese mismo espíritu que buscaba superar un pasado oscuro por un futuro brillante. En el caso de Sanín Cano lo hemos hecho evidente; por su parte, la nueva narrativa del pasado nacional, construida a partir del revisionismo de la historiografía, del rescate de la cultura popular y de las memorias de los liberales en las guerras civiles, buscaban superar la historia tradicional y ultramontana que los conservadores se habían encargado de imponer desde finales del siglo XIX. En ese orden de ideas, estas narrativas, que se constituyeron como pronósticos, se transformaron en “factores de integración del Estado”, es decir, en los puentes que lograron vincular a la política con la profecía (Koselleck, 1993, págs. 33,36).

Finalmente, el análisis del carácter moralista del relato de Sanín Cano, que buscaba mitigar el impacto del fascismo y el totalitarismo en la sociedad colombiana, se puede realizar a través de lo que Tzvetan Todorov (2008) denominó como “memoria ejemplar”. El testimonio del escritor colombiano coincidió con el apogeo de los regímenes totalitarios del siglo XX, los cuales concibieron un maniqueísmo intransigente que asociaba y condenaba todo acto de reminiscencia como una manifestación de resistencia hacia sus gobiernos. La política de supresión de la memoria no fue más que una manifestación de toda la ingeniería ideológica del totalitarismo, la cual se caracterizó por eliminar, modificar o maquillar las huellas de todo lo que había existido hasta entonces. En suma, durante esta época “las mentiras y las invenciones [ocuparon] el lugar de la realidad y se [prohibió] la búsqueda y difusión de la verdad” (Todorov, 2008, pág. 15).

Por tanto, recordar se convirtió en un acto desafiante, el cual iba en contra de todo régimen totalitario. Dependiendo del uso al que se le destinaba cada remembranza podría ser leída de una manera literal o de una manera ejemplar. Para el primer nivel de interpretación, el recuerdo era preservado en su literalidad, susceptible a considerarse verdadero o falso, y “permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo” (Todorov, 2008, pág. 50). Para este caso, el recuerdo en sí mismo no enseñaba nada sobre el porvenir y no serviría para dar lección a una sociedad. Por el contrario, “si desciframos en un suceso pasado una lección para el presente, es que reconocemos en ambos unas características comunes. Para que la colectividad pueda sacar provecho de la experiencia individual, debe reconocer lo que ésta puede tener en común con otras” (Todorov, 2008, págs. 63-64). En este sentido, la “memoria ejemplar” se emplea no para “pedir una reparación por el daño sufrido, sino para estar alerta frente a situaciones nuevas y sin embargo análogas” (Todorov, 2008, pág. 103). En este sentido, el acto de recordar retoma su significado más utilitario, entendido como una manera de aleccionar a los individuos del presente sólo a través de aquellos recuerdos que puedan ser despojados de su literalidad.

Llegados a este punto, se debe plantear la existencia de un paralelismo entre la obra de Sanín Cano y la noción de “memoria ejemplar”. ¿Fueron los recuerdos de Sanín Cano ejemplarizantes? O, por el contrario, ¿fueron simples recuerdos individuales pertenecientes al campo de la memoria literal? Uno de los fragmentos de sus “Memorias” dará luz para responder a estas cuestiones:

En la gotera de una casa de campo (...) estaba colocado un enorme cañón de los aliados. Cada quince o veinte minutos esta espantosa [fábrica] hacía temblar el suelo y las paredes de la casa, vibrar el aire con suprema intensidad y partir un proyectil con mensajes de destrucción y muerte al enemigo en retirada. El rostro alargado y sombrío de los artilleros contaba una larga y desolada historia sin necesidad de que nadie los interrogase. Habían pasado allí tal vez noches de invierno sin poder hacer fuego para calentarse, porque los resplandores del hogar le servían de blanco al enemigo (...). Nos miraban con expresión de irremediable hastío. Parecían decirnos: “[Éramos] súbditos de un país que se creía supercivilizado. (Sanín Cano, 1938, págs. 19-20)

La evocación constante a una cotidianidad atravesada por las penurias y la angustia de la guerra a la que apelaba Sanín Cano mostraba un antes y un después en las concepciones de la vida de los soldados ingleses en el frente; una tensión entre el pasado y el presente que se vislumbra en expresiones tales como “el rostro alargado y sombrío de los artilleros contaba una larga y desolada historia”, o en “éramos súbditos de un país que se creía supercivilizado”. En estas palabras, Sanín Cano *habla por* los soldados anónimos quienes estaban aturcidos, no sólo por el estruendo de las cargas de artillería, sino también por el quiebre repentino en sus concepciones del mundo y de la vida; en pocas palabras, de vivir en una sociedad que ya no es civilizada como antaño. Pero también el escritor colombiano *les habla* a los lectores anónimos de sus “Memorias” de los horrores, iguales o peores a los vividos en 1918, que se avecinan a fines del año 1938. En suma, sus palabras, sus recuerdos tienen la intencionalidad de ejemplarizar, es decir, de alzar la voz ante los peligros que se acercan. Tal como lo afirma Todorov (2008), “aquellos que, por una u otra razón, conocen el horror del pasado tienen el deber de alzar su voz contra otro horror, muy presente, que se desarrolla a unos cientos de kilómetros” (pág. 105).

Como relato ejemplarizante, las “Memorias de los otros” terminaron por ocupar un lugar en la escena pública; no sólo por el propósito de advertir, pronosticar o moralizar sobre los trágicos acontecimientos de un futuro muy cercano, sino también porque se publicó en la *Revista de las Indias*, de muy buena divulgación social<sup>4</sup> auspiciada por el gobierno liberal de la época, el cual, a

---

<sup>4</sup> Esto se puede rastrear a través de la duración ininterrumpida que gozó desde 1936 hasta el año 1950, así como de su módico valor en el mercado: 25 centavos de dólar americano por ejemplar. *Nota del autor.*



su vez, llevaba a cabo una política de Extensión Cultural que se encaminaba a impulsar una nueva memoria nacional. En este contexto, tanto el espacio público como el imaginario colectivo fueron invadidos por “una “memoria” poderosamente amplificada por los medios de comunicación, a veces gestionada por los poderes públicos” (Traverso, 2007, pág. 13). Esta invasión de la memoria en la vida pública, a la que alude Traverso, es llamada por él la “obsesión memorialista”. El origen de ella se da a partir de “una crisis de transmisión en nuestras sociedades contemporáneas” (Traverso, 2007, pág. 14), la cual nace, evidentemente, después de la Primera Guerra Mundial. Para entender su significado, hay que remitirse a dos nociones propuestas décadas atrás por el filósofo alemán Walter Benjamin: la “experiencia transmitida” (*Erfahrung*) y la “experiencia vivida” (*Erlebnis*). “La primera se perpetúa de manera casi natural de una generación a la siguiente, forjando las identidades de grupos y de las sociedades a largo plazo; la segunda es la vivencia individual, frágil, volátil, efímera” (Benjamin, 1933. Citado por Traverso, 2007, pág. 14). Benjamin consideró que la experiencia transmitida se emparentaba más con las sociedades tradicionales, mientras que la experiencia vivida estaba más relacionada con los avatares de la modernidad, el liberalismo y el individualismo. Con el estallido de la Gran Guerra en 1914, Benjamin afirmó que no sólo la *Erlebnis* se vio afectada por los sucesos traumáticos del conflicto, sino que la *Erfahrung*, es decir, la experiencia heredada por generaciones, también se vio profundamente socavada:

Los millares de soldados que volvieron del frente, mudos y amnésicos, conmocionados por los Shell shocks causados por la artillería pesada que machacaba sin cesar las trincheras enemigas, [encarnaban] esa censura entre dos épocas, aquella de la tradición forjada por la experiencia heredada y ésta, de los cataclismos que se sustraen de los mecanismos naturales de trasmisión de la memoria. (Benjamin, 1933. Citado por Traverso, 2007, pág. 15)

Para Traverso, el surgimiento de la obsesión memorialista en los tiempos modernos fue el resultado del declive de la experiencia transmitida: “en un mundo que ha perdido sus referentes, ha sido desfigurado por la violencia y atomizado por un sistema social que borra las tradiciones y fragmenta las existencias” (Traverso, 2007, pág. 16). Esta definición permite entender la legitimidad en la escritura y la posterior publicación de las “Memorias de los otros” de Sanín Cano, es decir, responde a la pregunta del *para qué* traer los recuerdos vividos en el frente occidental de

1918 al año de 1938. En suma, la obsesión memorialista de Sanín Cano se materializó en ese clamor por recuperar la voz de aquellos que vivieron esa época trágica, pero también para poner en tensión las concepciones de la vida del pasado con las del presente:

Los nuevos ingenios mortíferos que ejercen el estrago a veinte, treinta kilómetros, o desde el aire a alturas donde la visibilidad es nula para el ojo desnudo, han hecho desaparecer al individuo. Un solo aeroplano de combate sembraba el pánico en Londres en 1915. Hoy es menester reunir miles para atacar a ciudades indefensas, ya acostumbradas a ver la destrucción de vidas humanas por millares en una irrupción aérea. El avión pierde su individualidad y se convierte en multitud de víctimas. En las guerras napoleónicas todavía existía el hombre, el individuo. (Sanín Cano, 1938, pág. 34)

La oposición entre dos maneras de comprender la guerra moderna se entiende como una acción directamente proporcional a los avances tecnológicos y a la deshumanización del conflicto, es decir, a la multiplicación de las víctimas. En este sentido, la apelación a una forma de concebir la vida y la guerra que se remonta a las guerras napoleónicas del siglo XIX en comparación a la que se vivió durante la Gran Guerra, fue una de las maneras retóricas que más empleó el escritor colombiano para representar esa época, combinando una cuota considerable de su propia experiencia en el frente y del pensamiento crítico que fue elaborando a través de los años. Para Traverso, esta característica representa en gran medida la labor que cumple el testigo de una época, quien no solo “ofrece elementos de conocimiento fáctico inaccesibles para otras fuentes históricas”, sino que también “puede ayudarle a restituir la calidad de una experiencia histórica, que cambia de textura una vez que se enriquece con las vivencias de sus actores” (Traverso, 2007, pág. 17).

Un último elemento nos hace falta mencionar para terminar de esclarecer los usos públicos de las “Memorias de los otros” escritas por Sanín Cano. Retomando el concepto de “yo creador”, el cual nos permitió desentrañar el vínculo entre su subjetividad y el mundo que lo rodeaba, es importante conocer ahora cómo se vinculó su figura como testigo de “guerras y confrontaciones armadas que constituyeron (...) la normalidad del mundo” (Rubiano Muñoz & Nieves, 2019, pág. 3), y su amplia y reconocida trayectoria intelectual en Europa y América Latina. Como testigo de su tiempo, Sanín Cano fue un hombre capaz de vincular sus propios recuerdos sobre él mismo y

otras personas que dejaron huella en su vida, con los pensamientos que concebía frente a las coyunturas más relevantes de su época. Esto lo hemos podido dilucidar ampliamente en la reconstrucción de su red intelectual a través de su autobiografía *De mi vida y otras vidas*. En resumidas cuentas, la memoria de Sanín Cano, siguiendo el rastro de sus obras, aparenta ser muy lúcida, gratamente descriptiva y fuertemente reflexiva. Caracterizado por la modestia que hace al hombre mayor, el escritor colombiano afirma que hay un “principio de vanidad en el hecho de escribir las propias memorias (...), a partir del principio de que [si] el autor de unas memorias ha figurado en su tiempo, es anticiparse al juicio de la posteridad” (Sanín Cano, 1949, pág. 7). Para él, sólo quien no ha figurado de manera notoria en su tiempo puede escribir verdaderamente sus memorias:

Debe escribir sus memorias el que sin haber figurado notablemente en su tiempo cree tener algo que decir a sus circunstantes o a la posteridad, no de sí mismo sino de los sucesos que ha visto y de los hombres que ha conocido. (Sanín Cano, 1949, pág. 7)

Más adelante Sanín Cano sigue justificando su posición como alguien “marginal” dentro de la sociedad de su tiempo:

Por más de una razón el autor del presente libro no ha figurado en su época ni en las artes ni en las ciencias, ni en la guerra, ni en la política, y su contacto con estas formas de acción humana ha sido ocasional e intermitente. De lo poco digno de memoria que acaso merezca ser comunicado al público, la mayor parte ha salido a la luz. Pero sin haber figurado, el presente escritor ha visto y admirado la figuración de muchos. (Sanín Cano, 1949, pág. 8)

Estas afirmaciones generan algunas dudas: ¿Acaso Sanín Cano no tenía conciencia de su papel como intelectual? ¿Por qué negar su relevancia en un mundo literario en donde, tal como se reseñó en líneas anteriores, gozaba de los privilegios de estar dentro de una red intelectual que le permitió vivir durante tantos años en Londres, o de poder conseguir un cargo como corresponsal en el diario *La Nación* de Buenos Aires? ¿Acaso se trata de un caso de “falsa modestia”? Hay aquí una incongruencia latente entre su palabra, los hechos y las voces que lo encumbraron al cenit del mundo intelectual de la primera mitad del siglo XX. La entrevista que, por ejemplo, le realizó José

Cabarico Briceño sobre su trayectoria personal e intelectual en 1946, o el reportaje exclusivo que concedió en mayo de 1937 (ambos para el diario *El Tiempo*), sin contar que, además, fue profesor de literatura en las universidades de Edimburgo y Oxford, rector de la Universidad del Cauca (en 1942), parlamentario del Partido Liberal y colaborador de numerosas revistas y periódicos en España, Argentina y Colombia (Rubiano Muñoz & Nieves, 2019), revelan que Sanín Cano estaba lejos de considerarse como un personaje marginal dentro del campo literario e intelectual latinoamericano.

¿Cómo entra a jugar, entonces, ese “yo creador” de Sanín Cano cuando él mismo reafirma una marginalidad que a los ojos de hoy y del pasado parece superflua? ¿Por qué, entonces, ese afán por escribir y publicar no sólo las experiencias propias y las de otros, sino también ensayos y crónicas que buscaban reflexionar sobre los problemas de su tiempo? Reducir este cuestionamiento a la explicación de que Sanín Cano era un individuo sencillo y modesto que honra la memoria de otros a través de la suya, resulta ser una idea válida, pero bastante ambigua si lo comparamos con toda su producción intelectual. Tal como se afirmó en páginas anteriores, una buena historia intelectual que pretenda rastrear el origen y el significado de las representaciones como concepciones del mundo y de la vida, no sólo debe concentrarse en el pensamiento individual, sino que debe ponerlo en tensión con las sensibilidades de su tiempo (Chartier, 1992).

Una manera de responder a esta cuestión es apelando al acto que hace posible que ese “yo creador” exprese su concepción del mundo; y ese acto no es otro que el de crear una legitimidad individual en relación al mismo mundo al que quiere dirigirse. En pocas palabras, dar origen a un *ethos*, es decir, a la necesidad del orador por elaborar en su discurso “una imagen favorable susceptible de conferirle autoridad y credibilidad” (Amossy, 2018, pág. 25). Esto significa que el enunciador, ya sea a través de la palabra oral o escrita, crea una puesta en escena en torno a su propia persona por medio de un conjunto de rasgos o características que refuerzan su credibilidad, su experticia y su franqueza hacia el público. En ese sentido, toda la construcción física, intelectual y psicológica que el enunciador elabora de sí mismo opera en función del contenido del discurso. Eso significa que para cada discurso y para cada público al que se dirige hay un tipo de *ethos* específico, los cuales son los *ethos* de credibilidad (relacionados con la sinceridad y la transparencia del orador), de identificación (que van en sintonía con el carácter y la inteligencia) y colectivo (de la mano con la militancia y las movilizaciones sociales) (Amossy, 2018).

En el caso particular de Sanín Cano visto a través de sus “Memorias” es evidente la presencia de un “yo”, es decir, de la construcción de una identidad que giraba en torno a la figura del testigo presencial de la guerra. El “yo estuve ahí” se expresó en testimonios que vimos en el capítulo anterior, tales como el ocurrido en aquel hotel francés donde se mataron dos oficiales franceses (Sanín Cano, 1938, págs. 39-40), o cuando presencié la descomposición al sol de los cadáveres de alemanes y animales luego de la ofensiva del verano de 1918 (Sanín Cano, 1938, pág. 36). Evidentemente, Sanín Cano creó un ethos basado en la experiencia personal, pero también lo legitimó a través de su rol como escritor, es decir, como una figura pública intelectual.

Volviendo a la definición del concepto de *ethos*, su enunciación tiene la particularidad de movilizar al destinatario con el fin de adherirlo a un universo de sentido (Maingueneau, 1996). En relación con las “Memorias”, lo que se buscaba era advertir y, a su vez, moralizar al destinatario sobre los futuros horrores que se podrían vivir nuevamente con el surgimiento de un nuevo conflicto global. La apelación a un escenario de este tipo responde a lo que Maingueneau (1996) denominó la “escena validada”, esto es, “una estructura semántica independiente, descontextualizada, disponible para ser reinterpretada en otros textos [la cual] se fija con facilidad en representaciones arquetípicas popularizadas por la iconografía” (pág. 85). En este caso particular, no había representación más arquetípica creada por la prensa gráfica, la fotografía y el reproductor cinematográfico que las trincheras del frente occidental y las ciudades destruidas por los bombardeos durante la Gran Guerra, lo cual permitió que el relato de Sanín Cano se articulara de manera precisa con las narrativas del horror sobre la guerra.

La apelación a la “escena validada” y al imaginario popular no tiene en sí misma un efecto claro hacia el público sino está acompañada de las propias experiencias del orador. Es por esta razón que la concepción de ethos se refuerza con la noción de “testimonio”, entendida como el “sistema de las relaciones entre el dentro y el fuera de la *langue*, entre lo decible y lo no decible en toda lengua; o sea, entre una potencia de decir y su existencia, entre una posibilidad y una imposibilidad de decir” (Agamben, s.f, págs. 151-152). La necesidad de hablar nace justamente de la imposibilidad de hacerlo, introduciendo de esta manera la noción de “testigo” como aquel que “puede hablar por aquellos que no pueden hacerlo” (Agamben, s.f, pág. 153). Por otro lado, todo testigo es un *auctor*, es decir, el creador de un testimonio que “presupone siempre algo -hecho, cosa o palabra- que le preexiste y cuya fuerza o realidad deben ser confirmadas y certificadas”

(Agamben, s.f, pág. 156). Además, significa que testimoniar un acontecimiento vivido o un recuerdo del pasado es la expresión de una tensión entre lo dicho y lo no dicho que depende, sin más preámbulo, en la decisión del testigo, es decir, del sujeto capaz de sacar a la luz una realidad o una concepción del mundo de las tinieblas del olvido.

En resumen, los usos públicos atribuidos a las “Memorias de los otros” se deben entender a partir del contexto político e intelectual en donde fueron publicadas. A través de un medio de difusión cultural y oficial como la *Revista de las Indias*, este relato respondió a una preocupación latente en la conciencia de Baldomero Sanín Cano: la presencia y legitimidad que iba recobrando el fascismo en el seno del Partido Conservador, el cual poseía, aún durante el gobierno liberal, de grandes adeptos en varias capas de la sociedad colombiana. Ante el temor de que la historia vivida en Europa, en España y en Argentina se repitiese en el país, Sanín Cano decidió hacer públicas sus experiencias como corresponsal de guerra con el fin de moralizar, advertir o, simplemente, ejemplarizar a los colombianos sobre la crisis de la democracia liberal y de la civilización occidental. Apelando a la intimidad de sus sensaciones frente a la devastación material y humana sufrida en la Europa de 1918 (las cuales se describieron en el capítulo anterior), así como a su *ethos*, el periodista colombiano buscó vincular afectivamente una parte de su vida privada al conjunto de una sociedad que debía tomar conciencia sobre panorama político que se desarrollaba en el viejo mundo, justamente, en el año 1938.

## CONCLUSIONES

Retomemos el primer problema de esta investigación: ¿Qué tipo de representaciones elaboró Baldomero Sanín Cano de la Gran Guerra a través de “Las memorias de los otros”? Se puede afirmar que estas representaciones deben ser interpretadas a partir de las dos perspectivas que señala Todorov (2008): una de ellas, netamente literal, en donde el periodista colombiano va describiendo todo lo que vio en aquellos lugares que visitó: el castillo que ocultaba a la artillería británica en donde pernoctó por primera vez, las ciudades arrasadas junto con sus iglesias y plazas, y las bases militares en donde contempló por primera vez a los prisioneros alemanes. También dio cuenta de sus percepciones en torno al hastío de los soldados británicos cada vez que atronaba una batería de artillería, a los muertos hallados sin entierro en los caminos al lado de animales en descomposición, y de los episodios de violencia sufridos al interior del mismo bando aliado. Todas estas experiencias deben entenderse a partir de su literalidad, pues pertenecieron al ámbito de la vida privada de Sanín Cano hasta que vieron la luz en diciembre de 1938. Cabe la pena aclarar que en el tiempo que permaneció como corresponsal y cronista en *La Nación*, estas memorias nunca fueron publicadas si se tiene en cuenta la recopilación de todos sus artículos hecha por Rubiano y Londoño (2013).

¿Por qué nunca publicó crónica alguna en *La Nación* sobre su visita al frente, si justamente había sido contratado para ese fin? Una respuesta a esta duda está relacionada con el carácter político que el diario argentino pregonaba en aquel entonces. Recordemos que, durante la guerra, *La Nación* gozaba de cierto cosmopolitismo y prosperidad, merced a la gran cantidad de sucursales y corresponsales esparcidos por las principales ciudades de Europa, principalmente en los países aliados. La labor de “pacificación universal” que tenía *La Nación*, mencionada en el segundo capítulo, obligaba a que fuese un diario neutral e imparcial. Razón por la cual, un alegato crítico en contra de la civilización europea, el cual nació a partir de la memoria de Sanín Cano años más adelante, hubiese sido contraproducente en la misión democratizadora y liberal de *La Nación*.

En tanto, al abandonar la esfera privada para pasar al espacio de lo público, estas representaciones pasaron a otro plano de interpretación: al de la ejemplaridad. Es en este nivel de lectura en donde hallamos las reflexiones del periodista colombiano en torno a la crisis de las democracias liberales, de las libertades individuales y de la llegada del militarismo a las sociedades civiles en Europa. No obstante, esta ejemplaridad de las “Memorias de los otros” no se puede

entender por sí misma, sino se pone en diálogo con el contexto político e intelectual en donde emergieron. Como se vio, durante la década del treinta del siglo XX, época en la que el partido liberal se hallaba en el poder, llevando a cabo un proyecto de extensión cultural basado en la educación de las masas y en la apropiación de una incipiente cultura nacional, se dio lugar al “boom” memorialista (Escobar Guzmán, 2005), en donde proliferaron los testimonios de veteranos liberales de las guerras civiles del siglo XIX, principalmente de la Guerra de los Mil Días, quienes buscaban, a través de la intervención del gobierno liberal, reivindicar las representaciones del bando perdedor (Quevero Zornoza, 1939), en contraposición a la historia oficial impuesta por el régimen conservador (Betancourt, 2007). Aprovechando esta coyuntura, Baldomero Sanín Cano, quien no vivió de cerca ni reflexionó sobre la Guerra de los Mil Días, pero sí otros tantos conflictos civiles ocurridos en el pasado, decidió escribir y publicar su testimonio en el frente occidental de la Gran Guerra, guiado por la convicción de que su experiencia moralizaría o permitiría reflexionar a los “nuevos” lectores colombianos sobre la crisis perpetua que sufría la civilización occidental, así como de alertar sobre los peligros de simpatizar con el fascismo y el totalitarismo. En pocas palabras, ese paralelismo aparentemente difuso entre la historia colombiana del siglo XIX y la época entre guerras del siglo XX fue resuelto con mucha sutileza por Baldomero Sanín Cano al considerar que la guerra siempre iba a atentar contra la cultura, la democracia y la libertad de los individuos, principios que siempre defendió en sus artículos, conferencias e incluso en su propia autobiografía de 1949, la cual resultó ser la cúspide de su experiencia memorialista iniciada años atrás. Lo anterior, por su parte, permite responder a la segunda pregunta de esta investigación, a saber, el por qué las “Memorias de los otros” fueron publicadas en 1938, veinte años después de la visita de Sanín Cano al frente.

Por otra parte, la ejemplaridad en el relato de Sanín Cano cobra más sentido si entra en diálogo con otros de sus textos. Justamente, si vinculamos a las “Memorias de los otros” con su autobiografía *De mi vida y otras vidas*, el manuscrito “Entre dos años y dos épocas” y algunos de sus artículos escritos en la *Revista de las Indias*, en *La Nación* y, años atrás, en su *Revista Contemporánea*, podemos trazar una trayectoria en la vida personal e intelectual del periodista colombiano, cuyo elemento común y unificador fue la violencia. Tal como se pudo ver en el primer capítulo de este trabajo, la niñez y juventud de Sanín Cano estuvo vinculada a las guerras civiles y revoluciones perpetradas tanto por liberales como por conservadores. La radiografía política de la Colombia del siglo XIX mostraba a un país dividido geográfica e ideológicamente en dos bandos



(Palacios & Safford, 2011), lo cual llevó a sucesivos episodios de violencia interna que penetró profundamente en las generaciones de colombianos nacidas por aquel entonces, perturbando los ritmos de la vida de la ciudadanía (Caballero, 2014) (Jaramillo, 1996). Por ejemplo, al propio Sanín Cano le tocó experimentar los cierres de las escuelas y la interrupción de sus estudios, la persecución de las guerrillas conservadoras en Antioquia y la clausura de instituciones académicas calificadas de liberales. En ese sentido, se puede afirmar que la lectura de la autobiografía de Sanín Cano ayuda a comprender en buena parte el origen de las reflexiones hechas por él en las “Memorias de los otros”, y por qué estas se constituyen como ejemplarizantes, ya que nos brinda indicios sobre esa preocupación latente por denunciar la barbarie que emerge de toda guerra. Por otro lado, nos permite vincular todas estas experiencias al *boom* memorialístico de los años 30 que, si bien no remiten a la coyuntura específica de la Guerra de los Mil Días, sí da cuenta de algunos fenómenos de violencia partidista sufridas a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

De igual manera, todas las obras de Sanín Cano en este trabajo responden, justamente, a lo que mencionamos al inicio de esta investigación: todas fueron elaboradas por un *auctor*, es decir, por un testigo de su tiempo que logró vincular tanto a la historia que *vivió* como a la que *escribió* (Agamben, s.f). En efecto, la narrativa del periodista colombiano brotó de aquellos eventos que, como “primer testigo” (Halbwachs, 2004), vivió y luego escribió a manera de memorias. Esta cuestión resulta ser bastante reveladora, pues vimos a lo largo de este trabajo que la escritura memorialista de Sanín Cano también fue una escritura histórica, es decir, apeló y vinculó a la memoria y a la historia como dos maneras de conocer el pasado desde el presente. La relación entre ambas no fue antagónica desde la perspectiva de Sanín Cano, sino de complementariedad y de dialéctica reciprocidad (Samuel, 2008). Ejemplo de esto radica en la semejanza en los títulos de sus textos, los cuales emplean de manera retórica la unión entre un “yo”, testigo y narrador a la vez, con un “otros” que son la representación del “mundo exterior”, es decir, en el lugar donde se desenvuelve la historia.

Asimismo, los relatos y escritos de Sanín Cano analizados a lo largo de este trabajo se encuadran en la concepción crítica de “memoria” la cual, justamente, Bauer (2002) había planteado a partir de la cuestión metodológica de si un historiador puede fiarse de un conjunto de representaciones que son vulnerables al paso del tiempo. Esta noción de memoria, arraigada al “yo narrador” que vincula su propia vida al devenir del mundo exterior, también como lo planteaba

Dilthey (2015), se advierte plenamente tanto en la autobiografía como en la parte final de las “Memorias de los otros”. Luego de describir y analizar lo que ocurrió a su alrededor, el periodista colombiano siempre guarda un espacio para hablar de sí mismo, pero no para adularse a sí mismo -cosa que cuestionaba duramente en la introducción en *De mi vida y otras vidas-*, sino para vincularse intelectual y emocionalmente con su época y con toda la gente que lo rodeó. De ahí a que apelara a esa “fantasía reproductora de imágenes”, tan detallada, exacta y minuciosa que es precisada en la descripción de lugares y personalidades del pasado, así como en los pensamientos y sentimientos aflorados a partir de la experiencia. En suma, la pretensión de Sanín Cano con sus testimonios no era hacer de ellos un *Monumenta rerum gestarum*, es decir un lugar de verdades pasadas absolutas en donde la memoria quedase completamente subordinada a la historia, sino en convertirlos en lugares liminares, en donde los límites entre la experiencia individual y el mundo exterior fuesen tan difusos que incluso la memoria y la historia no pudieran ser separadas la una de la otra.

Por otro lado, vale la pena definir a Sanín Cano como un intelectual que estaba “dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor del público” (Saïd, 1996, págs. 29-30). Al haber sido un intelectual que tuvo propia conciencia de que su obra y palabra estaba al servicio de los otros, su misión era la de “plantear públicamente cuestiones embarazosas [y] contrastar ortodoxia y dogma” (Saïd, 1996, pág. 30). Un intelectual que, de igual manera, procuraba superar los letargos y las trabas de la tradición y la hegemonía en función de hacer progresar a las letras, a la filosofía, a la ciencia y, en general, al conocimiento humano. Con lo anterior, y en correspondencia a lo que afirman Rubiano y Londoño (2013), Sanín Cano fue un “intelectual nómada”, en el sentido de “que su pensamiento y su experiencia estuvieron sellados (...) por la capacidad que tuvo de estar entre muchos mundos y situarse íntegramente en ellos sin desagregarse [tratando de] humanizar el mundo frente al horror de las catástrofes fue quizás su mayor consigna” (pág. 12). De hecho, la experiencia en *La Nación* como corresponsal de guerra le permitió convertirse en uno de los pocos intelectuales hispanoparlantes en presenciar directamente el estado de Europa en tiempos de la Primera Guerra Mundial, al igual que Ramiro de Maeztu (Jiménez Torres, 2021), y los argentinos Tito Livio Foppa, Juan José Soiza Reilly y Alejandro Sux (Sánchez, 2021). En este sentido, su rol como corresponsal y cronista de guerra le permitió construir un “prestigio profesional”, destacándose

como una “figura en creciente expansión dentro del sistema de representaciones y prácticas del periodismo porteño [e hispanoamericano]” (Sánchez, 2021, págs. 29-30).

En conclusión, insistimos que las reflexiones de un veterano que vivió en medio de dos siglos de guerras, crisis económicas y regímenes militaristas y totalitarios deben ser leídas en clave de su ejemplaridad: “Si desciframos en un suceso pasado una lección para el presente, es que reconocemos en ambos unas características comunes. Para que la colectividad pueda sacar provecho de la experiencia individual, debe reconocer lo que ésta puede tener en común con otras” (Todorov, 2008, págs. 63-64). Es por esto que las “Memorias de los otros”, en conjunto con otras obras escritas en una clave similar, deben ser leídas como un testimonio de uso político, el cual buscaba -y sigue buscando- interpelar a una sociedad sobre el estado perpetuo, recurrente y liminar existente entre la paz y la guerra.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acosta de Samper, S. (1893). El periodismo en Hispano-América. En S. Acosta de Samper, *Memorias presentadas en congresos internacionales que se reunieron en España durante las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América, 1892*. Chartes: Imprenta de Durand.
- Agamben, G. (s.f). *El archivo y el testimonio*.
- Aguirre González, G. (2004). Clientelismo, caciquismo y caudillismo. Expresiones de una práctica política. *Sociología: Revista De La Facultad De Sociología De Unaula*. N°27, 100-106.
- Alexander, J. (1990). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Altamirano, C. (2010). *Historia de los Intelectuales en América Latina: Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz.
- Amossy, R. (2018). *La presentación de sí. Ethos e identidad verbal*. Buenos Aires: Prometeo.
- Andaur Vignolo, L. H. (2013). La estructura de la psiquis. *Interpsiquis 2013*.
- Arias Trujillo, R. (2007). "Los Leopardos". *Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Universidad de los Andes, Centro de Estudios Socioculturales e internacionales CESO.
- Arias, R. (2003). *El episcopado colombiano: Intransigencia y laicidad (1850-2000)*. Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Ciencias Sociales CESO. Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH.
- Ariés, P. (1996). *Ensayos de la memoria. 1943-1983*. Bogotá: Editorial Norma.
- Ayure Daza, Y. (2020). El poeta del desengaño. Enrique Álvarez Henao: notas de un bohemio de todas las corrientes poéticas. En J. S. Ariza Martínez, *Educación, arte y cultura: contribuciones desde la Universidad del Rosario* (págs. 100-109). Bogotá: Universidad del Rosario.
- Báez, M. (2004). Reformas educativas para la formación de maestros en Hispanoamerica en la segunda mitad del siglo XIX. En D. Soto, M. Lucena, & C. (. Rincón, *Estudios sobre la universidad latinoamericana. De la colonial al siglo XXI* (págs. 71-82). Tunja: Alma mater - RudeColombia.
- Banquete a don Baldomero Sanín Cano. (24 de octubre de 1924). *El Sol*.
- Bauer, W. (1952). *Introducción al estudio de la Historia*. Barcelona: Bosch, Casa Editorial.

- Benjamin, W. (1989). Tesis de filosofía de la historia. En W. Benjamin, *Discursos interrumpidos* (págs. 175-192). Buenos Aires: Taurus.
- Betancourt Mendieta, A. (2016). Revista de las Indias (1938-1950): La difusión cultural y el mundo letrado. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*. 21 (2), 125-147.
- Betancourt, A. (2007). *Historia y nación*. Medellín: La Carreta Editores.
- Borja, M. (2015). La historiografía de la guerra en Colombia durante el siglo XIX. *Análisis Político*, 173-188.
- Bushnell, D. (2002). *Colombia: Una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.
- Bushnell, D. (2009). Política y partidos en el Siglo XIX: Algunos antecedentes históricos . En G. Sánchez, & R. Peñaranda, *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (págs. 73-79). Medellín: La Carreta Editores.
- Caballero, A. (2014). *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498-2017)*. Bogotá: Ministerio de Cultura. Biblioteca Nacional de Colombia.
- Cabarico Briceño, J. (10 de noviembre de 1946). El lado humano de los personajes. Baldomero Sanín Cano. *El Tiempo*.
- Cataño, G. (2006). La Revista Contemporánea y las vanguardias científicas y literarias. *Revista Poligramas*, 185-218.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Colmenares, G. (1997). *Partidos políticos y clases sociales en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Constaín, J. E. (26 de julio de 2014). Los que cruzaron el mar sin imaginarse el incendio. *El Tiempo*.
- Cortés Guerrero, J. D. (1997). Regeneración, intransigencia y régimen de cristiandad. *Historia Crítica*. N° 15, 3-12.
- Deas, M. (2006). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Taurus.
- Deas, M. (2009). Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y violencia. En G. Sánchez, & R. Peñaranda, *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (págs. 81-85). Medellín: La Carreta Editores.
- Delpar, H. (1994). *Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana 1963-1899*. Bogotá: Procultura.

- Dilthey, W. (2015). *Teoría de la concepción del mundo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Dosse, F. (2007). *La marcha de las ideas: Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València.
- Duby, G. (2010). *La época de las catedrales. Arte y sociedad 980-1420*. Madrid: Cátedra.
- Duroselle, J. B. (1991). *Europa de 1815 a nuestros días*. Barcelona: Valor.
- Echavarría, J. J., & Villamizar, M. (2006). El Proceso Colombiano de Desindustrialización. *Borradores de Economía 361. Banco de la República de Colombia*.
- Echeverri Álvarez, J. C. (2009). La guerra de 1885 en Colombia ¿Crónica de un suicidio anunciado? Revisión histórica de un lugar común. *Procesos Históricos. N° 16*, 67-81.
- Escobar Guzmán, B. (2005). La Guerra de los Mil Días vista a través de las memorias. En L. J. Ortiz, *Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia 1840-1902* (págs. 465-480). Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín.
- Funes, P. (2006). *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeos Libros.
- Gaitán Bohórquez, J. (2013). La difusa autonomía. El Colegio del Rosario en los proyectos de universidad pública del siglo XIX colombiano. *Revista de Historia y Educación Latinoamericana. Vol. 15 No. 21*, 107-159.
- Garguin, E. (2009). Los argentinos descendemos de los barcos. Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920 – 1960). En E. “Garguin, & E. Garguin, *Garguin, Enrique. “Los argentinos descendemos de los barcos. Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920 – 1960)”* *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Gerchunoff, P., & Aguirre, H. (2006). *La economía argentina entre la Gran Guerra y la Gran Depresión*. Buenos Aires: Serie Estudios y Perspectivas. CEPAL Naciones Unidas.
- Gomezjurado Guerrero, L. (2019). *Conflicto colombo-peruano 1932-1933: Combate de Güepi*. Nueva York: Ediciones LAVP.
- González Calleja, E. (2005). *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*. Madrid: Alianza Editorial.
- González Martínez, C. (2000). La Dictadura de Primo de Rivera: una propuesta de análisis. *Anales de Historia Contemporánea, 16*, 337-408.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas UNiversitarias de Zaragoza.

- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. España: Anthropos Editorial.
- Halperín Donghi, T. (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo: ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Hernández, J. Á. (2000). Los Leopardos y el fascismo en Colombia. *Historia y Comunicación Social, número 5*, 221-227.
- Hjarvard, S. (2016). Mediatización: La lógica mediática de las dinámicas cambiantes de la interacción social. *La Trama de la Comunicación, Volumen 20 Número 1*, 235-252.
- Hobsbawm, E. (1998). *La Era del Imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Iriarte, H. (1994). Cano, Fidel. En B. Castro, & D. García-Peña, *Gran Enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores. Tomo de biografías* (págs. 118-119). Bogotá: Círculo de lectores. Versión digital disponible en: <https://archive.org/details/GranEnciclopediaDeColombiaTomo9BiografiasICirculoDeLectores1993/page/n5/mode/2up>.
- Jaramillo, C. E. (1996). Guerras civiles y vida cotidiana. En B. Castro, *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (págs. 291-309). Bogotá: Editorial Norma.
- Jauretche, A. (1984). *FORJA y la década infame*. Buenos Aires: Peña Lillo Editor. Disponible en: <https://www.elhistoriador.com.ar/forja-y-la-decada-infame/>.
- Jiménez Torres, D. (2021). Los márgenes de la guerra: lo liminal en las crónicas de Ramiro de Maeztu durante la Primera Guerra Mundial. *Iberoamericana, XXI*, 78, 35-55.
- Jimeno, M. (2006). Los límites de la libertad: ideología, política y violencia en los radicales. En R. (. Sierra Mejía, *El radicalismo colombiano dek siglo XIX* (págs. 167-191). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lázaro, Á. (24 de mayo de 1924). Un gran diario argentino. *Periódico La Libertad*.
- Lechner, N. (2000). Orden y memoria. En G. Sánchez, & M. E. Wills, *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro* (págs. 67-79). Bogotá: Ministerio de Cultura. Museo Nacional de Colombia.
- Martínez, F. (2001). *El nacionalismo cosmopola. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República. Instituto Francés de Estudios Andinos.

- Martínez, L. M. (2011). *La Revista de las Indias (1936-1938): sus intelectuales como pensadores y ejecutores de la reforma educativa y cultural*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Moreno-Durán, R. (2002). *De la barbarie a la imaginación. La experiencia leída*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mosse, G. L. (2016). *Soldados Caídos: la transformación de la memoria de las guerras mundiales*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Neva Oviedo, J. A. (2020). Rafael Espinosa Guzmán: el hombre de ciencia que se convirtió en mecenas de los escritores modernistas colombianos. En J. S. Ariza Marínez, *Educación, arte y cultura: contribuciones desde la Universidad del Rosario* (págs. 68-77). Bogotá: Universidad del Rosario.
- Nolte, E. (1996). La guerra civil europea, 1917-1945. En E. Nolte, *Después del comunismo*. Buenos Aires: Ariel.
- Nora, P. (2009). *Los lugares de la memoria*. Santiago de Chile: Trilce.
- Ocampo López, J. (2004). Los orígenes oficiales de las universidades republicanas en la Gran Colombia (1826-1830). En D. Soto, M. Lucena, & R. C. (Directores), *Estudios sobre la universidad latinoamericana. De la colonia al siglo XXI* (págs. 159-174). Tunja: RUDECOLOMBIA. Colciencias.
- Palacios, M., & Safford, F. (2011). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Pécaut, D. (2012). *Orden y violencia en Colombia: 1930-1953*. Medellín : Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Portantiero, J. C. (2002). Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930. *Prismas. Revista de historia intelectual*. N°6. Universidad Nacional de Quilmes, 231-241.
- Preciado Camargo, D. (2018). Saber vivir del saber. Vida pública e intelectual de Rufino Cuervo y Barreto. En J. S. Ariza, *Un largo camino. Universidad del Rosario, 365 años* (págs. 122-131). Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Preciado Camargo, D. (2021). En defensa del orden y la tradición: Luis María Mora y el Colegio Mayor del Rosario. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Quevero Zornoza, G. (1939). Recuerdos de la guerra de los tres años, escritos por un zipaquereño. *Revista de las Indias. Época 2, N°2*, 455-472.
- Quiroga Cubides, S. (2015). *Reinventar un héroe: Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea*. Bogotá: Universidad del Rosario.



- Recio García, M. Á. (2018). El desastre de Annual en el Parlamento español: las Comisiones de Responsabilidades. *Guerra Colonial. Revista digital.* , 61-78.
- Revista de las Indias. (1936). *Revista de las Indias, volumen 1, número 1.*
- Rivadeneira Velásquez, R. (30 de junio de 2021). *Biblioteca Nacional de Colombia*. Obtenido de Biblioteca Nacional de Colombia: <https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/coleccion/grafica/publicacion/comisi%C3%B3n-corogr%C3%A1fica>
- Rivera Sotelo, A. S. (2011). El utilitarismo de Jeremy Bentham ¿Fundamento de la teoría de John Walras? *Cuadernos de Economía. N°55. Vol. 30*, 55-76.
- Rojas, M. (2003). *Historia de la crisis argentina*. Buenos Aires: Timbro. Fundación CADAL.
- Rubiano Muñoz, R. (2013). Baldomero Sanín Cano en La Nación de Buenos Aires (1909-1957). Prensa, diplomacia y análisis político internacional. *Historia y sociedad. N°25*, 79-106.
- Rubiano Muñoz, R., & Nieves, V. (2019). *Baldomero Sanín Cano: Un intelectual transeúnte y un liberal de izquierda*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Rubiano, R., & Londoño, A. F. (2013). *Baldomero Sanín Cano en La Nación de Buenos Aires (1918-1931)*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Saïd, E. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- Samper Ortega, D. (1934). Senderos. *Senderos, vol 1, número 1.*
- Samuel, R. (2008). *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Sánchez, E. G. (2021). Perfiles intelectuales y trayectorias periodísticas de los enviados especiales de la Argentina a la Gran Guerra. *Iberoamericana, XXI*, 78, 13-34.
- Sanchez, G., & Peñaranda, E. (2009). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores.
- Sanders, J. (2009). Ciudadanos de un pueblo libre: liberalismo popular y raza en el suroccidente de Colombia en el siglo XIX. *Historia Crítica N°38*, 172-203.
- Sanín Cano, B. (1881-1957). Entre dos años y dos épocas. En B. Sanín Cano, *Artículos de prensa originales del maestro Baldomero Sanín Cano sobre política nacional e internacional, filosofía, literatura y cultura general* (págs. 60-71). Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia.
- Sanín Cano, B. (1904). Porvenir del castellano. *Revista Contemporánea*.
- Sanín Cano, B. (5 de Febrero de 1918). La América española. *La Nación*.

- Sanín Cano, B. (11 de Marzo de 1923). Canje de civilizaciones. *La Nación*.
- Sanín Cano, B. (9 de mayo de 1926). El diluvio que nos amenaza. *La Nación*.
- Sanín Cano, B. (20 de noviembre de 1927). "El judío Sues". Novela histórica, tempestuosa y fría, por Lion Feuchtwanger. *La Nación*.
- Sanín Cano, B. (1938). Las memorias de los otros. *Revista de las Indias. Época 2. N 1*, 16-43.
- Sanín Cano, B. (1939). América frente a Europa. *Revista de las Indias*.
- Sanín Cano, B. (1939). La guerra. *Revista de las Indias. Época 2. N°10*.
- Sanín Cano, B. (1940). Lo que todavía puede perderse. *Revista de las Indias. Época 2. N°18*.
- Sanín Cano, B. (1949). *De mi vida y otras vidas*. Bogotá: Ediciones "Revista de América".
- Sastoque, E., & García, M. (2010). La guerra civil de 1876-1877 en los andes nororientales colombianos. *Revista de Economía Institucional. Vol. 2. N° 22*, 193-214.
- Sierra Mejía, R. (2009). Política y cultura durante la República Liberal. En R. Sierra Mejía, *República Liberal: Sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.
- Silva, R. (2005). *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Histórica.
- Sosa, G. (2006). *Representación e independencia 1810-1816*. Bogotá: ICAHN.
- Sowell, D. (2006). *Artisanos y política en Bogotá*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Tato, M. I. (2017). *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Traverso, E. (2007). *El pasado: instrucciones de uso. Historia, memoria y política*. Madrid: Ediciones Jurídicas y Sociales.
- Vincent, G. (1991). Guerras dichas, guerras silenciadas y el enigma de la identidad. En G. Vincent, *Historia de la vida privada. La vida privada en el siglo XX*. Buenos Aires: Taurus.
- Zuleta, E., Escobar Mesa, A., & Casa, E. d. (2000). *Literatura Antioqueña, 1880-1930*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura.